

JANNI, Pietro, *Sinesio, La mia fortunosa navigazione da Alessandria a Cirene (Epistola 4/5 Garzya)*, a cura di..., Firenze, Leo S. Olschki Editore, 2003, 133 págs.

Se comprende perfectamente que la «ricchezza di spunti storici e narrativi» contenida en la carta de 4/5 Garzya de Sinesio haya llamado poderosamente la atención de un conocido especialista en la historia de la navegación en la Antigüedad como Pietro Janni. En efecto, se trata a su juicio de «la relazione più viva e brillante di un viaggio per mare che l'Antichità ci abbia lasciato» (p. 7), con la excepción quizá de la del viaje de San Pablo desde Cesarea a Roma interrumpido en Malta por un naufragio (Hechos, 27-28). Quitando lo que en las palabras citadas haya de exagerado (el autor se olvida otros relatos más amplios como el *Periplo de Hannón*), no puede negarse que en el fondo Janni tiene razón. Al menos desde el punto de vista de la descripción de las reacciones ante el peligro de pasajeros y tripulantes. Tres estudios preliminares, «La lettera» (pp. 7-35), «L'autore» (pp. 37-44), «Tradizione e fortuna delle lettere di Sinesio» (pp. 45-48) sirven de presentación a la parte nuclear de este trabajo, la edición del original griego confrontada a su versión italiana (pp. 50-63), seguida de un riquísimo comentario (pp. 64-80) que muy bien hubiera merecido un mayor cuerpo tipográfico.

Janni encuadra bien el texto de Sinesio desde el punto de vista literario entre la sátira hodepórica (de ὀδοπορικός) y el género epistolar. Lo primero implica la crítica caricaturesca de las dificultades e incomodidades de un viaje por tierra o mar, cual se ve en los relatos que hacen de los suyos Horacio (*Sat.* I 5, de Roma a Brindisi), Lucilio (*Sat.* III 9, de Roma a Sicilia) y Sidonio Apolinario (*Ep.* I 5 de Lyon a Roma). Pero en las evidentes exageraciones hay siempre un fondo de verdad, especialmente en el caso de las travesías marítimas, en naves de carga (*onerariae*) o de pasajeros (ἐπιβατηγοί). Con los datos deparados por la carta de Sinesio, Janni conjetura las dimensiones de la embarcación que le transporta de Alejandría a Cirene, deduce sus aparejos, calcula el número de sus tripulantes y el de los pasajeros; discute la 'sistemazione' o matalotaje de éstos, y enjuicia la ética marinera (o más bien su falta) del patrón (κυβερνήτης) y sus subordinados. La pertenencia, por otra parte, de la carta de Sinesio al género epistolar suscita el interrogante de si se trata de un documento autobiográfico o de una mera ficción literaria. Para Janni la carta es «sostanzialmente un autentico documento di vita antica» (p. 37), lo que no se aviene muy bien, pongamos por caso, con lo que cuenta sobre cómo tienen en la Cirenaica tan desmesurados los senos las mujeres que se ven obligadas a amamantar a sus hijos por detrás echándose la teta a la espalda (τῆς θήλης ἀναβεβλημένης, p. 62, ll. 4-7). Ahora bien, admitido el carácter autobiográfico de la carta, ¿cómo justificar la ausencia en ella de toda referencia al cristianismo. ¿La escribió Sinesio antes de su conversión? ¿Se debe dicha ausencia a que el destinatario de la epistola, hermano del autor, era pagano? El autor pone sobre el tapete la cuestión sin tomar partido.

Enfocado el comentario con la lente de un historiador, se dejan de lado aspectos de interés para el filólogo, a los que me voy a referir someramente, no con ánimo de restarle méritos a Janni, sino más bien el de realzarlos en su justo valor. Me refiero al griego del texto, difícil de entender y más aún de verter con precisión y galanura. Sinesio presume de aticista y escribe además con manifiesta voluntad de estilo. Pero, por desgracia, no siempre acierta con las formas propias de una lengua definitivamente muerta, pese a los esfuerzos de la segunda sofística por revivirla. Emplea correctamente el futuro ático (λογιῆ, p. 62, l. 2), el perfecto y el optativo, aunque confunde el valor desiderativo de este modo con el prohibitivo propio del subjuntivo, por ejemplo, cuando recomienda a su hermano al final de su carta: σὺ δὲ μηδέποτε πλεύσεις (p. 62, l. 2 de abajo). A veces peca de hiperlativismo, como en esa acumulación de optativos de futuro que aparece en p. 56, l. 20: ἐκλαιον ... οὐκ εἰ τεθνηξοίμην, ἀλλ' εἰ ὁ Θράξ ἀποστερήσοιτο τῶν χρημάτων. La primera de estas formas es un *hapax* construido sobre τεθνήξομαι, un *futurum exactum* medial (que, pese a lo que dice Schwyzer, *Griech. Gramm.* I 783<sup>6</sup>, no está atestiguado en Aristófanes, sino en autores de época helenística y romana, como corrige Debrunner, *ibid.* II 257<sup>5</sup>). Ático también es el empleo de μάλη y no μασχάλη en giros preposicionales, pero no se logra comprender bien el sentido que nuestro autor atribuye a la preposición διὰ en un contexto como el que aparece en p. 62, l. 6: ὥστε τὰ βρέφη μὴ διὰ μάλης ἀλλ' διὰ ὤμων σπᾶν, que Janni traduce de la única manera lógica posible: «[hanno delle poppe colossali ...], tanto che i lattanti non succhiano da

sotto l'ascella, ma da sopra le spalle», dando a διὰ dos significados contrarios en el mismo contexto. Como ocurre en la *koinë*, Sinesio ignora la oposición entre ἕτερος y ἄλλος, y así escribe incorrectamente οὐχ ἕτερον ἢ ἄλλ' ὅτι, p. 56, l. 12 (de abajo). Tampoco es correcta la frase ἕκαστος ἔν γέ τι εἶχε τοῦπίσημον (p. 50, l. 1) en la que sobra el artículo determinado en un contexto en que la indeterminación va marcada por τι e incluso tal vez por ἔν.

Otras veces Sinesio parece no haber captado bien el sentido de una forma tradicional. Pongamos algunos ejemplos: πρὸ δειλῆς ἑώρας (p. 50, l. 1). Habida cuenta de que δειλή es 'tarde' en ático, ¿qué quiere decir 'tarde auroral'? Se impone creer que interpreta δειλή como 'hora', 'momento del día'. Emplea ναύκληρος 'armador' como sinónimo de κυβερνήτης (p. 50, l. 14); πέρυσιν (p. 50, l. 18) como si significara 'anteriormente' y no 'el año pasado', y νεώριον en el sentido de 'puerto' y no en su correcta acepción de 'arsenal'. Pero esta readaptación del léxico antiguo no provoca dificultades insalvables de interpretación. Mayores son las originadas por esa voluntad de estilo que Sinesio denota tener a lo largo de toda la epístola. Como atrevida expresión figurada puede considerarse la que aparece en p. 58, l. 4: ἀποθύσαντες ὕμνους τῷ θεῷ χαριστερίους ὥσπερ εἰώθειμεν, aunque no se entiende a qué viene a cuento en el contexto ese ὥσπερ εἰώθειμεν, una dificultad que Janni resuelve elegantemente vertiendo «tributtamo a Dio gli usati inni di ringraziamento». Más difícil aún es a mi juicio dar con el significado exacto de la frase νῦν πρὸς ἐρήμοις ἀκταῖς συναυλίαν ὀλοφύρομεθα (p. 50, l. 9 de abajo). ¿Se ha de interpretar συναυλίαν como un acusativo interno abreviado de ὀλοφύρομαι («ora stiamo facendo un concerto di lamenti») o como un acusativo de objeto externo alusivo a la acampada en tierra que han de hacer los ocupantes de la nave tras un desembarco forzoso?

En otros casos, aunque el sentido general es claro, resulta difícil traducir *ad pedem litterae* lo que escribe Sinesio. Por ejemplo, contraponiendo la delgadez de una joven sirvienta a las exuberancias (y nunca mejor dicho) de las mujeres de la Cirenaica, dice de ella que la τέχνη y la φύσις obrando de consuno ὑπὲρ τοὺς μύρμηκας ἔντομον ἔδειξαν (p. 62, l. 16). Pensando en el lector moderno, Janni traduce «aveva un vitino più che di vespa», pero μύρμηξ es 'hormiga', un insecto al que se le ve bien su carácter de ἔντομον, o sea 'inciso'. Pero esto no ilustra lo que realmente Sinesio tenía en mientes al hacer esa comparación. Por último, como ejemplo de estilo rebuscado puede valer: παρὰ δόξαν ἀποφορτισάμενοι τὴν ἀπλησίαν τῆς βιαίας φορᾶς (p. 58, l. 8 de abajo) «contra lo esperado habiéndonos descargado de la insaciabilidad del violento empuje (*scil.* de las olas)».

Con lo dicho creo que quedan bien de manifiesto las dificultades que ha tenido que sortear el editor y hermeneuta de Sinesio y se ha de reconocer que en la inmensa mayoría de los casos encuentra una versión acomodada al griego original. También acierta en la elección de las variantes textuales (p.e. περιγράφων en vez de παραγράφων, cf. nota 101, p. 73) y de las conjeturas. Por eso no se comprende que, aceptada en el texto la corrección de Garzya στοιχείων en lugar del τυχαίων de los mss. (p. 58, l. 12), traduzca "fattori fortuiti".

Janni culmina su estudio con un «Excursus», que expande y enriquece el comentario a la epístola en tres puntos: «I. Un racconto di mare» (pp. 81-91), «II. Un equipaggio di Ebrei» (pp. 91-104)» y «III. Seppellire gli annegati» (pp. 104-109). La primera ampliación contribuye a precisar la definición del subgénero literario al que pertenece la carta sinesiana. Definida como "racconto in prima persona di un viaggio con vicissitudine tragicomiche", Janni se encarga ahora de hacer un inventario de los 'motivi del racconto di mare' tradicionales que hay en ella (p.e. la tempestad, la rotura del mástil etc.), entre los cuales observa la ausencia (propia por lo demás de toda la literatura antigua) del tópico del heroico timonel que capea el temporal y pone a salvo la nave y la tripulación.

La segunda parte del *excursus* vale para explicar, por un lado, ese chocante (al menos para la mentalidad moderna) origen judío del patrón y de los marineros de la nave en que se embarcó Sinesio, y para evaluar, por otro, el grado de la aversión de éste a dicha raza. Que los miembros de las numerosas comunidades hebreas de Cirene y de Alejandría ejercieran toda suerte de profesiones, era algo natural cuando aún no se habían establecido las restricciones impuestas posteriormente a las actividades de los judíos. Janni recuerda que el *Codex Theodosianus* (XIII 5,18) dedica un artículo especial a los *navicularii* judíos y samaritanos y con gran acopio bibliográfico demues-

tra cómo no le fue ajena al pueblo hebreo la práctica de la navegación. En cuanto al antisemitismo de Sinesio, hace hincapié en su carácter anticuado de origen pagano y alejandrino, cuyos *Leitmotiven* eran la crítica del reposo sabático, especialmente cuando implicaba un grave riesgo, y “la raffigurazione dell’ Ebreo come nemico dell’ umanità” (p. 92).

Ante el temor inminente de que la nave se fuera a pique, la carta cuenta cómo los pasajeros se ataban al cuello alguna moneda u objeto de valor, pues se estimaba conveniente no olvidar la *τιμὴν ἐντάφιον* (p. 56, l. 15). A profundizar en este aspecto se destina la tercera parte del *Excursus*. La muerte en el mar era especialmente temida por los antiguos, porque estaban convencidos de que el alma no podía abandonar bien el cuerpo al obstruir el agua su salida natural por la boca. A esto se añadía el hecho de que el cuerpo del ahogado quedaba por lo general insepulto en el mar sin recibir las debidas exequias. De ahí que, como recompensa a quien tomara a su cargo el sepelio del náufrago, era conveniente que éste llevara consigo algún dinero o joya de valor. Que la creencia y costumbre aún perduraba en el medievo y en la época moderna, lo demuestra Janni con textos de la *Historia Apollonii Regis Tyri*, de la epopeya de *Jourdain de Blaivies* y de la balada popular inglesa de *Sir Andrew Barton*.

Una exhaustiva bibliografía (pp. 111-123), un mapa de la parte septentrional de Libia (p. 125) y un índice de fuentes (pp. 127-132) completan este excelente trabajo, que a sus virtudes añade la de estar escrito en un primoroso italiano (lo digo por las muchas veces que me ha sido preciso acudir al diccionario). La edición es correcta y muy limpia de erratas en el texto griego. Tan sólo he detectado οἶος (p. 54, l. 9 de abajo), ἔναγκος (por ἔναγχος, p. 58, l. 5) y algunas improprias separaciones del apóstrofo: ἐπ’ ἄλλω (p. 60, l. 5 de abajo), ἐστ’ ἄν (p. 62, l. 13), ἔχοιμ’ ἄν (p. 62, l. 11 de abajo). En una palabra, los estudiosos de la grecidad tardoantigua tienen en la obra de Janni un ejemplo de buen hacer filológico por el que felicitamos sinceramente al autor y a la benemérita editorial Olschki que ha tenido el acierto de publicarla.

Luis GIL

Universidad Complutense de Madrid

SQUILLONI, Antonella, *Libertà esteriore, libertà interiore. Due aspetti del pensiero greco*. Academia Toscana di Scienze e Lettere «La Colombaria». «Studi» CXCIX. Firenze, Leo S. Olschki editore, 2004, 171 págs.

Ya en la introducción la Squilloni delimita bien el doble campo donde se va a desarrollar su investigación sobre la noción griega de ‘libertad’, la de fuera (política) y la de dentro (filosófico-moral). La primera le hace al hombre ‘ser libre’ en sociedad donde se encuentra instalado, la segunda, ‘sentirse libre’ frente a las presiones externas y a sus pulsiones interiores. En consecuencia, la primera parte del libro (págs. 3-80) encuadra el estudio del concepto de libertad política en el contexto de las nociones conexas, tales como ‘gobierno del pueblo’ (δημοκρατία), ‘igualdad’ (ισότης), ‘igualdad ante la ley’ (ισονομία), ‘igualdad en el uso de la palabra’ (ισηγορία), y ‘ley’ (νόμος). Rechaza la autora que ἐλευθερία se haya formado sobre la raíz \*ἐλευθ/ἐλυθ (cf. ἐλεύσομαι) como estimaba Pohlenz (‘capacidad de ir adonde se quiera’) y se inclina por la hipótesis de Benveniste que la hace derivar de ἐλεύθερος, a saber, miembro del \*leudh, ‘pueblo’ o comunidad de hombres libres. Se muestra muy influida por las brillantes construcciones teóricas de los autores franceses (Detienne, Vernant, Vidal-Naquet). Por ejemplo, estima que en la epopeya el ‘bottino’ se depositaba ‘nel mezzo’, cuyo correlato espacial era el ágora, donde se distribuía ‘equamente fra pares’. Y sin plantearse que esto difícilmente podía ocurrir en el transcurso de las operaciones bélicas lejos de la patria, continua diciendo que en este espacio circular dispuesto en el centro de la ciudad «la dialettica del comandare e dell’essere comandato si esprime nel percorso ideale dal centro ai punti periferici della circonferenza» (p. 19). La estructura de la organización política de la democracia no es piramidal o jerárquica, sino circular y horizontal, de tal suerte que todos los ciudadanos constituyen una κοινωμία equidistante del centro, lo que explica la radical ισότης de éstos en el sistema y las manifestaciones particulares de dicha igual-

dad en la legislación (ἰσονομία) y en el uso de la palabra en la asamblea (ἰσηγορία). Particular interés tiene a nuestro juicio el estudio de la evolución del concepto de νόμος, en Solón, Píndaro, Heráclito, Esquilo, Heródoto, el *Corpus Hippocraticum*, los sofistas, Protágoras, Antífonte, Hipias, Calicles, Trasímaco, los trágicos Esquilo y Sófocles, y el Sócrates del *Critón*. Cierra esta primera parte un análisis de la ciudad privada de la libertad por la tiranía y un examen de las críticas que los contemporáneos hicieron al sistema democrático. El buen orden de la polis se basa en la proyección a la vida comunitaria del precepto delfico del μηδὲν ἄγαν cuyo quebrantamiento por la ambición (πλεονεξία) y la prepotencia (ὑβρις) rompe el equilibrio dinámico, la ἰσότης δυνάμεως, que caracteriza a la democracia, y da paso a la tiranía. Si las guerras contra los persas contribuyeron a la creación del ideal de la libertad y a la exaltación del modelo institucional de la polis, la guerra del Peloponeso trajo consigo la crítica del sistema democrático. La autora analiza la *Constitución de Atenas* del Viejo Oligarca, los asertos del autor de los Δισσοὶ Λόγοι, el célebre pasaje herodoteo de las tres constituciones, los juicios adversos de Sócrates según Jenofonte, las críticas de Platón a un régimen que reparte indiscriminadamente la igualdad entre los iguales y los desiguales, sin olvidar la distinción soloniana entre ἰσότης e ἰσομοιρία y las consideraciones posteriores de Aristóteles. Todo ello sin atenerse a un estricto orden cronológico.

El capítulo primero de la segunda parte se consagra a considerar cómo puede compaginarse la idea del 'destino', siempre presente en el pensamiento griego, con la de la libertad del hombre para construir su vida y tomar sus decisiones, cuando el futuro está ya escrito de un modo inevitable. Con textos de la epopeya, de la lírica arcaica y de la tragedia, la Squilloni llega a la conclusión de que «la libertad no es sinónimo de libertad de los acontecimientos (*dagli eventi*) y del curso de la vida, sino más bien libertad en su respecto, libertad de escoger la actitud a tomar frente a ellos» (p. 94). Ejemplos típicos de este *atteggiamento* serían la Antígona, y el Edipo sofocleas, la Macaria de *Los Heraclidas* y la Polixena de la *Hécabe* de Eurípides. «Elijiendo racionalmente el destino—dice la autora más adelante (p. 100)— el hombre hace triunfar una actitud dinámica, positiva que rechaza el aceptar pasivamente cuanto le toca en suerte: en este ponerse interlocutoriamente de frente a los acontecimientos, viviéndolos con profundo y total conocimiento, se anula la ruptura entre aspiraciones, deseos personales y circunstancias, cuyo conflicto, o más bien incongruencia está en la raíz del sufrimiento humano, y consiguientemente en la falta de libertad interior» (p. 100).

A partir de Sócrates el concepto de libertad interior se identifica con el dominio personal de las pasiones. En la tragedia adquiere especial relieve el choque del mundo exterior con el hombre, obligado a afrontar «il contrasto fra le sue aspirazioni, i suoi progetti, impediti dal corso delle circostanze volute per lui dagli dei» (p. 103), pero con Sócrates la noción de destino, por decirlo así, se interioriza. El acto moral debe atenerse a una norma interior no escrita, que sólo el conocimiento del bien da a conocer. Sus sucesores se ocupan de perfilar en el pensamiento ético las nociones de ἐγκράτεια 'dominio de sí mismo', σωφροσύνη 'templanza', αὐτάρκεια 'autosuficiencia'. El dominio de sí mismo es el supuesto previo de la templanza y esta conduce a la autosuficiencia que ponen como meta ideal del sabio Antístenes primero y después Diógenes. La autora reconoce las implicaciones negativas del sabio autárcico que de nada ni de nadie necesita. «poiché non esiste alcun legame di dipendenza fra lui, i suoi concittadini e il bene, che egli riconosce come possesso privato ed individuale. Egli è, come dice Aristotele (Pol. 1253 a 29), animale o dio» (p. 116). Y a este respecto me permito hacer un comentario sobre el origen psicológico de tal actitud, a fin de cuentas una reacción compensatoria a un fracaso vital reconocido, muy agudamente destacado por William James a principios del pasado siglo. La propia estimación es el cociente de una fracción cuyo numerador son los éxitos y cuyo denominador son las aspiraciones. Cuantas más aspiraciones tenga el individuo mayor debe ser el número de sus éxitos para que se sienta realizado y satisfecho consigo mismo. A la inversa, el cociente va progresivamente aumentando conforme las aspiraciones se van reduciendo. Cuando éstas llegan a cero la propia estimación se eleva a infinito, lo que es el caso del sabio cínico en su radical autarcía. Pero ésta es una situación que Platón y Jenofonte, aun poniendo la austeridad de Sócrates como modelo, rechazan. El sabio debe ser siempre dueño, no esclavo de sus pasiones, y para lograr ese dominio es fundamental la ἄσκησις, el continuo ejercitarse en el control de los impulsos primarios. Cuando éste se consi-

gue, se alcanza la «vittoria» su di esse, ossia libertà 'da' esse» (p. 118). La libertad interior, pues, más que como autocontrol de las pasiones se concibe como un quedar libre de ellas.

Aristóteles, al distinguir entre acciones y disposiciones, sostiene que el hombre es dueño de las primeras desde el principio al fin, no así de sus disposiciones, aunque hay un momento en que también es dueño de éstas. Se trata del momento de la προαίρεσις o 'sclta deliberata' (p. 122), pero para que ésta sea justa es preciso saber distinguir el bien del mal, y también elegir *motu proprio* (ἐκούσιος), no bajo coacción (ἀκούσιος). La προαίρεσις difiere de la βούλησις o querencia de un fin, porque sólo considera aquello que nos es dable hacer y los medios para conseguirlo. Y en ello radica el ejercicio de la virtud. Para Aristóteles «la virtud no es *dýnamis*, don o facultad natural, ni *epistème*, conocimiento adquirido a través de una actividad intelectual, sino más bien una *héxis* o disposición del alma que se forma en el transcurso de acciones repetidas y continuadas» (p. 130). El incontinente, aunque pueda construir un silogismo lógico, carece de 'la ragione pratica' a la que corresponde elegir las premisas correctas para trasladar la conclusión del ámbito del pensamiento al de la acción (p. 132). Por consiguiente, para Aristóteles la libertad interna consiste en la libre facultad de elegir.

Destina la autora un capítulo final al 'hombre tiránico', el gobernante que proyecta en el cosmos de la ciudad la *hybris* y la *pleonexia* de su alma, es decir, su propio desorden interno. El tirano, en efecto, incapaz de reprimir sus deseos, hace recaer en sus súbditos las pasiones que le dominan. Ahora bien, un análisis de su tipología como hombre pasivo frente a éstas y una comparación con la figura de la mujer 'costruita dalla cultura filosofica' permite descubrir interesantes paralelos que la autora se encarga de poner de relieve. La mujer que en el plano biológico-reproductivo es pasiva, como 'materia' frente al varón que es forma, y que en el plano jurídico-social le está sometida, sucumbe asimismo en el plano moral más fácilmente que el hombre a los placeres y a los deseos, es presa pasiva de éstos. Desde este punto de vista, el tirano carece de los rasgos viriles propios del individuo temperante que sabe imponerse a sus pasiones y añade por tanto a su falta de libertad como esclavo de éstas el baldón de ser un tipo feminoide.

Lo que hasta aquí se ha dicho puede dar una idea de la riqueza conceptual del estudio de la Squilloni, tanto en el aspecto jurídico-histórico de la primera parte, como en el ético-filosófico de la segunda. Su lectura, por tanto, puede ser muy provechosa no sólo a los filólogos clásicos, sino a los historiadores del pensamiento político y filosófico de la antigua Grecia. Pero los indudables méritos de este trabajo, que le ha costado a su autora hacer encomiables esfuerzos para sintetizar, asimilar y reelaborar con innegable toque personal lo mucho que se ha escrito sobre la materia, se ven deslucidos por las muy numerosas erratas que afean el texto italiano y griego. Algunas parecen deberse al empleo del *scanner* sobre un texto anterior, v. gr. Callide por Callicle (p. 37), *trannide* (por *tirannide*, p. 51, en nota), *Calfornia* (por *California*, p. 83, n. 2), *τέχνη πολυμική* (por *πολιτική*, p. 68) etc. Otras, sin embargo, se deben a descuido en los acentos y espíritus de los términos griegos. Ya en la p. 5 citando a Epicteto se lee: *πορευόμαι όπου θέλω, έρχομαι όθεν θέλω, και όπου θελω*, como preludeo de lo que va a venir después: p. e. *έκοντες* (p. 10), *δύνατοι* (p. 16), *ομονοια* (p. 21, n. 35), "Αθηνας (p. 23), *ισονομίας* (p. 24), *κρείισον* por *κρείισων* (p. 32), *δούλος*, (p. 42), *ισότες* (p. 44), *πλουσίοι* (p. 72), *ισηγορία* (p. 72), *εργαζόμενοι* (por *εργαζόμενοι*, p. 77), *πάντ' ά* (por *παντ' άν*, p. 91). Pero hay otras erratas más graves que atentan contra la morfología y los usos idiomáticos de la lengua griega: *ύφ' ύβρις* (p. 67), dar a *στάθμα* (*στάθμη*) el significado de 'strada' (p. 91, n. 44); oponer a *eunomia* el hapax *kakonomia* (p. 78) y no los correctos *anomía* y *dysnomía* y elegir *akrasía* (p. 109) en vez de *akrateia* para que el lector lo asociase inmediatamente a *enkráteia* y no a *krasis* 'mezcla'. Un descuido importante para entender lo que se quiere demostrar es escribir *boulesis* y no *bouleusis* en p.131 y también citar (en p. 115) el fr. D.K. 68 B 210 de Demócrito como *τράπεζαν πολυτελία μέν τύχη παρατίθησιν αυταρκέα δέ σωφροσύνη*, y no *τράπεζαν πολυτελέα μέν τύχη παρατίθησιν, αυταρκέα δέ σωφροσύνη*. La lista podría aumentarse, pero estimo suficientes los ejemplos aducidos para demostrar el interés y detenimiento con el que he leído este trabajo.

Luis CIL

Universidad Complutense de Madrid

Richard BUXTON, *The Complete World of Greek Mythology*, London 2004, Thames & Hudson, 256 págs.

Nos encontramos ante un manual de mitología magnífico, muy útil y adecuado tanto para principiantes como también para los que ya tienen conocimiento sobre la materia. Porque, además, no trata exclusivamente de temas mitológicos, sino que se aproxima de alguna manera a cuestiones de todo tipo de la cultura griega, relacionando unas con otras de modo que nos muestra cómo todo está conexionado y forma un conjunto armónico e inextricable. Por un lado, no se puede conocer realmente la mitología si no se examina en sus fuentes literarias y en sus fuentes iconográficas, al igual que tales fuentes no resultarían inteligibles sin la comprensión del contexto mitológico. Por otra parte, sólo nos es revelado el auténtico significado y trascendencia de los mitos situándolos en el entorno geográfico y, en especial, en el entorno humano –social, histórico, político– que ellos explican y que, a la vez, los han condicionado. Pues bien, todo esto queda patente a través de la lectura del libro de B. (cuyo título, *The Complete World of Greek Mythology*, ya nos indica su principal objetivo), expuesto de manera sintetizada pero bastante completa, y en un estilo que muestra compatible el contenido didáctico con la profundidad de ideas y reflexiones, la calidad literaria con la amenidad y claridad.

El libro cuenta ya con una traducción española, recentísima (que aún no había sido publicada cuando escribí estas páginas, por lo que no he llegado a examinarla detenidamente), en la editorial Oberon; traducción cuyo título –*Todos los dioses de Grecia*–, cambiado inexplicablemente respecto al original, altera la esencia del contenido.

Revisemos ahora el trabajo en pormenor. Primeramente, los aspectos más bien FORMALES:

Ante todo destaca la gran cantidad de material iconográfico, de **imágenes** (330 fotografías, de las que casi la mitad –139– son en color), que enriquecen y embellecen enormemente el libro. Además, se añaden constantemente **mapas** y **cuadros sinópticos** y **genealógicos**, muy útiles, así como algunos **pasajes** de obras literarias griegas. También se van intercalando en el texto (en papel de color –como asimismo los cuadros y los pasajes literarios– para que no haya confusión) otras **cuestiones relacionadas**, como por ejemplo, «¿Qué es un mito?», p. 18, «La alternativa órfica», p. 52, etc. Cierran el libro diversos **índices**: de lecturas recomendadas, de las referencias de los pasajes literarios citados y de las ilustraciones, de nombres.

Respecto al índice de datos de las ilustraciones se podría objetar que resulta difícil localizar en él la referencia a cada ilustración, al hallarse catalogadas no por orden de páginas, sino por museos u otras fuentes de las fotos. En mi opinión, lo más cómodo para el lector sería incluir los datos en el pie de foto. Por otra parte, creo que habría sido interesante añadir una lista de cuadros genealógicos (por ejemplo, el de los dioses en pp.44-5, además de otros muchos: en p. 97, 108, 114, 124-5, 131, 149, 158, 161-2, 169, 194-5) y de otros cuadros sinópticos (el de actividades y atributos de los dioses en p. 69, lista de Argonautas en p.111, el de los 12 Trabajos de Heracles en p. 116, el de los contingentes griegos en Troya en p. 134, de metamorfosis en p. 154, etc.).

Hablemos ahora ya del CONTENIDO propiamente: el libro (que consta de una breve introducción y de 7 capítulos) abarca los temas mitológicos típicos e imprescindibles, a los que se suman otros que proporcionan una mayor originalidad y riqueza de perspectivas, como es el enfoque particular dado en muchos casos a dichos temas.

Tras la **introducción** (que finaliza con un bosquejo del plan a seguir y con un cuadro cronológico de los narradores griegos de mitos, en p. 8), **el Capítulo I** es a su vez una parte introductoria del resto al tratar de temas generales y al relacionar unas y otras cuestiones de la cultura griega. Así, remontándose lo más atrás en el tiempo en que nos son transmitidos los mitos, habla B. de las más antiguas fuentes literarias (Homero y Hesíodo, aludiendo a la controvertida cuestión de la composición oral) y de la época real, histórica, en que se desarrollaron los mitos, así como de los antecedentes míticos no griegos –orientales sobre todo–, y expone algunas de las discusiones y distintas teorías que han suscitado estos temas entre los investigadores. También explicita las otras fuentes de nuestro conocimiento de los mitos, las iconográficas, en todos sus soportes materiales (pinturas en vasos, esculturas, etc.), así como, por otro lado, trata de los soportes materiales de los textos literarios (papiros, etc.) y de los problemas de su transmisión.

En el apartado siguiente hace referencia a aspectos de la existencia diaria de los griegos al hablar de lo que llama «contextos de los mitos»; es decir, las situaciones de la vida en que se contaban los mitos: a los niños, las mujeres en la casa y el maestro en la escuela, y a los adultos, en el simposio y en otras reuniones, en rituales y ceremonias religiosas. Y—a propósito de su modo de ejecución, su «performance»—continúa B. con los tipos de poemas en los que se presentaban los mitos, lo que le sirve para esbozar una historia de la literatura y de los diferentes géneros literarios en su desarrollo diacrónico, al ser la ejecución de los mitos en principio oral (en la épica, en el canto coral, en el drama), aunque posteriormente —en especial desde época helenística— se desarrollan literariamente y surgen además nuevos géneros de narrativa mitológica, en prosa sucinta, o aparecen relatos míticos en textos orientados hacia otros objetivos (históricos, filosóficos), a menudo con espíritu crítico.

De modo que este capítulo inicial resulta muy interesante, proporcionando una excelente sinopsis de lo más esencial de la cultura griega.

Con el **Capítulo II** se da paso ya al tema concretamente mitológico con los mitos de los orígenes, partiendo —conforme a la estructuración idónea— de lo más universal a lo más particular: cosmogonía, teogonía (incluyendo pasajes literarios de los más significativos: nacimiento de Afrodita de *Teogonía*, nacimiento de Apolo y de Hermes de los respectivos *Himnos homéricos*), antropogonía y, en fin, orígenes de las ciudades. También se detiene a hablar de los personajes mitológicos con la función de transmisores de cultura (como Prometeo, Foroneo, Pelasgo, etc.) y de las colonias desde el punto de vista mítico. Y de todo B. nos va exponiendo las leyendas principales, los paralelos orientales (fundamentales respecto a estos mitos) y las fuentes literarias más importantes y antiguas, igual que hace en los capítulos sucesivos; aunque no es totalmente sistemático en la cita de fuentes literarias, pues alguna vez las omite o hace mera referencia a ellas como algo ya sabido, sin haber precisado previamente.

El **Capítulo III** se dedica a los dioses olímpicos, centrándose en tres aspectos: poder, honor y sexualidad. Empieza con el tema de los poderes y esferas de influencia de cada uno. Así ZEUS, cuyo terrorífico poder como dios del cielo y de los fenómenos atmosféricos se traslada al dominio sobre los otros olímpicos. Aborda B. la compleja cuestión de si es o no moral su autoridad, dadas las contradicciones que envuelve su imagen, como también los límites de su poder, que a veces parece absoluto y otras restringido por los de los otros dioses a su vez. De manera análoga trata de los demás dioses, prefiriendo contar —mejor que un conjunto exhaustivo de historietas míticas sin más— conceptos esenciales acerca de ellos y su sentido más profundo y simbólico, así como también considerar la perspectiva religiosa. Por ejemplo, de HERA —diosa que preside el matrimonio— destaca que los ritos de su culto por todo el mundo griego significan la transición de virgen a novia. Y en POSIDÓN resalta su carácter contradictorio, de dos caras, de serena autoridad y violencia explosiva (como el propio mar, el Egeo en particular), así como su tormentosa energía, que excita la turbulencia de la naturaleza, lo que varios mitos expresan en términos sexuales. De APOLO entiende como punto común de sus muchos y variados poderes el «orden armonioso»: en la música, en el cuerpo saludable y en el conocimiento. Mientras que respecto a ARTEMIS considera lo más cercano a un esquema unificador la noción de «transición a la edad adulta» —quizás relacionada con los lugares «límites» de su culto, con los lugares salvajes y las fieras que los habitan—, siendo sus acompañantes jóvenes que aún no han hecho transición a la vida sexual plena en el matrimonio y socialmente todavía tienen su lugar «in the wild». A HERMES lo señala como dios del movimiento y de la alternancia entre estados opuestos, siendo su principal papel el moverse entre tales polaridades, y su competencia, la habilidad y astucia, sin la capacidad para la fuerza bruta típica de algunos de los otros olímpicos (como muestra su atributo, el caduceo, que no es un arma agresiva). De ATENEA destaca como noción clave el cultivo, el proceso de traer lo natural a la esfera de la productividad humana: la polaridad entre naturaleza y cultura; y también el hecho de que ella (al contrario que otros dioses, como, por ejemplo, Apolo, que actúa «de lejos») es sentida «cercana», tanto de sus héroes favoritos como de las comunidades. De DIONISO comenta que todas sus principales características se hallan en *Bacantes*: su poder absoluto, hipnotizador; la locura que provoca, más colectiva que individual, ligada a un estado de éxtasis; su carácter subversivo. Lo resume como «*inexpressibly delightful but formidably dangerous*», como simboliza su atributo, el vino, la uva que intoxica.

En cuanto a ARES y HEFESTO, tienen en común que son menospreciados por sus compañeros divinos: el primero, por la crueldad de la guerra (no tiene la relevancia de Marte en Roma); el otro, por su deformidad. También habla B. de DEMÉTER, de AFRODITA, de divinidades «menores», como HÉCATE, HESTIA, PAN, de las MUSAS, de las MOIRAS, de las ERINIS.

El siguiente tema abordado en relación a los dioses es el de su honor dañado y el de los límites y fronteras de sus poderes: entre un dios y otro y entre ellos y los mortales. Pues si bien su poder es supremo en su territorio, los problemas surgen en los márgenes, cuando hay que hacer una elección y cuando el honor de una divinidad está en juego. Pone como ejemplo a Hipólito, y también a otros mortales que han ofendido gravemente a un dios, engañándole, robándole, abusando de su confianza (Licaón, Tántalo, Sísifo, Ixión) o compitiendo con él (Marsias, Salmoneo). A éstos añade aquellos que quisieron acercarse –literalmente– demasiado a los dioses (Ícaro, Faetón). Todos ellos provocaron su propia destrucción.

En un último apartado dedicado a los dioses se centra en su sexualidad, porque –dice B.– es uno de los modos más impresionantes en que se expresa el poder de los dioses, siendo su potencia y su fertilidad infalibles. Entre la rica variedad de tipos de relaciones sexuales de los dioses indica como las más sobresalientes las que se hacen a través de la frontera divino / mortal, que son causa de inevitable tristeza para el dios, y, además, de deshonor para las diosas que se unen a un hombre mortal: Afrodita con Anquises y con Adonis, Tetis con Peleo, Harmonía con Cadmo, Eos con Céfalos y con Titono, Selene con Endimión. De entre los dioses escoge B. a Zeus y a Apolo, progenitores de muchos de los héroes más destacados. Ellos –al contrario que sus *counterparts* femeninas– no sufren «traumas emocionales» como resultado de sus amores, sino que es la mortal elegida quien los padece: a las casadas (como Leda y Alcmena) la irrupción de Zeus en su vida familiar les produce especiales complicaciones, mientras que sobre las solteras (como Dánae y Antiope) recae la violenta reacción de su padre respectivo. Con otras tribulaciones se encuentran Io y Calisto. También habla de Europa y de Ganimedes, el amante del mismo sexo (de lo que comenta que –reflejo de las costumbres de la vida real– no suscitaba ningún problema moral y era aceptado socialmente). Pero quizás se echa en falta en este apartado la inclusión de Semele para completar el «catálogo» de las más importantes amantes humanas de Zeus, aunque ya haya mencionado su historia al tratar de los poderes de Zeus (p. 68) y de Hera (p. 71). Con respecto a Apolo, igualmente señala que sus pretendidas fueron víctimas de grandes padecimientos: Casandra, Creusa, Coronis y –también como en el caso de Zeus– un joven del mismo sexo, Jacinto.

En el **Capítulo IV**, «Hazañas heroicas», da el protagonismo a los mortales extraordinarios, caracterizados como tales sobre todo por sus hechos y sufrimientos excepcionales, que los convierten en paradigma de las posibilidades de la experiencia humana al poner a prueba sus límites. Considera los mitos de los héroes desde los dos modelos de historias más recurrentes: la búsqueda y el viaje, por un lado, y el combate con seres terroríficos, por otro; *patterns of adventure* éstos en que en general la mujer no tiene otra función que ser objeto de la búsqueda (Helena por ejemplo) o auxiliadora (Ariadna). Así –en una primera sección– B. va hablando de Perseo, de Meleagro (y de la excepcional Atalanta: cazadora y guerrera, es mujer atípica, con papel activo, que B. nos señala como ejemplo para los griegos de ese aspecto «salvaje» de la mujer que hace que deba ser domada por el hombre para poder cumplir así con su papel de esposa y madre, de Jasón (y de la también excepcional Medea, aunque por otras razones), de Heracles (uno de los héroes más paradójicos –dice– y con mayor variedad de perspectivas), de Teseo, comentando de éste y de Heracles las connotaciones históricas y políticas a las que se asocia su figura. Una segunda sección la dedica a la Guerra de Troya: «la aventura heroica que está por encima de todas las otras... debido en parte a los dos supremos poemas de Homero». E indica que cuenta además con innumerables imágenes y con otros muchos relatos (tragedias principalmente) sobre el tema, agregándose a ello el interés que suscita en el público la cuestión de la posible realidad de los acontecimientos.

El **capítulo V** –siguiendo con los héroes– se centra en las sagas familiares. Dedicada B. especial atención a estos linajes míticos cuyas acciones y sufrimientos se refieren fundamentalmente a las relaciones entre los miembros de la familia, porque proporcionan paradigmas extremos para crisis en tales relaciones y muestran en grado exagerado los tipos de presiones que pueden afectar a los hombres en sus vidas diarias. Así pues, si en el capítulo anterior nos presentaba B. a los héroes en

el contexto de un mundo fabuloso, ahora —como contrapunto— nos los sitúa «en casa», en su ambiente normal humano, dejando patente ese contraste magistral que está en la esencia de la mitología, entre lo extraordinario y lo cotidiano. Destaca como los linajes más sobresalientes por el horror de los acontecimientos asociados a ellos el de Pélope y el de Layo, y como rasgos fundamentales la consideración del honor, de los celos, del poder (por ejemplo, por el poder se establecen las luchas terribles entre los pares de hermanos Atreo y Tiestes, Eteocles y Polinices). También incluye otras familias desdichadas: la de Tereo, Procne y Filomela, la de Dánao y sus cincuenta hijas.

Además, como tema más específico dentro de este capítulo dedicado a los individuos en el contexto de sus vínculos familiares, trata del amor, fortísimo lazo que —comenta B.— puede resultar paradójicamente uno de los más poderosos agentes de destrucción. Así, el amor entre esposos como Protesilao y Laodamia, Admeto y Alceste, Orfeo y Eurídice, personajes sujetos en su relación a la prueba extrema de la muerte. Y asimismo hace B. referencia a otra forma de amor, entre personas del mismo sexo, comparando el hecho en la sociedad griega real y en el mito.

En el **capítulo VI**, «El paisaje de los mitos», presentándonos la topografía de la mitología griega y poniendo de manifiesto la gran significación del lugar, nos hace contemplar los mitos «contra el telón de fondo del paisaje en que transcurre la narración», en la base de que mucho del carácter distintivo de la mitología griega deriva de su entorno natural. Las montañas, las grutas, los ríos, las fuentes y el mar, todos ellos son escenarios de numerosos mitos, que nos va contando nuestro autor a medida que va haciendo el recorrido geográfico, como ya hacía en su libro anterior, *El imaginario griego* (Cambridge University Press, Madrid 2000) Y no sólo los lugares de la naturaleza, sino también los establecimientos humanos —señala— pueden constituir partes distintivas del mundo mitológico, destacando entre ellos a Creta y a Troya, que —por los importantes descubrimientos arqueológicos— han provocado gran interés y suscitado la cuestión de la relación entre el mundo del mito y el mundo real. E incluye un tercer tipo de paisaje mítico, el Infierno, alegando que puede considerarse una localización también real desde la perspectiva de las creencias del narrador de mitos y su auditorio.

Y ya en un último **capítulo, VII**, trata de «Los mitos griegos después de los griegos»: la influencia de la mitología en las diversas áreas de la cultura a lo largo de las sucesivas generaciones, desde los romanos, pasando por los cristianos medievales, el Renacimiento y los siglos siguientes, hasta el presente s. XXI. Nos habla de las interesantes reelaboraciones de los mitos por poetas y artistas visuales, así como, actualmente, también en el cine, televisión y juegos de ordenador, ofreciéndonos —en una útil síntesis— una muestra de algunos momentos clave en la historia de la adaptación de la mitología griega a los nuevos contextos culturales.

De modo que, si en el capítulo inicial comenzaba tratando de los antecedentes de los mitos griegos, de sus fuentes más antiguas, remontándonos lo más atrás en el tiempo, en este último nos traslada hasta la máxima actualidad, en visión «universal» de los mitos. Como universal es también la visión que nos da de ellos en otros aspectos.

Porque B. nos los muestra —sobre todo a través de sus interesantes reflexiones y de los comentarios generales— en todo el alcance de sus significados: el trasfondo social y político, las motivaciones psicológicas, poniendo de relieve los conflictos más graves que se plantean los personajes (por ejemplo, sus dilemas. Así, en p. 148, expone una serie de *incompatible claims* ante los que se encuentran los individuos: ¿debe el hijo elegir al padre o a la madre? Tal es el dilema de Orestes. O, para una mujer —así Ariadna, Medea—, la elección entre su padre o su amante). Como también B. hace énfasis muy a menudo —lo vemos en el último ejemplo— en la diferencia de reacciones entre uno y otro sexo, profundizando, en aguda percepción de lo femenino, en el papel y en los rasgos específicos de las heroínas.

Así pues, B. no se limita a contar simplemente los hechos, sino que los explica, analiza y relaciona (como, por ejemplo, señalando los motivos comunes en los mitos), contribuyendo, en resumen, a nuestro entendimiento de la mitología y, sobre todo, haciéndonos reflexionar sobre cuestiones esenciales de la vida, del universo, del hombre, que es, al fin, la función primordial de los mitos.

Alicia ESTEBAN SANTOS  
Universidad Complutense de Madrid

Maria Serena FUNGHI, (ed.), *Aspetti di letteratura gnomica nel mondo antico. I*, Florencia, Leo S. Olschki Editore, 2003, XVI + 302 págs.

En el marco de las numerosas y certeras investigaciones que se llevan a cabo en Italia con el fin último de editar el *Corpus dei Papiri Filosofici Greci e Latini*, se celebró en Mayo de 2002 en Pisa el seminario «Aspetti e forme di tradizione letteraria sentenziosa nel mondo antico», cuyas actas se recogen en el volumen que reseñamos y que se verán complementadas con la próxima publicación de las actas correspondientes a las jornadas que tuvieron lugar en 2003.

De acuerdo con lo dicho, los trabajos contenidos en nuestro volumen se ocupan sobre todo (pero ni mucho menos exclusivamente) de la contribución, fundamental, de los papiros para el replanteamiento de los arduos problemas que presenta la formación y transmisión de las colecciones de *gnomai* que hunden sus raíces en el mundo antiguo y en particular de la colección de sentencias que nos ha llegado bajo el nombre de Menandro. Estos productos «abiertos», susceptibles de acoger o eliminar continuamente nuevos materiales para adaptarse a los propósitos de los sucesivos recopiladores o lectores, han conocido, en efecto, una génesis y una historia muy accidentada, que el libro que reseñamos contribuye de manera sobresaliente a que sea mejor conocida, tanto en lo que se refiere a aspectos generales y metodológicos como a cuestiones de pormenor.

Dada la imposibilidad de comentar con un mínimo de precisión la multitud de datos e interpretaciones que ofrece un libro tan rico, nos vamos a limitar a glosar de modo general el contenido de cada uno de los trabajos. El volumen se articula en dos partes, la primera de ellas dedicada a las «Sentencias de Menandro» y la segunda al análisis de otros aspectos de la literatura gnómica.

Abre la primera parte el trabajo de Maria Serena Funghi «Tipologie delle raccolte papiracee dei Monastici: vecchie e nuove testimonianze» (págs. 3-19). La autora insiste en la necesidad indudable de revisar los postulados en los que se basa la edición de Jaekel (Leipzig 1964) a partir de las premisas señaladas en diversos trabajos por Carlo Pernigotti, las cuales serán el fundamento de la nueva edición de los *Monósticos* que aparecerá en el *Corpus dei Papiri Filosofici Greci*. A partir sobre todo de los numerosos textos aparecidos en papiros y *óstraka* tras la publicación de la edición de Jaekel, Funghi nos ofrece un estudio crítico de las diferentes características de las colecciones gnómicas atribuidas a Menandro según la función a la que estaban destinadas (bien para uso en la escuela en el aprendizaje de la escritura y también de principios éticos, bien para uso privado, bien para ejercicios de práctica caligráfica en el aprendizaje de los escribas profesionales, etc.), y se detiene con especial detalle en el estudio de un grupo de *óstraka* inéditos de la colección Petrie, que piensa podrían haber estado destinados para su uso en la enseñanza avanzada en un monasterio egipcio del distrito tebano.

La experta metricista Maria Chiara Martinelli aborda el tema «Estrazione e rielaborazione dei monastici. Problemi di testo e di metrica» (págs. 21-34). A partir sobre todo de la información que al respecto podemos deducir de la aportación de los papiros, Martinelli estudia cómo la Métrica puede ayudarnos a establecer si las divergencias textuales entre diversas fuentes son variantes de transmisión o resultado de adaptaciones llevadas a cabo por los recopiladores; para ello indica la autora que debemos tener en cuenta sobre todo los cambios que experimenta el trímetro yámbico desde la época helenística y especialmente la «mutata sensibilità prosodica che avrà come risultato la formazione del dodecasillabo bizantino».

En su contribución «Sentenze di Menandro e 'Vita Aesopi'» (págs. 35-52) Maria Jagoda Luzzatto se propone establecer criterios generales para el análisis de un tema poco estudiado: la relación existente entre las máximas contenidas en la *Vida de Esopo* (y en su modelo, la oriental *Historia de Ahiqar*) y las sentencias menandreas; se ocupa especialmente de señalar cómo el anónimo redactor griego modifica su modelo oriental de acuerdo con una orientación pedagógica que nos lleva al siglo IV a.C. y que encuentra reflejo igualmente en sentencias acogidas en los *Monósticos* atribuidos a Menandro.

Silvia Azzarà («Fonti e rielaborazione poetica nei 'Carmina Moralia' di Gregorio di Nazianzo», págs. 53-69) estudia dos aspectos de la presencia de máximas en la obra de Gregorio de Nacianzo, en la cual desempeñan un papel importante: el uso que hace Gregorio de colecciones prece-

dentes y la composición por parte del propio Gregorio de poesía gnómica, partiendo naturalmente de la tradición gnómica que conocía y que adapta a su pensamiento y propósitos.

Tras una breve introducción general a los caminos que siguen actualmente los estudios sobre literatura copta, Sergio Pernigotti («La redazione copta dei monastici e il suo ambiente culturale», págs. 71-81) estudia con pormenor los dos papiros y el *óstrakon* que contienen el texto griego y la traducción copta de monásticos de la colección atribuida a Menandro, destinados a uso escolar, insistiendo especialmente en lo que estos textos bilingües nos pueden decir sobre el ambiente cultural y educativo copto.

De la colección de sentencias de «Menandro el sabio» conservada en un manuscrito siríaco del siglo VII se ocupa Paolo Bettiolo («Dei casi della vita, della pietà e del buon nome intorno ai 'Detti' siriaci di Menandro», págs. 83-103). Bettiolo estudia con competencia problemas textuales, la cuestión de si el autor de la recopilación era pagano o cristiano, el contexto histórico-cultural en el que el «Menandro siríaco» se ubica, y los problemas relativos a la formación y uso de la colección (si hay que partir de un núcleo «auténtico» de Menandro con adición de materiales siríacos o si los materiales son fundamentalmente de procedencia hebrea, si iba destinado a monjes o a un público laico, etc.).

La versión eslava de las sentencias «menandreas» es particularmente interesante para los helenistas, pues permite reconstruir de manera bastante aproximada el texto griego original y ofrece además un texto que no ha sufrido las modificaciones experimentadas con frecuencia por los testimonios de la tradición griega. Del estudio de esa versión eslava se ocupa Moreno Morani, su editor (Alessandria 1996) y por tanto buen conocedor del tema («La versione slava delle 'gnomai' di Menandro», págs. 105-120). Morani nos ofrece una visión general de las características de esta tradición y de cada una de las tres ramas que comprende, así como de sus relaciones con los textos griegos llegados hasta nosotros, realizando incluso aportaciones personales a las reconstrucciones del texto eslavo y griego. Analiza también Morani, mediante el estudio de ejemplos concretos, los lazos que unen la versión eslava con la versión árabe, ya que ambas mantienen entre sí vínculos bastante estrechos.

Cierra la primera parte del libro un trabajo de carácter general, obra de Carlo Pernigotti, titulado «La tradizione manoscritta delle 'Menandri Sententiae': linee generali» (págs. 121-137). El autor, que ha realizado ya importantes aportaciones sobre este complejo tema, estudia fundamentalmente el problema de las relaciones y diferencias entre la fase antigua de la formación de las colecciones menandreas (testimoniada sobre todo por los papiros) y las fases posteriores, representadas particularmente por la tradición medieval griega y las traducciones árabe y eslava, así como las relaciones entre los diferentes representantes de una misma fase. Concluye Pernigotti que, frente a la práctica habitual de los editores de ir sumando los diversos testimonios hasta crear un texto que no ha existido nunca, es preferible seguir la senda marcada por Meyer a finales del siglo XIX y editar de manera escrupulosa cada colección por separado.

La segunda parte del libro está consagrada al estudio de otros aspectos de la literatura gnómica que no se refieren directamente a los monásticos atribuidos a Menandro. Del otro poeta «sentencioso» por antonomasia de la Antigüedad, Eurípides, se ocupa Glenn W. Most («Euripide ó γνωμολογικώτατος», págs. 141-166), quien escribe sobre la frecuencia y función de las *gnomai* en los dramas de Eurípides y su acogida en el florilegio de Estobeo.

Guido Bastianini, en su contribución «Testi gnomici di ambito scolastico» (págs. 167-175), estudia el uso de textos sentenciosos, poéticos generalmente, en los diversos niveles del sistema educativo antiguo, ilustrando sus diferentes funciones con el análisis más pormenorizado de algunos textos escolares de época ptolemaica.

Paolo Carrara («La gnomologia ellenistica. Le 'gnomai' di Carete e dello Pseudo Epicarmo», págs. 177-186) analiza la breve colección de sentencias (algunas de ellas también recogidas entre los *Monásticos* de «Menandro») atribuidas a Cares, supuesto poeta trágico del siglo IV a.C. y conservadas en un par de papiros y en Estobeo, y la colección de sentencias en tetrámetros trocaicos catalécticos atribuidas a Epicarmo y cuya recopilación asignan nuestras fuentes a un tal Axiopisto de Locros o de Sición. En los dos casos estudia Carrara los problemas de autoría y formación de ambas colecciones y, en el caso de las *gnomai* de Cares, también su relación con las sentencias

menandreas, sugiriendo (creo que oportunamente) que el poemita sentencioso de Cares fue una de las fuentes de la compilación menandrea.

También de las relaciones entre la tradición gnomológica griega y las *Menandri Sententiae* se ocupa Carlo Pernigotti («Osservazioni sul rapporto fra tradizione gnomologica e 'Menandri Sententiae'», págs. 187-202), estudiando cómo este «gnomologio poético», cuyo material procede en su mayor parte de la tragedia y la comedia, se relaciona con las demás formas conocidas de gnomologios (tanto con las colecciones más o menos similares conservadas por los papiros, como con las grandes compilaciones tardoantiguas de Estobeo y Orión), y si tal comparación permite obtener deducciones sobre la formación y transmisión de la colección menandrea, aspectos ambos que el autor discute con experto conocimiento.

Francesca Maltomini («Theognidea», págs. 203-224) expone algunas reflexiones sobre la circulación del material incluido en la colección teognidea, tomando como punto de referencia y de contraste el clásico estudio de A. Peretti, *Theognide nella tradizione gnomologica* (Pisa 1953). Concluye la autora (a partir de los testimonios de los papiros y de la tradición indirecta) que la colección debió de formarse definitivamente hacia los siglos II-III p.C., mucho antes de lo que sostenía Peretti, para quien se trataba de una recopilación muy tardía, realizada hacia el siglo IX p.C.

Carlo Martino Lucarini («Publilio Siro e la tradizione gnomologica», págs. 225-239) sostiene que el mejor método para afrontar el estudio de la colección de máximas atribuidas a Publilio Siro es relacionarlas con la gnomología griega, ya que el recopilador tuvo probablemente como modelo gnomologios griegos temáticos, entre ellos algunos de los que están en la base de las *Menandri Sententiae*.

Dentro de un proyecto más amplio que se propone el estudio de la «literatura de compilación» como género literario en épocas tardoantigua y bizantina, la colaboración de Rosa Maria Piccione se centra en «Le raccolte di Stobeo e Orione. Fonti, modelli, architetture» (págs. 241-261). La mayor parte del trabajo está dedicado naturalmente al florilegio de Estobeo. La autora analiza la formación, objetivos y articulación del material de una obra que fue creciendo a partir de la ampliación de núcleos preexistentes, una operación más fácil de llevar a cabo en este tipo de antologías que en un género análogo que se caracteriza por introducir las sentencias dentro de un contexto y que está representado por obras como los *Deipnosofistas* de Ateneo, los *Stromata* de Clemente o las *Saturnales* de Macrobio. Se ocupa también Piccione del espinoso tema de las fuentes de las que bebe Estobeo, que conlleva cuestiones complejas, como por ejemplo si Estobeo leía directamente obras que cita o se limita simplemente al uso de antologías. Las conclusiones que obtiene acerca de la compilación de Estobeo trata Piccione de aplicarlas también a propósito del *Antholognomicon* de Orión, aunque en este caso no es posible llegar demasiado lejos, dado que nos ha llegado apenas un muy breve resumen de la obra.

Los «Acrostici alfabetici cristiani greci» (págs. 263-282) son el objeto de la contribución de Elena Giannarelli. Este tema ha vuelto a replantearse bajo nuevas perspectivas tras la publicación de los breves poemas acrósticos contenidos en el «Códice de las visiones» (Pap. Bodmer XXX-XXXVII). La autora enmarca estas composiciones dentro de la tradición cristiana, y en concreto bíblica, y estudia con especial detenimiento el poema acróstico parenético dedicado a las vírgenes que ha conservado el Pap. Bodmer XLVII, y sobre todo el más célebre acróstico alfabético cristiano, Gregorio de Nacianzo I 2, 30, un poema que comenta exhaustivamente.

Cierra el volumen la contribución de Paolo Odorico «Un esempio di lunga durata della trasmissione del sapere: Cecaumeno, Sinadinos, l'antichità, l'età moderna» (págs. 283-299). El autor analiza en particular el papel de los florilegios para la transmisión del saber en la cultura bizantina y las características formales y de contenido de los diferentes tipos de συλλογαί, según el uso a las que estaban destinadas, insistiendo en el hecho de que el papel de las συλλογαί como productoras de cultura y como fuente de inspiración de nuevas obras literarias merece ser mucho más valorado de lo que lo ha sido hasta ahora. Odorico ilustra estas ideas con el estudio particular del *Strategikon* de Cecaumeno, del siglo XII, y de la *Crónica de Serres* de Sinadinos, del siglo XVII.

El conjunto de estudios recogidos en el volumen (y su segunda parte, cuya publicación se anuncia próxima) son una aportación importante a los estudios sobre literatura gnómica, y en concre-

to creemos que contribuirá en buena medida a la reconsideración de viejos problemas desde nuevas perspectivas.

Fernando GARCÍA ROMERO  
Universidad Complutense de Madrid

*Eurípide. Cíclope*, a cura di Michele NAPOLITANO, introduzione di Luigi Enrico ROSSI, Venecia, Marsilio Editori, 2003, 186 págs.

Entre los varios aspectos que los latinistas y helenistas españoles envidiamos (sanamente) en nuestros colegas italianos creo que está la cuestión editorial. No puede dejar de admirarnos (y es síntoma inequívoco de la buena salud de la que gozan los estudios clásicos en Italia) el hecho de que sea posible encontrar en ese país, en formato «de bolsillo» y a un precio tan asequible (11'50 Euros), estupendas traducciones acompañadas por el texto griego «a frente» e ilustradas con un exhaustivo comentario filológico. La colección «Il convivio» de Marsilio Editori nos ofrece ahora este volumen dedicado al *Cíclope* de Eurípides, el quinto que en dicha colección recoge obras de este autor (tras las ediciones de *Alceste*, *Bacantes*, *Ifigenia en Áulide* y *Medea*), y que viene a sumarse a los que contienen textos de Aristófanes, Demóstenes, Dión de Prusa, Esquilo, Filóstrato, Heródoto, Hiperides, Hipócrates, Homero, Lisias, Luciano, Museo, Platón, Plutarco, Sófocles y Tucídides, por citar sólo los autores griegos.

La aparición de un nuevo comentario al *Cíclope* es una consecuencia lógica de la indudable revitalización que en los últimos años han experimentado los estudios sobre el drama satírico. Uno de los impulsores de tal revitalización, Luigi Enrico Rossi, es el autor de la lúcida «Introducción» general, que en principio va dirigida al lector no especialista, pero cuya lectura ciertamente resulta clarificadora asimismo para el filólogo clásico. Rossi se ocupa de repasar las características distintivas del drama satírico y la evolución de este género, así como su función como colofón de la tetralogía dramática. Por lo que se refiere en concreto a la pieza de Eurípides, Rossi se centra en el análisis de la manera en la que el poeta adapta la tradición homérica, dados los condicionantes que imponen las diferencias de género literario y de condiciones de representación (puesta en escena teatral frente a narración épica) y naturalmente también el ambiente cultural y social en el que se mueve Eurípides. Al autor y a la obra dedica M. Napolitano un apartado no excesivamente extenso, pero sí muy bien desarrollado y documentado, en el cual nos ofrece en primer lugar una ponderada evaluación de los datos, no siempre veraces, que la tradición nos ha transmitido sobre la vida de Eurípides<sup>1</sup>, e igualmente se ocupa de la transmisión manuscrita de las obras de Eurípides y de realizar una primera valoración de la pieza editada y traducida, anticipando aspectos que serán luego ampliamente tratados en el comentario.

El texto griego impreso es, tal cual, el de la edición de Diggle, sin aparato crítico (la veintena de pasajes en los que Napolitano disiente del texto dispuesto por Diggle son discutidos en el comentario). En las correspondientes páginas opuestas encuentra el lector la versión italiana, magnífica, llena de frescura y de expresividad, libre cuando debe serlo y más literal cuando la ocasión lo permite y requiere. Por decirlo con las palabras de Rossi, la traducción de Napolitano «se mueve, con feliz libertad y sin pedantería, entre los variados registros estilísticos que nuestra lengua literaria ofrece...del tono solemne de los personajes altos, al tono más bajo y a veces incluso coloquial o vulgar de los personajes bajos (Sileno y los sátiros), al aura popular de algunos cantos del coro». El ritmo especialmente conseguido y «sonoro» que con frecuencia cobra la traducción (e incluye la adopción de tiradas en versos parisílabos) delata las aficiones y conocimientos musicales del traductor, y en particular la influencia del «bel canto» italiano, «guiños» alusivos al cual encontramos de tanto en tanto en la versión.

<sup>1</sup> A la nutrida bibliografía consultada por Napolitano puede añadirse la recopilación y análisis de textos llevada a cabo por P. Ippolito, *La vita di Eurípide*, Nápoles 1999.

Esa «libertad» en la traducción contrasta con el rigor filológico que preside el rico y documentado comentario, que permite al lector un conocimiento muy completo del drama en todos sus aspectos (contenido y pensamiento, humorismo, estructura, puesta en escena, lengua y estilo, métrica, tradición literaria y, por supuesto, problemas textuales y de interpretación). A pesar de que *Cíclope* cuenta con buenos comentarios (Duchemin, París 1945; Ussher, Roma 1978; Seaford, Oxford 1986; Biehl, Heidelberg 1986), la incorporación de los resultados de las investigaciones más recientes sobre el drama satírico, las precisiones que hace Napolitano con respecto a los comentarios precedentes y también sus propias propuestas nuevas, sean para corregir un texto problemático sean para interpretar un texto sano<sup>2</sup>, hacen que en modo alguno sea ociosa la publicación de esta nueva edición comentada. Muy al contrario, se trata de una valiosa contribución para un mejor conocimiento y valoración de los méritos de una pieza que quizá haya sido subvalorada en exceso. Napolitano, en efecto, nos abre con frecuencia los ojos al humorismo de unas escenas en las que Eurípides se propone jugar entre lo que el público conoce de los personajes y sus correrías y lo que se esperan hagan durante las actividades triviales o habituales que realizan (un sacrificio, un banquete), y su contraste con lo que ve sobre la escena, un contraste que con frecuencia se establece entre lo que haría (y cómo lo haría) un ciudadano «urbano» ateniense y lo que hace un personaje no «civilizado» como el Cíclope.

Fernando GARCÍA ROMERO  
Universidad Complutense de Madrid

DILTS, M.R. (ed.), *Demosthenis Orationes*, vol. I, Oxford Classical Text 2002.

Casi un siglo después de que viera la luz la primera edición oxoniense de Demóstenes (la debida a S.H. Butcher, vol. I, Oxford 1903), el profesor norteamericano M. Dilts —editor también de Esquines y de los *Scholia* demosténicos en Teubner— ha asumido la necesaria tarea de volver a editar la obra del que fuera casi unánimemente considerado el orador más importante de Grecia, con un primer volumen que contiene los discursos I–XVIII del *corpus demosthenicum*, es decir, desde la *Primera Olintíaca* al discurso *Sobre la corona*. De entrada, debemos decir que esta nueva edición cuenta en su haber tres logros fundamentales: en primer lugar, el nutrido aparato de *fontes* y *testimonia*, ausente casi por completo en la edición de Butcher; en segundo lugar, el número de papiros utilizados y, por último, la cantidad de manuscritos (especialmente *recentiores*) sobre los que se ha realizado la edición. Nos detendremos, sobre todo, en los dos últimos aspectos.

En cuanto a los papiros utilizados, sólo hace falta comparar los 3 que consideraba S.H. Butcher en su edición de los discursos ante la Asamblea (or. I–XVII), o los 18 de los que daba cuenta P.J. Sijpesteijn (cf. *CE* 83 [76], 1963, pp.297–305), con los 58 que ya utiliza M. Dilts. Si a ellos añadimos los correspondientes al discurso *Sobre la corona*, hemos pasado de 6 en Butcher a 17 en Sijpesteijn, que aumentan hasta 24 en la edición de Dilts. La incorporación de todo este material papiráceo publicado a lo largo del s. XX, recogido en la nueva edición, no sólo contribuye a enriquecerla, sino que también permite abordar otros aspectos en el estudio del texto demosténico en una época relativamente temprana, durante los siglos I–VI d. C. en los que se fechan los papiros, antes, por tanto, de la recensión bizantina: así, por ejemplo, el de las coincidencias de los papiros con el texto de los *veteres SAFY*. En el año 1994 se originó una cierta polémica (cf. H. Wankel en *ZPE* 102, 1994, p. 194, vs. R. Babcock en *ZPE* 100, 1994, p. 46) a propósito de la coincidencia o no de la lectura de un papiro con el manuscrito S o A. La cuestión tenía su importancia, porque se trataba de «certificar» la antigüedad (y, en cierta medida, también la calidad) de algunas lecturas de estos *veteres* (cf. *Preface* de Dilts, pp. VI–VIII). Todo el material que incorpora la edición de Dilts permitirá ahondar más en este aspecto: según nuestros datos, para los discursos ante la Asamblea

<sup>2</sup> Nos resulta muy convincente, por ejemplo, su interpretación de πίνειν κακῶς del v.619 como una inversión burlesca de la fórmula convival de buen augurio χαῖρε καὶ πίει εὖ.

(or. I-XVII) estas coincidencias exclusivas de un papiro con un manuscrito se reparten de manera bastante equitativa en el caso de *SAF*: 17 coincidencias para *S*, otras 17 para *A*, 14 para *F* y sólo 4 con *Y*. Por tanto, son *S* y *A* los dos manuscritos con los que más coinciden en exclusiva los papiros, pero con matices distintos de distribución: si las coincidencias con *A* se concentran en los discursos I-IX, las de *S* se distribuyen más regularmente. En cuanto a las coincidencias de los papiros con grupos de *veteres*, los mejor documentados son *AFY* (19 coincidencias), *SF* (17) y *AF* (12): encuentra así nueva fundamentación la hipótesis de que en la Antigüedad el texto demosténico circulaba en un estado eminentemente fluido, que también registran los papiros, algo así como un «magma» textual anterior a su consolidación, a partir del s. IX, en las cuatro «vetas» predominantes *SAFY*.

El testimonio de los papiros también resulta valioso a la hora de establecer el texto de algún pasaje problemático de la *Tercera Filípica*, de la que, como es sabido, existe documentada en la tradición manuscrita medieval una versión larga y otra más reducida. Así, en 9.31-34, el papiro Oxy. LXII 4333, del s. III d. C. (cf. *Oxyrh. Pap.* 62, 1995, p. 118), presenta trazas de la versión larga que transmiten los códices *AFY*, pero no la 1.<sup>a</sup> mano de *S*.

También hay que destacar la aportación de la edición de Dilts en el apartado de manuscritos. Entre los *vetustissimi*, el editor considera, fundamentalmente, el testimonio de *AFQSYU*. Resulta acertada la adscripción de algunos códices *recentiores* bajo las siglas *A\*Y\**, que nos ayudan a restituir las lecturas perdidas de ambos *veteres*. La inclusión del testimonio de los *recentiores* nos parece especialmente destacable: son en total 30 los manuscritos tardíos que se utilizan y, entre ellos, uno conservado en nuestro país: el *Matritensis* BN 4647 (siglado *Eg*), un importante manuscrito copiado por Constantino Láscaris en 1486, que ya destacamos en *CFC (EGI)* 10, 2000, pp. 253-266, por considerarlo una de las posibles fuentes de la edición o ediciones aldinas (ya parece claro que después de la de 1504 y se hizo una nueva edición ca. 1513) y portador de una serie de variantes dignas de consideración. Además de este *Matritense*, existe en nuestro país casi una docena de manuscritos que transmiten estos discursos, de los que Pilar Leganés ha sacado bastante partido en una reciente Tesis doctoral (*El texto de Demóstenes en los manuscritos españoles: los discursos «In Mídiám» y «De falsa Legatione»*, Universidad Complutense de Madrid 2003). La inclusión de todo este rico material procedente de los *recentiores* nos parece un saludable acierto metodológico, tal como tuvimos ocasión de subrayar a propósito de unas ediciones demosténicas parciales de D. MacDowell (*CFC [EGI]* 13, 2003, pp. 335-339).

La coincidencia de algunos testimonios de estos *recentiores* con los de papiros y citas antiguas parece apuntar en la dirección de la pervivencia de una tradición antigua mal documentada en los *veteres*, como ya sugirió Pasquali: afortunadamente, parece ya definitivamente pasado el tiempo en que toda variante procedente de un *recentior* se consideraba *a priori* conjetura y no tradición. Según nuestras notas, referidas sólo a los *recentiores* españoles, su testimonio coincide con el de algún papiro en 3.34, 3.35, 5.3, 6.6, 9.30, 9.65, 9.66 y 9.67: en la mayoría de estos pasajes la coincidencia también afecta a *A*. En otros lugares, la lectura de estos *recentiores* anticipa alguna conjetura posterior: 2.3 y 8.21 (Rüdiger), 10.11 (Aldo), 10.58 (Cobet) y 13.26 (Butcher y Cobet, respectivamente). También puede tener su interés dejar constancia de los pasajes en que una lectura de un manuscrito secundario adoptada como texto por Dilts la hemos encontrado confirmada en algunos de los *recentiores* que estamos ahora colacionando: 1.2 (*vh* y *Salm.* M 231), 1.21 (*CdAgT* y *Salm.* M 231) y 3.34 (*U. Scor.* E.III.12 y un papiro).

Las pautas metodológicas de la nueva edición las expone Dilts en un sintético y muy claro *Prefacio*. De él queremos destacar también tres cuestiones: primero, que el prof. Dilts manifiesta en él un cierto escepticismo genealógico si se compara con la anterior edición de Butcher: ya no se habla ahora de «cuatro familias», sino sólo de «manuscritos primarios» (*SAFY*), habida cuenta del fenómeno de la «contaminación» existente entre ellos. En segundo lugar, que el editor se aparta de la «regla de Benseler», según la cual Demóstenes evitó conscientemente el hiato, para retornar a la *scriptio plena* que a menudo atestiguan los manuscritos considerados primarios: ello provoca el mayor número de cambios textuales frente a la edición de Butcher y otras anteriores (Blass, Fuhr, Weil y Croiset). Finalmente, si nos referimos a otro tipo de cambios mayores (excluidos los meramente gráficos), la comparación con el texto editado por Butcher nos ofrece, sólo para los discursos

sos I-XVI (sin tener en cuenta los apócrifos VII, XI y XII), más de un centenar de cambios (exactamente, 118): un número, pues, considerable y que justifican sobradamente la edición. No es momento éste de entrar en la discusión pormenorizada de cada uno de estos pasajes, sólo el de apuntar que, en términos generales, parecen cambios razonables.

Si en 1938 W. Jaeger (*Demosthenes. The origins and growth of his policy*, Berkeley, trad. esp. *Demóstenes, la agonía de Grecia*, México 1946, p. 7) se quejaba de la «paralización filológica» que los estudios demosténicos habían sufrido después del siglo XIX, gracias a M. Dilts el siglo XXI, demosténicamente hablando, se ha iniciado de manera más que prometedora, con una meritoria edición que, sin duda —como ocurrió ya antes con la de Butcher—, se convertirá en referencia obligada para todos los que, ahora o en el futuro, deseen adentrarse por los discursos del genial orador de Peania.

Felipe G. HERNÁNDEZ MUÑOZ  
Universidad Complutense de Madrid

*Esquines. Discursos y cartas*, introducciones, traducción y notas de José María Lucas de Dios, Madrid, Gredos 2002.

En el número 32 de la revista *Tempus*, correspondiente al año 2002, pp. 59-66, reseñábamos no hace mucho las traducciones de los oradores griegos publicadas recientemente en nuestro país, con una atención especial a las de J. Miguel García Ruiz (*Esquines*, Madrid, Ediciones Clásicas 1999, y *Oradores menores*, Madrid, Gredos 2000). Por razones de cronología no pudimos entonces hacernos eco de otra traducción de Esquines aparecida por aquellas mismas fechas, la de J. María Lucas (Madrid, Gredos 2002), la más reciente de todas las publicadas hasta ese momento. Si ya entonces nos felicitábamos por la proliferación en los últimos años de buenas traducciones de los oradores griegos en nuestro país —con lo que ello tiene de rehabilitación de un género que había sido injustamente postergado—, el *kairós* de la nueva traducción de Esquines, con inclusión de los *Discursos*, *Cartas* y testimonios, no hace sino acrecentar los motivos de aquella satisfacción.

Como es sabido, los nombres de Esquines y Demóstenes han marchado siempre —y lo seguirán haciendo— en paralelo. Son dos nombres indisolublemente unidos, cuyos discursos parecen mirarse siempre en los del rival, las más de las veces como en un espejo deformante. Históricamente, los dos sustentaron políticas antagónicas frente al expansionismo de Macedonia, desencuentro que también se tradujo en dos estilos oratorios también muy diferentes: dos oradores, pues, rodeados en vida de una polémica que ha continuado después entre sus intérpretes. Es cierto que la figura de Esquines siempre quedó un tanto —o un mucho— oscurecida por el protagonismo de su rival. La reivindicación de su figura se nos antoja uno de los objetivos de la magnífica —aunque discutible en algunos puntos— introducción general del prof. Lucas, en sintonía con los postulados de E.M. Harris (*Aeschines and Athenian politics*, Oxford 1995). Por ponerle algún reparo, sólo presentaríamos objeciones a algunas afirmaciones algo exageradas —y casi siempre negativas— sobre Demóstenes y su papel en la política ateniense: así, por ejemplo, en p. 29, n. 20, cuando se alude a las «suposiciones terroríficas y demagógicas de Demóstenes (en p. 40 se vuelve a aludir a la «demagogía» de los enemigos de Filipo), que abusó una y otra vez de la credulidad del pueblo ateniense con su brillantez oratoria y su prestigio político», o en p. 46, cuando, a propósito de Esquines, se menciona «su indiscutible pasión por Atenas» y se conecta con ella la intervención del orador que provocó la cuarta guerra sagrada, tan perjudicial para la propia Atenas, o cuando apenas se toca el tema de los supuestos sobornos recibidos y las razones de su evolución desde posiciones iniciales claramente antimacedónicas: en caso de conflicto de fuentes, el crédito aquí siempre se le otorga a Esquines (pp. 30, 32), lo que también puede ser injusto.

Es cierto que los tiempos que vivimos, con su globalización e interculturalidad (cf. recientemente el artículo de Beatriz Arévalo Martín, «Demóstenes contra Filipo: ¿antecedente de los movimientos antiglobalización?», *Logos* 3, 2003, pp. 39-44), tal vez nos hagan más proclives a valo-

rar la actitud receptiva de Esquines frente al papel unificador de Filipo y Alejandro, pero tampoco lo es menos que, desde la óptica estrictamente ateniense, la actitud beligerante, defensiva y democrática de Demóstenes tampoco carecía de justificaciones: más que de empecinamientos o pretendidas ansias de protagonismos lo que se ventilaba era una cuestión de principios y valores irrenunciables, sin obviar el hecho de que ya en su *Tercera Filípica*, con precedentes en discursos anteriores, Demóstenes supera claramente la reivindicación de una hegemonía de Atenas sobre el resto de los griegos para poner el énfasis en una unidad política superior de todos ellos en la que queden salvaguardados los valores de libertad, autonomía y democracia: «ni a vosotros ni a los tebanos ni a los lacedemonios jamás, varones atenienses, se les consintió esto por los griegos: hacer lo que quisierais, ni mucho menos (...), pero estamos en tan mala disposición y tan separados en nuestras ciudades que hasta el día de hoy nada conveniente ni necesario hemos podido realizar, ni *coaligarnos ni establecer ninguna comunidad de cooperación y amistad*» (*Tercera Filípica*, 23-28). Esta «*koinonía boetheias kai philias*» que propone Demóstenes en su *Filípica* más importante nos ofrece un perfil mucho más panhelénico y moderno del orador, alejado de la mera reivindicación de la vieja hegemonía ateniense en las dos Ligas anteriores (p. 32). Desde nuestra sensibilidad europea y el horizonte de valores que compartimos, este aspecto de la política demosténica debería, quizá, ser más apreciado: superioridad de la democracia (*Sobre la libertad de los rodios*, 20 y 30; *Sobre los asuntos del Quersoneso*, 43), reivindicación de la justicia y otros derechos humanos (*Sobre la libertad de los rodios*, 30; *Tercera Filípica*, 9 y 16), defensa de los más débiles frente al «poder del más fuerte» (*En defensa de los megalopolitas*, 32), elogio de la «buena voluntad común» (*eúnoia*), de la «concordia» (*homónoia*) y «amistad» (*philia*) dentro de una «comunidad de ayuda mutua» (*koinonía boetheias*), y consiguiente rechazo de toda forma de «imperialismo» en las relaciones entre los pueblos (*En defensa de los megalopolitas*, 15; *Segunda Olintiaca*, 9; *Tercera Filípica*, 28; *Sobre la Corona*, 246).

La introducción es —ya lo hemos indicado, con las matizaciones apuntadas— muy completa, tanto en lo que se refiere a Esquines y sus controversias con Demóstenes como en los avatares históricos y políticos de un siglo tan fascinante, complicado —y cercano al actual— como el IV, especialmente en su primera mitad. Pero no es menos valiosa la traducción, muy bien anotada. Todos aquellos que gustamos de un género como la oratoria debemos estar muy agradecidos al prof. Lucas, porque su traducción, además de fiel, suena también muy bien, detalle no menor en un género de estas características. También es muy completa la bibliografía final, aunque en estos casos siempre se puede echar de menos algún título, como la edición de E. Drerup de las *Cartas* (Leipzig, 1904) o la bilingüe de J. Pallí (Barcelona, 1999).

Pocas observaciones más tenemos que hacer. Si acaso, las mismas que en su momento ya hicimos también sobre la traducción de García Ruiz: en el capítulo de la tradición de Esquines en España quizá resulte de interés consignar que existe una breve traducción manuscrita atribuible al bachiller Pedro Rúa (manuscrito *Matrit.* BN 7806, f. 143 v.), a finales del XVI, acompañadas de otras de Demóstenes y Démades, realizadas sobre una traducción latina (manuscrito *Matrit.* BN 9126, f. 47 v.), que, aunque en el título se atribuyen a estos oradores, en realidad son composiciones literarias realizadas por el humanista veneciano Pietro Marcello.

En cuanto al texto seguido, apuntar también que hay varios manuscritos conservados en nuestras bibliotecas con cierta importancia textual: así, las *Cartas* nos son transmitidas tanto por el *Matrit.* BN 4693, copiado por Constantino Láscaris en Milán, en 1462, como por el *Matrit.* BN 4809 (= *Tolet.* Cab. 101-14), copiado hacia las mismas fechas, o poco después, por Juan Escutariotes. Según nuestras noticias, ambos nunca han sido colacionados. Una primera revisión de su texto nos ofrece lecturas singulares importantes y otras que los conectan con el *Coislinianus* 249, fechado por Dreup en el s. X. Particularmente interesante resulta el añadido del *Matrit.* 4693 al final de la *Carta* III: dos hexámetros *holodactílicos* que configuran un epigrama que podemos conectar con la actividad poética del propio Esquines y su protesta contra sus conciudadanos atenienses desde su exilio en Rodas, aunque la presencia en él del término *pyrsotókoisin*, documentado en un epigrama de la *Antología Palatina* (Teeteto), y en autores posteriores (Nonno y Manetón) apunta, quizá, a fecha más tardía, a no ser que éstos sean eco de aquél. Según la edición de Budé-Martin (vol. II, París 1928), este supuesto epigrama no se encuentra documentado en otros manuscritos, pero en el aparato crítico de la más anti-

gua –y preferible– de Drerup (Leipzig 1904) se lee también en el *Angelicus* 44, del s. XIV, y en el *Paris*. 3003, del XV, colacionados ambos por el propio Drerup.

No nos queda ya sino reiterar nuestra satisfacción porque el gran rival de Demóstenes pueda contar, por fin, con una traducción en la editorial Gredos que pueda «rivalizar» en calidad con la que hace ahora casi veinticinco años publicaron A. López Eire y J.M. Colubí.

Felipe G. HERNÁNDEZ MUÑOZ  
Universidad Complutense de Madrid

Santiago Talavera Cuesta: *Aproximación a la fábula esópica en los autores castellanos del siglo XVIII*, Ciudad Real 2002.

Tal vez una de las cosas más difíciles –aunque necesarias– de alcanzar en nuestro campo sea la elaboración de estudios que puedan ser leídos con aprovechamiento tanto por un público especialista como por otro más amplio. Probablemente ésta sea una de las tareas aún pendientes en nuestra Filología Clásica, a menudo preocupada de publicar trabajos con el pensamiento puesto en el reducido número de especialistas en la materia, descuidando, por tanto, esa faceta de proyección social que, en definitiva, será la que asegure el cultivo de nuestros estudios. En el campo de la tradición y pervivencia encuentra la Filología Clásica una de las vías más directas para hacerse presente en nuestro panorama cultural y mostrar toda su vigencia.

El género de la fábula es de esos con los que cualquier lector, desde sus lecturas infantiles, se encuentra familiarizado. Un género que hermana perfectamente la tradición griega y la latina, de vocación claramente popular, aunque también cultivado en la literatura española más culta, desde que en 1489, en Zaragoza, se publicara la *Vida del Ysopet con sus fábulas hystoriadas*. Un género, en definitiva, en que a menudo puede rastrearse una influencia, directa o indirecta, de los modelos grecolatinos (Esopo, Fedro), y que por ello ha ocupado la atención de los filólogos clásicos españoles desde hace ya algunas décadas. Sólo hace falta citar los nombres de F. Rodríguez Adrados, C. García Gual, G. Morocho, J. M. Nieto, A. Róspide y el recientemente desaparecido F. Martín García, por citar algunos nombres, para comprobar el interés suscitado en nuestro país por la tradición de este género.

Durante algunos años, en la Universidad de Castilla-La Mancha el añorado Prof. Martín García desarrolló una fructífera línea de investigación en torno a la fábula esópica. De 1989 data su traducción, con el también desaparecido A. Róspide, de las fábulas esópicas. En 1996 publicó su magnífica *Antología de fábulas esópicas en los autores castellanos (hasta el siglo XVIII)*. El libro que ahora reseñamos, de su discípulo S. Talavera Cuesta, es su continuación natural, con la antología de las fábulas esópicas en los autores del s. XVIII. Tal vez pronto podamos ver estudios que se extiendan hasta los s. XIX y XX, culminándose así la recepción de un género en toda la literatura hispánica.

El libro de S. Talavera Cuesta es digno sucesor del de F. Martín García. Como él, también sabe aunar rigor científico y claridad expositiva. La *Introducción* es buena prueba de ello. En ella se discute el sentido, no siempre claro ni coincidente, del término «fábula» en autores del s. XVIII como Feijoo, Mayans, Isla o Cadalso. Pasa luego a ocuparse más específicamente de la fábula esópica en los tratados de Poética y Retórica, remontándose a las afirmaciones de los autores clásicos (Aristóteles, Cicerón, Horacio, Séneca y Quintiliano), continuando con los humanistas de los s. XVI y XVII (con un lugar especial para los españoles Venegas, Pinziano y Cascales) y culminar en los retóricos españoles del XVIII (Luzán, Mayans, Burriel, Merino, Campmany, Díez González, Ibáñez de Jesús y Losada). Toda la exposición viene enriquecida con numerosas notas que acreditan el uso de una completa bibliografía.

La segunda parte de la obra es la antología en sí, dividida a su vez en tres partes: fábulas en verso, fábulas en prosa, y la literatura popular. El autor recoge la distinción que ya hiciera el Prof. Rodríguez Adrados («La fábula griega como género literario», en *Id. : Estudios de forma y contenido sobre los géneros literarios griegos*, Cáceres 1982, p. 37) entre «fábulas-ejemplo» y «fábulas de colección» y la aplica a los distintos autores españoles que las utilizan entre 1700 y 1803, dejando fuera a Samaniego e Iriarte, ya estudiados con anterioridad. En las fábulas en verso quedan comprendidos ocho autores (Cañi-

zares, Torres Villarroel, Salas, Fernández Moratín, Jovellanos, Iglesias, Ibáñez de la Rentería —el más prolífico—, y Forner) y en las de prosa otros ocho (Feijoo, Torres Villarroel, Isla, Fernández Velasco, Salas, Lampillas, Montengón, y Forner), quedando reservado el tercer apartado, el de la fábula y la literatura popular, a la figura de Valladares Sotomayor. Como vemos, un género muy bien representado, especialmente en el último cuarto del s. XVIII, bajo el probable influjo de La Fontaine. Para un trabajo posterior quedarían las más de quinientas fábulas que Aguilar Piñal rastreó en los periódicos de la época, más las casi setenta que Abanto Alda recuperó sólo en el «Diario de Zaragoza», siendo, por ello, verosímil, que el número para el conjunto de la prensa española sea más alto.

El comentario sobre la tradición de cada fábula se reserva a unas notas finales. Unos índices facilitan la consulta de toda las fábulas citadas, las esópicas, pero también algunas de Fedro.

Si Samaniego decía de la fábula que debía «enseñar deleitando», otro tanto podemos decir del estudio de Talavera Cuesta. Se trata, en definitiva, de una obra meritoria que reposa —estamos seguros— en un arduo trabajo de documentación y búsqueda de fuentes, algunas de no fácil acceso. Completa la tradición de un género en las letras hispánicas con atención preferente a autores un tanto olvidados. Libro del que se aprenden muchas cosas, cada lector podrá encontrar en él su particular «perla». En nuestro caso, una de las que más nos han llamado la atención es la que Ibáñez de la Rentería coloca como frontispicio a su antología de 1789-1797 para subrayar el poder persuasivo de la fábula en la estrategia del discurso, algo de lo que ya se hacía eco Aristóteles en su *Retórica* (II, 20). Remonta a la fábula esópica «El orador Démades» y —como bien apunta Talavera Cuesta— ha podido pasar a Ibáñez de la Rentería a través de La Fontaine (VIII, 4), aunque, en nuestra opinión, en lugar de «Démades» tal vez haya que entender «Demóstenes». Gracias al estudio de S. Talavera Cuesta tenemos un testimonio más de la pervivencia —todavía tan desconocida— de los oradores griegos en nuestro país: «(...) ¿Por qué no preguntáis Filipo qué hace?/ Al apólogo alerta/ la multitud despierta./ Al orador en adelante escucha./ Y, como era su eficacia mucha,/ muy fácilmente a la razón los mueve;/ pero todo a la fábula se debe».

Felipe-G. HERNÁNDEZ MUÑOZ  
Universidad Complutense de Madrid

M. E. Pérez Molina (Ed.), *Gaspar Morocho Gayo. Estudios de crítica textual*, Murcia, Universidad de Murcia, 2003, 166 páginas.

La Universidad de Murcia ha rendido un merecido homenaje al Profesor Caspar Morocho Gayo, fallecido en abril de 2002, mediante la edición de una cuidada monografía que recoge seis trabajos suyos de crítica textual publicados entre 1979 y 1986, cinco en *Anales de la universidad de Murcia* y el sexto en una monografía colectiva, fruto de un Simposio sobre Crítica Textual.

La vocación del Profesor Morocho por la crítica textual se inició en su Tesis Doctoral. Bajo la dirección del Dr. Javier de Hoz Bravo elaboró la edición de los escolios de la tragedia *Siete contra Tebas* de Esquilo, que se publicó más tarde como monografía en la Universidad de León en 1989. La edición de tales escolios supuso la visita de numerosas bibliotecas, la selección de manuscritos y la elección de variantes para recomponer la historia del texto a través de su transmisión desde la Antigüedad, la Edad Media y la Época Moderna. Este campo fascinó realmente al Profesor Morocho, habida cuenta de los trabajos científicos que le dedicó. En 1977 y 1979 publica en la revista *Emerita* sendos artículos sobre aspectos de crítica textual: uno sobre la *Collectio Vocum* de Manuel Moscópulo, dentro de la filología bizantina, y otro sobre la Digamma de Bentley y sus problemas de grafía en los códices medievales. A continuación siguen una serie de estudios que ofrecen un panorama muy completo sobre la crítica textual y las disciplinas afines: la diversidad de fuentes en el comentario medieval (*Unidad y pluralidad en el Mundo Clásico*, Madrid 1983), el tratado *De passionibus de Trifón* y las recensiones de Láscaris y Moscópulo (*Anales de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia*, 1984), la autoridad de autor y la autoridad de editor (*Incipit*, 1985) o algunas observaciones sobre la disposición colométrica de las partes líricas de los trágicos en los códices medievales (*Athlon. Satira in Honorem F. R. Adrados*, 1987).

El presente libro viene a engrosar esta lista bibliográfica mediante la presentación de seis trabajos sobre crítica textual con una pretensión monográfica. Tras un Prólogo, suponemos que compuesto por el editor, que recuerda algunas de las aportaciones del Profesor Gaspar Morocho al ámbito de la Filología Griega y el Humanismo, se procede al desarrollo de la historia de la transmisión y crítica textual desde la Antigüedad hasta el siglo XX, pasando por Bizancio y el Renacimiento.

Los cuatro primeros apartados tratan diversas cuestiones sobre la evolución de los métodos y principios de la crítica textual y los diferentes tipos de edición. El primero (pp. 5-32) aborda la época antigua, la etapa prealejandrina, el período helenístico (la edición de Zenódoto, la de Aristófanes de Bizancio y de Aristarco de Samotracia) y el imperial romano, destacando la precisa obra que hicieron las recensiones de los autores clásicos en estas etapas, ya que gran parte de las variantes de los manuscritos de la tradición bizantina remontan a los períodos helenístico e imperial.

El capítulo dedicado a Bizancio (pp. 33-61) confirma la herencia y dependencia de la crítica textual de Occidente de la labor del *Scriptorium* imperial en la selección de obras, codificación, difusión de los libros, la extensión de los manuscritos en minúscula, etc.. Como ejemplo de la crítica textual en esta época el autor destaca al maestro anónimo del siglo X, a Eustacio de Tesalónica, al copista del *Parisinus* gr. 2787, el renacimiento bizantino y a Demetrio Triclinio. Cuando en 1453 los turcos conquistan Constantinopla, los maestros bizantinos habían enseñado ya el griego en Occidente, y será entonces el momento en que la crítica textual progrese en Italia y el resto de Europa. A continuación en el tercer capítulo (pp. 63-89) se hace un repaso de las disciplinas textuales desde el Renacimiento hasta la aparición de las teorías de Lachmann a mediados del siglo XIX: Petrarca, Valla, Poliziano, Erasmo, la reforma protestante, la Contrarreforma, los estudios bíblicos, Bentley y la conjetura, entre otros, marcan los hitos de este proceso filológico. El apartado dedicado a la crítica textual contemporánea (pp. 91-115) se inicia con la exposición del método de Lachman, expuestos en sus prefacios a la edición del *Nuevo Testamento* y de *De rerum natura* de Lucrecio. Las críticas por parte de J. Bédier, las tesis de Don Quentin y las teorías de eclecticismo o crítica subjetiva conducen a los principales problemas de esta disciplina de la filología, abiertos a nuevas conquistas y logros, como el arquetipo y *stemma*, la conjetura o la selección de variantes.

Tras estos cuatro capítulos, que forman una unidad y continuación temática, se añaden otros dos trabajos, publicados también en la Universidad de Murcia, también sobre aspectos de la crítica textual. El primero de ellos (pp. 117-127) está centrado en cuestiones más bien generales e introductorias, en la definición y el ámbito de la disciplina, en especial sus relaciones con la lingüística moderna. El último de los apartados (pp. 129-157) recoge algunas reflexiones sobre los problemas y métodos de la crítica y transmisión textuales en Esquilo, haciendo de nuevo un repaso de los diferentes métodos de esta disciplina, el de Lachmann, el conjetural, el neolachmanismo, el neoelecticismo, el codicológico, las ediciones de escolios, etc.

La obra se cierra con un útil índice de autores citados a lo largo de los seis capítulos. Aunque, sin precisarlos, se recogen solamente los autores que aparecen en el cuerpo del texto, pero no los de las notas, lo que sin duda habría enriquecido dicho índice. En definitiva, nos hallamos ante una cuidada edición de obligada consulta para la filología griega, en general, y la crítica e historia textuales, en particular, si bien a esta lista de trabajos se le podrían haber añadido, para mayor brillantez del libro, si cabe, algunos otros de la misma temática, arriba citados, salidos de la pluma del Profesor Morocho.

Jesús-M. NIETO IBÁÑEZ  
Universidad de León

ALLAN, William, *The Andromache and Euripidean Tragedy*, Oxford, Oxford University Press, 2000. Pp. xii +310. ISBN: 0-19-815297-3.

En consonancia con una tendencia definida por algunos de los recientes estudios sobre tragedias de Eurípides (Mc Dermott, 1989; Coff, 1990; Croally, 1994; Mossman, 1995), A. encuentra

en el tratamiento exhaustivo de un único drama – en particular de un drama poco apreciado como *Andrómaca*– el modo de evitar o replantear lugares comunes de la crítica. El resultado es la presente publicación (basada en el trabajo de tesis del autor) en la que intenta llamar la atención sobre «the neglected artistry of a very impressive and interesting text» (p. vii), subsumiendo la valoración de la complejidad y singularidad dramática de la obra en el marco más general de la reflexión sobre el teatro eurípideo. Con este objetivo, cada uno de los ocho capítulos que componen el libro propone un foco de análisis en torno a un eje temático singular: 1. «Myth», 2. «Structure, Stagecraft, Unity», 3. «Characterization», 4. «Rhetoric», 5. «The *Andromache* and the Spread of Attic Tragedy», 6. «Gender», 7. «Chorus», 8. «Gods». Los temas, tradicionalmente abordados en relación con determinados escenas u obras de Eurípides, convergen aquí en el análisis de un solo drama, y el autor se sirve de ellos para cuestionar presupuestos muchas veces aceptados y definir una postura crítica cuyo equilibrio deja ver el extremismo de algunos enfoques. Si el análisis resulta convincente, el mérito es en gran parte de la organización de cada uno de los capítulos –concebidos de manera similar– donde un planteo inicial del tema, de carácter general, resulta enriquecedoramente iluminado desde el abordaje particular de los variados matices que presenta en *Andrómaca*.

El capítulo 1 examina el tratamiento del mito en la tragedia y las diferencias con la tradición precedente. A. ataca algunos lugares comunes (la figura de Eurípides como una suerte de 'proto-alejandrino', exponente de la ficcionalidad del mito), destaca los límites y alcances del tema (la imposibilidad de cubrir todas las variantes pre-eurípideas) y concluye así que el planteo del poeta trágico no se relaciona necesariamente con una polémica con la tradición precedente, sino con la esencia misma de un género en el que la fluidez y riqueza del mito permiten al autor explorar de manera provocativa asuntos de interés contemporáneo.

El capítulo 2 enfoca uno de los aspectos más controvertidos del drama, y quizás el que más haya incidido de manera negativa en su valoración: el problema de la unidad. El análisis 'secuencial' de la tragedia (basado en la entrada de personajes) permite a A., dejando de lado una 'convencional' unidad, plantear en *Andrómaca* una estructura dinámica tras la cual subyace una intencionalidad artística de significación filosófica. Desde lo que A. da en llamar «an aesthetic of surprise», Eurípides refleja la cosmovisión de un mundo signado por la *týche*, un elemento cuya relevancia sólo ha sido reconocida en relación con las últimas tragedias del poeta. Las conclusiones del capítulo se retoman en el siguiente; allí se analizan los caracteres dramáticos partiendo de una conceptualización dinámica de los mismos. Al remarcar los elementos que contribuyen a tal caracterización, A. concluye que el interés de Eurípides en este drama reside esencialmente en crear contrastes, y ello a partir de la estructura misma de la obra que responde a la especial estética mencionada.

El capítulo 4 es un nuevo intento por redefinir la función y relevancia de la retórica en Eurípides – un tema que en las últimas décadas filólogos como Goldhill y Concacher han enfatizado especialmente, vinculándolo con el contexto institucional de la *pólis* democrática y el influjo de la tradición dialógica sofisticada-. En *Andrómaca*, donde se plantea el debate acerca de la ambivalencia moral de la retórica, A. pone en relación el uso ostensivo de una *téchne* retórica con el *éthos* de los personajes (nueva evidencia de cómo construye la relación entre los diferentes temas).

Si la lectura antiespartana de *Andrómaca* ha sido reiteradamente vinculada con la datación de la obra y el contexto histórico de la Guerra del Peloponeso, A. amplía la discusión en el capítulo 5: más que una simple interpretación propagandística, relaciona estos hechos con el rol significativo de la audiencia y la probable (re)performance y difusión del drama fuera de Atenas. Las variantes míticas (expuestas en el c. 1) resultan significativas en una lectura que propone que «The *Andromache* is a key play in the debate about performance outside Athens» (p. 157).

El capítulo 6 aborda la problemática que quizás con entusiasmo más extremo ha abrazado la crítica en años recientes, y una de las que más se corresponde con el imaginario eurípideo: la problemática del género. Si ya desde Aristófanes el problema ha girado en torno al juicio sobre la visión feminista o misógina del poeta, A. da cuenta aquí de una perspectiva que responde más al texto dramático analizado que al modelo teórico que sustenta el enfoque. Así sostiene que, más que reafirmar el orden patriarcal de la sociedad ateniense, en la tragedia se exploran las paradojas surgidas 'entre' y 'dentro' de conflictivas concepciones de los roles genéricos.

Los dos últimos capítulos enfocan aspectos no menos controvertidos. El capítulo 7 confirma que especialmente la última década, a través de iluminadores ensayos, planteó una nueva mirada sobre uno de los personajes más complejos de la tragedia: el coro. Partiendo de esta complejidad, A. demuestra que, lejos de ser irrelevantes y no guardar elementos comunes entre sí, los cantos corales funcionan en *Andrómaca* provocativamente, creando una atmósfera particular que modifica nuestra reacción ante lo que sucede en la ficción. Por su parte, el capítulo 8 propone una revisión de otro lugar común: el muchas veces señalado 'ateísmo' que reflejan las tragedias de Eurípides y su vinculación con el contexto especulativo de la Atenas del s. V a.C. El autor del ensayo examina la conducta de los dioses no en relación con factores políticos o históricos, sino como parte de una ficción trágica en que se explora la funcionalidad compleja de las deidades como caracteres y agentes.

Tras las conclusiones, el libro se cierra con una exhaustiva bibliografía, un índice de los pasajes de la obra analizados, y un índice general. Retomando algunas de las afirmaciones conclusivas, podemos decir que el análisis de A. logra integrar una variedad de tópicos en función de la valoración (revaloración) de la tragedia *Andrómaca*, en un enfoque que intenta capítulo a capítulo –y sin privilegiar un único aspecto temático– cambiar o complejizar tradicionales imágenes de la obra eurípidea. En ello –creemos– reside el mérito y el aporte indudable de este concienzudo estudio crítico.

Lidia GAMBÓN  
Universidad Nacional del Sur

NIETO IBÁÑEZ, Jesús-María (ed.), *Humanismo y Tradición clásica en España y América*, vol. II, León: Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 2004, 349 págs.

Tal y como nos informa el editor y coordinador de la obra, **Jesús-María Nieto Ibáñez** (pp. 11 s.), el presente volumen es la continuación de una serie iniciada en 2001 a propósito del Humanismo y la Tradición clásica en España y en América, con la intención de recoger los resultados de diferentes reuniones científicas sobre el Humanismo renacentista, tamizado a través del cedazo del cristianismo y exportado al Nuevo Mundo. Este libro es el fruto de dichas reuniones, que agrupan a un conjunto de investigadores de carácter interdisciplinar (hebreo, griego, latín, lengua y literatura españolas, historia de América, historia de la educación física, geografía y derecho) e interuniversitario (universidades de León, Salamanca, Castilla-La Mancha, Las Palmas de Gran Canaria, Sevilla, La Laguna, Valladolid, Huelva y Autónoma de Madrid).

El primero de los trabajos, intitulado «Escolásticos y humanistas: discursos contrapuestos sobre el Renacimiento español» (pp. 13-47), se debe a **Vicente Bécares Botas**, quien nos propone una superación de las tesis ilustradas que contraponían de manera irreconciliable el Humanismo español y la Teología, postura a su parecer errónea, ya que se ha de reconocer una estricta continuidad de pensamiento entre ambos mundos: el renacentista de corte pagano y el escolástico de clara raigambre religiosa. A pesar de su inconsistencia, esta opinión ha gozado de gran predicamento llegándose a asimilar en algunos casos la cultura española a la Escolástica, que habría frenado cualquier progreso de nuestro Renacimiento; éste es el juicio, por ejemplo, de Marcel Bataillon, de la escuela marxista y de los análisis históricos de tipo socio-económico. Como superación de esta dicotomía entre ambas concepciones del hombre y del universo, el autor nos ofrece un método más objetivo, mediante el cual se advierte un claro proceso de ósmosis desde el Helenismo entre lo clásico y lo oriental, encarnado especialmente en el judaísmo, que con el tiempo desembocaría en una interrelación entre la filosofía antigua y el cristianismo. Así pues, no se puede hablar de confrontación ya que, por otra parte, el humanista se centra en el saber lingüístico y científico, no en el teológico; cierto es, sin embargo, que el Humanismo rechaza la abstrusa sutileza de la Escolástica en su ideal de retorno a la esencia cristiana, repulsa que en absoluto afecta a los pilares de la fe. Además, en el lado opuesto se ha de señalar la existencia de una Neoescolástica que de ninguna manera está dispuesta a renunciar a la herencia clásica, como es el

caso del catedrático de Teología en Salamanca, Francisco de Vitoria, padre del derecho de gentes o internacional. Como conclusión se puede afirmar que el Humanismo español provocó modificaciones y logros en el pensamiento teológico, así como en el derecho y en la floración de una literatura de gran calidad, sin dejar de estar supeditado siempre al sentido religioso del hombre, plasmado en forma de *docta pietas, eruditio cum pietate*.

Este volumen conjunto continúa con «La saga del Anticristo en la España de los siglos XVI y XVII: de la Teología al Teatro» (pp. 49-100) de **Juan Gil**. En este artículo asistimos a un exhaustivo recorrido por la abundante producción española dedicada al Anticristo, quien, a la postre, se convertirá en un personaje recurrente durante la crisis tan profunda que sufrirá el país a finales del s. XVI e inicios de la centuria siguiente. La profecía de su temida llegada se hacía coincidir con la decadencia del Imperio Romano, en nuestro caso del Sacro Imperio Romano Germánico, cuyo desmoronamiento vendría acompañado de la predicación del verbo divino por todo el orbe, hecho que tras la cristianización, parcial en muchos casos, de África, de América y de la India o China, parecía haber dejado el camino franco al oponente de Cristo. No olvidemos tampoco que en este convulso período en la historia del Cristianismo los luteranos, siguiendo una tradición que se remonta al reformador bohemio Jan Hus, identificaban al Papa con el Anticristo, mientras que los católicos consideraban a Lutero como el precursor más directo del nefando ser. En el apartado de la Teología, encontramos en los diferentes tratados consagrados al tema una serie de rasgos comunes, que con algunas variantes se repiten en la mayoría de los mismos, como son el nacimiento del Anticristo en Babilonia (ciudad que a veces es interpretada alegóricamente como Roma) del linaje de la tribu de Dan; la aparición, muerte y posterior resurrección de los patriarcas Elías y Enoc, que habrían venido para consolar a los fieles; los falsos milagros del Hijo de la Perdición, que incluirán la simulación de su muerte, seguida de la correspondiente escenificación de su resurrección, burdo remedo de la de Jesucristo; los 45 días que mediarán entre la muerte del Anticristo y el Juicio Final, consagrados a la reflexión y solaz de los justos, y que algunos judíos aprovecharán para su conversión, etc. Entre estas obras, cabría destacar *De temporibus nouissimis libri quattuor* (Roma, 1590) del jesuita José de Acosta, prodigio de claridad y concisión, y la monografía del dominico fray Tomás de Maluenda, que lleva por título *De Antichristo libri undecim* (Roma, 1604), y se distingue por su claro propósito apologético: librar al Papado de la acusación luterana de ser el Anticristo. Tampoco se puede olvidar la aportación del eminente Francisco Suárez, quien en su *Defensio fidei catholicae et apostolicae aduersus Anglicanae sectae errores* (Coimbra, 1613), dedica el quinto libro a refutar las inectivas que el rey inglés Jacobo I había vertido contra el Papado en su libro *An Apology for the Oath of Allegiance (Apologia pro iuramento fidelitatis)* y en su preliminar *Epistola ad principes Christianos* (1607). Por otra parte, en el teatro del Siglo de Oro encontramos la comedia en tres actos *El Anticristo* del mejicano D. Juan Ruiz de Alarcón, estrenada en Madrid en 1623. El dramaturgo sigue en líneas generales la tradición, aunque complica la trama con un truculento barroquismo, en el que cabe destacar el nacimiento del Anticristo como fruto de una serie de incestos, abominable concantenación a la que el mismo Hijo de la Perdición se encargará de poner fin violando y matando a su propia madre. Existe también otro *Anticristo* atribuido a Lope de Vega, que imita al de Alarcón, por lo que ha de ser posterior. Según Juan Gil, el autor hubo de ser un versificador hábil, pero sin el talento de Lope, por lo que la adscripción es incorrecta. Como recapitulación, se ha de señalar que Juan de Acosta y Juan Ruiz de Alarcón tuvieron estrecha relación con las Indias: el primero vivió en Perú y el segundo nació en Méjico, por lo que quizás el interés por el Anticristo se haya de vincular con el proceso de cristianización y, en especial, con el teatro de evangelización en América, un género dramático que comparte rasgos con la comedia barroca y el auto sacramental.

El siguiente estudio pertenece a **Francisco Garrote Pérez**, quien en su «Interpretación de *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*» (pp. 101-120), plantea un análisis de las andanzas de Lázaro partiendo de una concepción erasmista y burguesa de la novela. Basándonos en estas premisas, la vida del pícaro se ha de considerar como un éxito, ya que ha conseguido, gracias a su propio esfuerzo y al ejercicio de su libertad individual, hacerse un hueco en esa sociedad que por su paupérrimo nacimiento le condenaba a la más mísera marginalidad. Es evidente que a los ojos de un cristiano viejo, Lázaro sigue sumido en la sentina de la infamia, máxime cuando, a pesar de haberse convertido en el pregonero más famoso de Toledo, acepta como esposa a la barragana del

arcipreste de San Salvador. No obstante, Lázaro es un cristiano nuevo, con un pensamiento asentado en un fuerte sentido burgués de la individualidad, lo que le lleva a observar la realidad de manera relativista y emancipada de las convenciones feudales de los cristianos viejos, por lo que la infidelidad de su mujer no le afecta, ya que él no la ha prostituido y no es responsable de la deshonrosa situación de su esposa, la cual actúa haciendo pleno uso de su libre albedrío. De esta manera, el mensaje de la novela se ha de entender como un alegato humanista a favor del valor del trabajo y de la necesidad de buscar la realización personal, tareas harto difíciles, mas no imposibles, para aquéllos que no provenían de noble cuna en una España tan anquilosada y farisea como la del siglo XVI.

**María Isabel Lafuente Guantes** abordará en «La transformación renacentista de la filosofía» (pp. 121-150) el controvertido mundo de la filosofía del Renacimiento, etapa rechazada y olvidada por parte de muchos historiadores de esta materia, quienes han continuado así una tradición adversa iniciada por René Descartes. En primer lugar, se formula la pregunta de si la filosofía de este período es retórica o no, a lo que se ha de responder afirmativamente si partimos de los asertos del epicúreo Lorenzo Valla, en *De vero falsoque bono*. Los humanistas acuden al juego lingüístico en su afán por dar una forma cabal e inteligible al aquí y al ahora, de ahí su interés, en el relato histórico, por el caso concreto y el ejemplo, a diferencia del carácter ahistórico de Aristóteles. El filósofo renacentista busca ante todo la satisfacción de las necesidades existenciales, de las razones para vivir, de la *ratio vivendi*. En esta época de acalorados enfrentamientos entre platónicos y aristotélicos, Valla proclamará que la razón está supeditada a la lengua, y no a la inversa; y León Baptista Alberti en su *Momus* transformará la verdad en verdad concreta (en *ratio vivendi*), alejada de lo universal y centrada en lo efímero, lo cual dará lugar a una verdad subjetiva: la veracidad (*veracitas*). Como resultado de este proceso de cambio, los humanistas italianos y españoles intentarán crear un nuevo modelo de hombre, práctico e intelectual a la vez, que, gracias al saber de la Antigüedad, pueda involucrarse en la incipiente sociedad que está eclosionando y sirva de guía al resto de la comunidad. Será en este contexto donde se habrá de situar la metamorfosis de la verdad en retórica como medio para alcanzar una comunicación sencilla, carente de las sutilezas escolásticas, que proporcione la capacidad de exponer los conocimientos de manera eficiente. La nueva concepción de la verdad conllevará la primacía de la retórica sobre las *artes sermoniales* (*trivium*), retórica que según Valla habrá de ser simple y basada en la lengua coloquial. De esta manera, el gran logro del Renacimiento consistió en que la filosofía entendida como retórica se abrió al saber mundano, al conocimiento de la naturaleza y de la historia, y dejó de estar encerrada en la búsqueda de lo universal.

**José María Maestre Maestre** analiza en «La influencia de la *Officina* de Ravisio Textor en *Las Habidas* de Jerónimo Arbolanche» (pp. 151-179) el problema de la influencia de los clásicos grecolatinos en la literatura del Siglo de Oro, influencia que en muchos casos no fue directa sino a través de lecturas intermedias cuyo rastro es a veces muy difícil de seguir. Así, González Ollé, al estudiar y editar texto en 1969, llegó a la conclusión de que, en la mayoría de los casos, era imposible determinar el origen directo de las eruditas citas clásicas de Arbolanche, sin reparar en que éste las podría haber extraído de una misma fuente contemporánea de la que se habría servido continuamente al escribir *Las Habidas* (Zaragoza, 1566), obra cuyo título está inspirado en el nombre del protagonista: el legendario rey tartesio Habis. La clave para encontrar este modelo único se encuentra en los vv. 85 s. de la *Inuectiua contra Arbolanches, omnium poetarum et Virgilii detractorem*, que Antonio Serón publicó ya en el siglo XVI contra nuestro autor; en este pasaje, Serón culpaba, de manera velada, a Arbolanche de haber plagiado a Juan Ravisio Textor (*Ioannes Ravisius Textor*), profesor francés de retórica en el Colegio de Navarra y autor de la *Officina*, repertorio de la Antigüedad clásica que causó un gran impacto en el Siglo de Oro. La alusión de Serón habría pasado desapercibida tantos años debido a un error de interpretación, subsanable mediante una enmienda textual. El hallazgo de José María Maestre Maestre reviste una gran importancia, ya que gracias a él se han podido encontrar las referencias cultas de Arbolanche en la obra de Ravisio y corregir muchos pasajes que eran ininteligibles por culpa del gran número de erratas. En suma, la «erudición» de *Las Habidas* ha resultado ser una simple traducción, en algunos casos errónea, de la *Officina*.

El tópico de la fugacidad de la vida en la antigua literatura azteca es el tema sobre el que versará la investigación de **Mónica María Martínez Sariego** «*El carpe diem* en la literatura náhuatl: un caso de poligénesis» (pp. 181-222). Tras un detallado análisis de la fórmula horaciana *carpe diem*

a lo largo de la literatura grecolatina, en el que se indaga acerca de sus orígenes y de su presencia en las literaturas mesopotámica o egipcia, la autora se plantea si estamos ante un caso de vinculación literaria entre estas literaturas o de poligénesis. Lo más verosímil es describir esta coincidencia como un caso de poligénesis, aunque no es incompatible con una influencia mutua, debido a los contactos culturales entre estas civilizaciones. Sin embargo, la posible intertextualidad que, a pesar de la poligénesis, podría justificar en parte la aparición del *carpe diem* en dichas literaturas, desaparece al estudiar la lírica náhuatl, en la cual junto al «canto triste» (*icnocuicatl*) muy arraigado en la mente de los aztecas, siempre dispuesta hacia lo trágico y lo melancólico, encontramos el «canto florido» (*xochicuicatl*), en el que se documentan algunas formulaciones del tópico literario, que se han de explicar como un fenómeno al margen de intromisiones grecolatinas. Como era de esperar, aunque las concomitancias son notorias, los poemas nahuas presentan rasgos propios, de entre los cuales quizás el más significativo sea la ausencia de referencias a la vejez, aspecto que mereció una gran atención por parte de los clásicos; asimismo, es escasa la presencia de la noche o las tinieblas, si bien se alude constantemente a la *Región del misterio*, también llamada *región del existir problemático*, morada última de los muertos o *descorporizados*. De todos modos, la amarga reflexión de los aztecas en torno al enigma universal de la vida y la muerte, que sólo parcialmente se supera entregándonos a la belleza de lo efímero, presenta unas características comunes con las creaciones de los clásicos, parecidos que se deben a la condición transitoria del género humano ya que la existencia del *carpe diem* en la otra orilla del Atlántico es un caso evidente de poligénesis.

Jesús Paniagua Pérez dedica su trabajo «Lo fantástico en las *Relaciones de Indias* de Pedro de Valencia» (pp. 223-248) a desglosar la labor del cronista, quien, a pesar del título, denota un gran racionalismo de cuño griego, en detrimento de lo fabuloso. No obstante, aunque su posicionamiento en contra de las supersticiones de la época es innegable -tal y como se puede apreciar, por ejemplo, en su discurso *Acerca de los cuentos de brujas*-, las *Relaciones* nos relatan algunas fantasías, que probablemente sean producto más de la imposibilidad de contrastar informaciones que de la credulidad de Pedro de Valencia. Además, en los primeros años del s. XVII, fecha de redacción de la obra, el Nuevo Mundo, aún en parte inexplorado, empezaba sin embargo a perder la aureola mítica de los primeros tiempos. Entre estas noticias fantásticas, que en ningún caso parecen provenir de la inventiva del autor, podemos señalar la vinculación entre fenómenos naturales y acontecimientos humanos, como el estruendo del volcán Tunguragua que presagiaba desgracias; igualmente, algunas descripciones extrañas de animales se han de imputar a la inexistencia de un léxico apropiado o al simple desconocimiento, como cuando habla de leones en vez de pumas y de cerdos con el ombligo en el espinazo, que en realidad eran pécaris, curioso animal para los habitantes del Viejo Mundo, cuya espina dorsal dispone de una glándula, que no es el ombligo. Un punto muy discutido por aquel entonces era el problema sobre el origen de los indios, una vez que ya eran considerados como verdaderos hombres, tras la bula *Sublimis Deus* de Pablo III (1537). Sobre este aspecto existían muchas elucubraciones, algunas de personas tan ilustres como Benito Arias Montano, pero Pedro de Valencia, alumno de éste, prefirió no hacerse eco de tales teorías y se centró en cuestiones más específicas y pragmáticas, tales como su número, las encomiendas, los tributos, el trabajo..., datos que ponen de manifiesto el interés socioeconómico del autor. En el campo de la religión, sus referencias a sucesos anecdóticos y milagrosos son bastante escasas, mostrándose muy reservado en el delicado tema de las apariciones marianas. Respecto a las riquezas de América, que el cronista no pone en duda, opina que lo mejor sería que el rey organizase una expedición para evitar más pérdidas humanas: de todas formas, su preocupación por el oro es relativa, ya que culpa al metal precioso de la ociosidad de los españoles y de la despoblación del reino. Recapitulando, se puede aseverar que la visión de Pedro de Valencia es el fruto de un profundo racionalismo humanista, que le lleva a someter todas las informaciones al juicio del intelecto.

En «Tradición de la filosofía y uso de la lengua latina en la *Disputa contra Aristóteles* de Hernando Alonso de Herrera» (pp. 249-267), María Asunción Sánchez Manzano se encargará de desbrozar esta difícil obra de lógica a propósito del lenguaje y su naturaleza, que presenta la particularidad de contar con dos versiones paralelas, en latín y en español, escritas por el propio autor. La intención de Alonso de Herrera es hacer patentes las carencias de las clasificaciones

aristotélicas, a la vez que criticar con dureza la lógica nominalista de la escuela de París. El tema que encabeza la *Disputa* (Salamanca, 1517) se expone en la variante castellana como «las hablas no son cantidades», resaltando así desde el principio su oposición a Aristóteles, para el que la esencia del lenguaje se había de considerar desde una perspectiva cuantitativa, a diferencia de nuestro autor, quien postula que solamente el número es cantidad. La obra está estructurada en ocho diálogos, en los que aparecen personajes de la talla de Aristóteles, Boecio, San Alberto Magno o Valla, los cuales enuncian sus razonamientos y juicios, por lo que la *Disputa* nos proporciona un detallado estado de la cuestión sobre la entidad del lenguaje, cuyos resultados fructificarán en el siglo siguiente. Concluye este artículo con un análisis del uso de la lengua latina de Alonso de Herrera, deudora de la tradición medieval y de las *Elegantiae* de Valla. Para el humanista, como profesor que era de retórica, uno de los aspectos que le supondría menos esfuerzo sería el de cuidar la corrección morfológica y sintáctica, tal y como se desprende de la soltura con que maneja formas y construcciones poco frecuentes. Su vocabulario es variado y en absoluto rehúye la herencia medieval, por lo que se podría definir como un léxico patrimonial latino que los eruditos entenderían y apreciarían. Así pues, la *Disputa* sería una reacción contra el nominalismo, con el fin de estimular una reforma de la lógica, más que una obra de carácter plenamente antiaristotélico, ya que el propio Herrera respeta las normas del pensamiento peripatético, es decir, los silogismos.

El género pastoril es el tema tratado por **Victoriano Santana Sanjurjo** en «El paratexto de *Ninfas y Pastores de Henares*» (pp. 269-332), novela cuya primera y única edición apareció en Alcalá de Henares, en el año de 1587, si exceptuamos la facsímil realizada en 1978 por el profesor Cabrera Perera. El estudio se centrará en un examen minucioso del libro, especialmente de los datos que aparecen en la portada, ya que sólo poseemos este testimonio sobre el autor, Bernardo González de Bobadilla. En el título de la novela se encuentra la mención de que es la primera parte de la obra, lo cual presupone una segunda que jamás apareció; sin embargo, esta indicación, típica en el género, era ante todo una *captatio benevolentiae*, ya que si la obra disgustaba al lector, éste siempre podía tener la esperanza de que el autor mejorase los desaciertos en la parte siguiente. El sintagma «ninfas» + «pastores» parece ser influencia de *La Diana* de Jorge de Montemayor (1558 ó 1559), donde lo hallamos en varias ocasiones. La división de la obra en seis libros, al igual que *La Galatea* de Miguel de Cervantes (1585) y *Desengaño de celos* de López de Enciso (1586), impide que la obra tenga un centro en torno al cual se desarrollen los acontecimientos. La búsqueda de datos verídicos sobre la vida de Bernardo González de Bobadilla, que nos es presentado como estudiante en Salamanca, constituye el núcleo del trabajo. La alusión a su condición estudiantil es llamativa, ya que es un caso aislado en las portadas de esta época, por lo que quizá se deba a una intervención externa ajena al autor, quien por otra parte no aparece en los libros de matrícula de la Universidad de Salamanca, aunque se ha encontrado a un tal «Bernardo González», que era natural de dicha ciudad. Si se tratase de nuestro escritor, esta identificación iría en contra de la tesis tradicional que defiende que el autor de *Ninfas y pastores de Henares* era canario, tal y como parece corroborar su segundo apellido, oriundo de La Rioja, que se atestigua en las Canarias desde el siglo XVI y presenta fuertes vínculos con las cortes de los Reyes Católicos y de Carlos V. No obstante, se ha de ser cauto respecto al término «natural» en esta época, ya que, por ejemplo, en un documento de 1593 Cervantes afirmaba su «naturaleza cordobesa», y actualmente nadie duda de que sea alcalaíno, como consta en su fe bautismal. Todo lo expuesto planteó la necesidad de buscar en los registros sacramentales de la época en el Archipiélago de las Canarias; desgraciadamente los resultados fueron negativos, por lo que quizá se podría tratar de un seudónimo. Así pues, el misterio sobre la identidad del autor sigue abierto. El destinatario de la obra, el Licenciado Guardiola, era miembro del Consejo de Castilla, información que nos proporciona la portada y el encabezamiento de la dedicatoria, y debió de ser un personaje con un cierto ascendiente, el cual quizá, debido a su influencia, se haya de poner en relación con la ausencia de importantes documentos que precedían al cuerpo literario de la novela: tasa, fe de erratas, censura eclesiástica, etc., incluso es posible que la Licencia de impresión y el Privilegio real sean falsos, ya que no se ha hallado en el Archivo de Simancas la copia del Privilegio en el registro de cédulas, ni el escrito de solicitud del mismo. Respecto al taller, donde la obra fue publicada, sabemos que el impresor, Juan Gracián, murió en 1587, año de la única edición de la novela, aunque probablemente ésta

salió a la luz en vida del mismo, ya que no hay ninguna referencia al óbito, que encontramos sin embargo en el pie de imprenta de otros libros datados en ese año, en la fórmula: «En casa de Juan Gracián que sea en gloria». Tampoco se sabe mucho de Juan García, mercader de libros, salvo que financió, además de la obra de González de Bobadilla, los costes de *El estudioso cortesano* de Juan Lorenzo Palmireno entre otros títulos. Probablemente, el autor de *Ninfas y pastores de Henares*, al no tener medios para pagar los gastos de imprenta, vendió el privilegio al referido mercader, quien, a pesar de intuir que la inversión no sería productiva, aceptó correr con los gastos, movido quizá por una relación de amistad. En suma, este trabajo supone una investigación profunda y exhaustiva en búsqueda de Bernardo González de Bobadilla, personaje que se difumina más allá de los escasos datos que aparecen consignados en la portada del libro y en los preliminares.

**Consuelo Varela**, en «Las Cortes de la Muerte, ¿primera representación del indígena americano en el teatro español?» (pp. 333-349), analiza el tratamiento de la imagen del indio americano en la literatura española del Siglo de Oro, basándose en la pieza dramática *Las Cortes de la Muerte a las cuales vienen todos los estados, y por vía de representación dan aviso a los vivientes y doctrina a los oyentes*, publicada en 1557, en Toledo. Esta obra retoma el tema medieval de las «danzas de la muerte», aunque posee una mayor complejidad compositiva. *Las Cortes de la Muerte* se abren con la llamada de un ermitaño a diversos estamentos que, contrariados por la fugacidad de la vida humana, se quejan ante la Muerte que ha convocado Cortes generales; de esta manera, desfilarán ante nosotros múltiples personajes, tanto reales (Heráclito, San Francisco de Asís, Lutero, etc.) como alegóricos. La Muerte no entiende estas quejas, pues es ella quien libera a todos por igual de la Babilonia que es el mundo terrenal. A lo largo de la obra, que consta de 23 escenas, la Muerte aconsejará o reprenderá a los distintos personajes que irán sucediéndose, hasta que en la última escena anuncie la llegada del Anticristo, tópico tan recurrente en la literatura de la época. Cuando parece que la obra ya ha acabado, sale a escena el autor, quien tras pedir los aplausos del público, es arrebatado por la Muerte. Respecto a la autoría de la obra, en el encabezamiento de la primera edición se nos dice que Michael de Carvajal, natural de Plasencia, la empezó y que Luis Hurtado de Toledo la terminó, escritor éste último sobre cuya autoría se cierne una cierta desconfianza, ya que fue acusado por sus contemporáneos de plagio en varias ocasiones. Lo más probable es que Luis Hurtado, muy joven por aquel entonces, se limitase a llevar la obra a la imprenta, añadiendo un poema introductorio. Por otra parte, no se sabe quién podría ser ese tal Miguel o Michael de Carvajal, nacido en Plasencia, y que había publicado anteriormente la *Tragedia Josephina* en 1535, pues se ha demostrado que, a finales del siglo XV, vivían en el municipio cacereño dos personas que atendían al nombre de Miguel de Carvajal, y cuya vida, en ambos casos, se puede rastrear a lo largo de la primera mitad del siglo XVI; cualquiera de los dos podría ser nuestro escritor. Retornando al tema de los indígenas americanos, éstos comparecen, ya evangelizados, en la escena XIX y pleitean con la Muerte, pasaje de apenas 450 versos en los que intervendrán, además de la protagonista, el Demonio, el Mundo, la Carne, y varios santos. Destaca el hecho de que los indios sean tratados con gran naturalidad, como un estamento más de la sociedad española, y que incluso hablen en un castellano erudito, como el de los filósofos, exento de americanismos. Los indígenas se lamentan de las tropelías cometidas por los invasores, quejas a las que la Muerte responde que, como buenos cristianos, han de resignarse ante el Señor, que les libraré «destos lobos robadores». Esta escena ha sido considerada como la primera aparición del indígena en la comedia castellana, afirmación que siempre conlleva sus riesgos. Sobre lo que no cabe ninguna duda es que estamos ante la primera aparición impresa de los indios americanos en una comedia o auto, que ha llegado hasta nosotros; sin embargo, nada nos impide conjeturar que en la Nueva España se publicasen textos dramáticos evangelizadores, desafortunadamente hoy perdidos, en cuyas representaciones los indígenas participasen de forma activa. Por otra parte, en la escena que nos ocupa se advierte una clara influencia de la *Brevísima* del dominico Las Casas (Sevilla, 1552), aunque a diferencia del fraile, el dramaturgo condena a las Indias, pues sus riquezas han pervertido a los españoles. El éxito de las *Cortes de la Muerte* cesó hacia el primer cuarto del siglo XVII, cuando Lope de Vega atrajo el interés del público con piezas de tema americano, en las cuales el Fénix no tuvo más remedio que reconocer la brutalidad y avaricia de los conquistadores, salvando de entre tanta podredumbre la cristianización del Nuevo Mundo, único logro digno de alabanza. No obs-

tante, a pesar de estas obras, y de algunas otras de Tirso y de Calderón, el teatro del Siglo de Oro prestó muy poca atención al Nuevo Mundo y a sus habitantes.

En líneas generales, nos hallamos ante un trabajo conjunto que aporta una visión detallada y erudita en torno a algunas obras, que ofrecen una gran dificultad al investigador, bien por sus características formales, bien por los problemas de autoría que presentan. Asimismo, el estudio de algunos personajes literarios que formaban parte de la imaginaria de la época, como el pícaro, el indígena o el Anticristo, permite hacernos una idea bastante aproximada del conjunto de antiguas normas y de nuevas corrientes, con las que los españoles de los siglos XVI y XVII se tuvieron que enfrentar a un mundo, que tras el descubrimiento y posterior conquista de América, les había puesto en contacto con culturas y pueblos hasta entonces desconocidos, cuyas formas de vida y de pensamiento también quedan reflejados en este volumen. Así pues, sólo me resta desear que la serie, a la que pertenece este libro, sobre el Humanismo a ambos lados del océano Atlántico continúe su singladura y nos siga haciendo partícipes de tan fecundos resultados.

Jesús ÁNGEL Y ESPINÓS  
Universidad Complutense de Madrid

P. L. MALOSSE, *Lettres de Chion d'Héraclée. Texte révisé, traduit et commenté*, Salerno 2004.

P. L. Malosse presenta en este libro una edición bilingüe –grecofrancesa– de las *Cartas* de Quión de Heraclea acompañada de un comentario del contenido. Se conservan 17 cartas supuestamente atribuidas a Quión, un joven de Heraclea que liberó a su patria del tirano Clearco en torno al 353-352 a. C. En las *Cartas* Quión cuenta a su padre las vicisitudes que ha sufrido tras dejar Heraclea para estudiar filosofía en Atenas y convertirse en discípulo y amigo de Platón. Los textos revelan el entusiasmo de Quión por los estudios y el ambiente de la ciudad, pero también el anhelo de la familia, los amigos, las costumbres y los productos autóctonos (cartas 1-11). Enterado de la instauración de la tiranía por Clearco, Quión desea regresar cuanto antes a su patria (carta 12), pero una enfermedad y un intento de asesinato retrasan su propósito (carta 13). El joven confiesa a su padre sus inquietudes (cartas 14-15) y trata de presentarse ante Clearco como un individuo inofensivo (carta 16). En la última epístola, escrita ya desde Heraclea, Quión expone a Platón su intención de acabar con el tirano a pesar de enfrentarse a una muerte segura.

El gran eco que el asesinato debió de tener en la Antigüedad unido al gusto de los bizantinos por las colecciones epistolares explica la notoriedad del texto en épocas posteriores. El trabajo de Malosse constituye la primera versión francesa de las *Cartas* que hasta la fecha estaban traducidas al latín (edición crítica bilingüe de R. Hercher, *Epistolographi Graeci*, París 1873 [re. Amsterdam 1965] 194-206.), inglés (edición crítica bilingüe de I. Düring, *Chion of Heraclea. A novel in letters. Edited with introduction and commentary*, Göteborg 1951) italiano (edición bilingüe de Q. Cataudella, «Sulla autenticità delle lettere di Chione di Eraclea», *MAL* 1980, ser. 8, vol. 24, 649-751), español (M. L. Barrio, *Cartas Rústicas. Epístolas. Cartas de Quión de Heraclea. Cartas de Temistocles*, Madrid 1999, 123-181), polaco (L. Winniczuk, «Listy Chiona z Heraklei», *Meander* 11, 1956, 152-8, 179-183, 232-3, 272-7, 334-8) y croata (D. Novacovic, «Fabularni oblici u antickoj epistolografiji», *Latina et Graeca* 20, 1982, 69-121). Las traducciones española, polaca y croata no se mencionan en la bibliografía que Malosse recoge al final de la obra. Por lo que respecta al texto griego, el estudio de Malosse carece de aparato crítico puesto que en la introducción el estudioso declara seguir, por lo general, la edición crítica de Düring, a la sazón la estándar, con algunas modificaciones en la puntuación. Cuando se aparta de dicha edición, Malosse suele introducir una nota crítica en el texto y justificar su elección en el comentario, si bien en varias ocasiones no advierte de la discrepancia. Por ejemplo, 3, 7 πολεμίους Düring: πολεμους Malosse; οὐ τοῦ ἱκανοῦ μόνον Düring: οὐχ ἱκανά μόνον Malosse (sin señalar que es conjetura de Hercher); 4, 2 ἀπιδόντες Düring: ἐπιδόντες Malosse; 4, 3 παρήρητο ἐκάστω μάχαιρα Düring: παρήρητο ἕκαστος μάχαιρα Malosse (sin señalar que es lectura de Hercher, cf. Düring *com. ad. loc.*); 10 πεπόμφει Düring: ἐπεπόμφει Malosse (sin advertir que es la variante de mss. ald); 16, 2 πεφιλοσοφῆκειν

Düring: περιφιλοσοφῆκεν Malosse; 16, 7 οἰκειῶν Düring: τῶν οἰκειῶν Malosse (sin señalar que es la variante de mss. ald). En otras ocasiones se invierte el orden de palabras de la edición: 1 ταύταις ἐπ' ἀντίρροπον λύπης Düring: ἐπὶ ταύταις ἀντίρροπον λύπης Malosse; 10 τοῖς χαριστάτοις Ἀθήνησιν Düring: τοῖς Ἀθήνησιν χαριστάτοις. Seguramente son simples erratas las grafías ὄ δὲ por ὀ δε (3,7), ἦν γαρ por ἦν γαρ (14, 4), ηῦρήσθαι en vez de εὕρησθαι (15, 3), la omisión de la iota suscrita en algunos términos (3, 4 ἀναμνήσκετο; 3,6 σώζειν; 12 σώζοντος; 13 ἀποθνήσκων) o la inclusión de un guión injustificado en 4, 1 προφαι-νόμενος y 13, 1 ἔμαυ-τόν. Por último, tampoco son claros los criterios por los que Malosse no efectúa por norma las crasis y, sin embargo, sí lo hace en casos aislados como, por ejemplo, 4, 1 δ' οὐκ, ὑπ' αὐτῶν, οὐδ' αὐτός; 7, 3 δ' οὖν, 16.1 δι' ὑποψίας, οὐθ' ὅλως (οὐδ' ὅλως Düring).

La atribución de las *Cartas* a Quión había sido ya cuestionada en estudios anteriores y el comentario que sigue a la edición bilingüe de Malosse está de hecho orientado a ilustrar su carácter apócrifo. Sin embargo, por tratarse de una obra no demasiado conocida, hubiese sido preferible insistir sobre ello en el prefacio y en la introducción. Por otra parte, a diferencia de Düring que analiza la cartas una por una, Malosse opta por un comentario de conjunto sobre diversos aspectos. En primer lugar, rechaza la atribución de la obra a Quión de Heraclea por motivos lingüísticos como el uso de vocabulario y giros propios de la época imperial. Igualmente, sostiene Malosse que la cronología de las *Cartas* no coincide con la historia real porque el autor condensa en 6 años acontecimientos que tuvieron lugar en 48. Además, una de las fuentes históricas que parece haber servido de base al autor de las *Cartas*, la *Anábasis* de Jenofonte, es posterior a las vicisitudes de Quión y Clearco. El desconocimiento de detalles importantes, como la duración de la tiranía de Clearco (12 años) o el parentesco de Quión y Clearco, inducen a pensar que el autor conocía las fuentes de modo indirecto. Asimismo los nombres de los conjurados no coinciden con los transmitidos por las fuentes históricas. En opinión de Malosse, las vagas referencias a Atenas y a la Academia parecen revelar falta de conocimiento real de la ciudad y las inexactitudes históricas sobre Heraclea descartan la hipótesis, defendida en cambio por Düring, de que un erudito local haya sido el artífice de las *Cartas*.

Por otra parte, Malosse coincide con otros estudiosos en que la moral platónica del protagonista está influida del espíritu imperial. A la manera de un estoico, Quión rechaza la esclavitud y sacrifica su vida por la libertad de su ciudad. Sin embargo, Quión se dedica a la filosofía de un modo perifilosofo, desde un punto de vista externo que es el de la retórica. No en vano, la tipología de algunas de las *Cartas* se aviene bien con los modelos propuestos en los tratados epistolares de Pseudo Demetrio y Pseudo Libanio.

Frente a la opinión general que sitúa las *Cartas* en época helenística tardía o romana temprana (Düring, por ejemplo, las inscribe en el imperio de Domiciano 81-96 d. C.), Malosse cita múltiples argumentos a favor de una fecha de composición en torno al s. IV d. C.: el tono dominante retórico, el paralelo entre la situación de Quión frente a Clearco y la de Juliano de cara a Constancio, el colorido neoplatónico de ciertas afirmaciones o la imagen de una Atenas que ostenta el monopolio de los estudios filosóficos, que concuerda más con el s. IV que con el inicio del período imperial.

En definitiva, el trabajo de Malosse vierte al francés con brillantez y fidelidad el texto griego y constituye una herramienta útil para quienes se inicien en el estudio de las *Cartas* sin pretender ahondar en cuestiones de crítica textual, para lo cual continúa siendo imprescindible la edición de Düring de 1951.

Ana Isabel JIMÉNEZ SAN CRISTÓBAL  
Universidad Complutense

A. BERNABÉ-Ana Isabel JIMÉNEZ: *Instrucciones para el Más Allá: Las laminillas órficas de oro*, Ediciones Clásicas, Madrid 2001, 371 páginas.

Entre los nuevos fragmentos de literatura griega aparecidos en el último siglo y medio, pocos han merecido tanto interés entre los estudiosos como las laminillas áureas funerarias que ayudan

al alma del difunto a alcanzar un destino feliz. La interpretación de estos documentos ha suscitado enconados debates, en especial en torno a si deben ponerse en relación con el orfismo, para la reconstrucción del cual como fenómeno religioso son una pieza central. Desde la obra de G. Zuntz (*Persephone*, Oxford, 1971) no aparecía un estudio completo sobre las laminillas (son más breves y parciales los de G. Colli, *La sapienza greca*, Milán 1977, y G. Pugliese Carratelli, *Le lamine d'oro «orfiche»*, Milán 1993), pero algunas nuevas han aparecido desde entonces y la cuestión del orfismo ha tomado nuevos rumbos. Por ejemplo, la publicación en 1974 de la laminilla de Hiponio, la más antigua de todas (400 a. C.), que menciona en el último verso a los «iniciados y bacos», supuso un desmentido espectacular de la tajante separación de Zuntz, que seguía los pasos de su maestro Wilamowitz, entre estas laminillas «pitagóricas» y los misterios dionisiacos. Alberto Bernabé, al hilo de su edición de los *Orphica*, cuyo primer tomo ya ha aparecido en la *Bibliotheca Teubneriana*, y Ana Jiménez, que ha dedicado buena parte de su investigación doctoral a estos documentos, han publicado un estudio exhaustivo de cada laminilla enmarcado en una interpretación general del conjunto.

Una breve introducción sitúa al lector ante los aspectos básicos de las laminillas y dos problemas fundamentales que planean sobre toda la obra: si el grupo religioso del que proceden son «órficos» y si el narrador del texto, en el que los hexámetros alternan con frases *extra metrum*, es Orfeo. Después se estudian separadamente, ordenadas según la etapa del viaje al Más Allá a la que se refieran. Las que aconsejan al alma cómo actuar en el mundo subterráneo (Hiponio, Entella, Petelia), las que aluden un ritual funerario (Pelina), y las que contienen las fórmulas que las almas deben recitar a Perséfone (Turios), son las más completas y por tanto las que reciben un estudio más extenso. Capítulos aparte merecen las que se alejan de este esquema, como la laminilla de Roma, mucho más tardía que el resto (260 d. C.); la laminilla grande de Turios, interpretada ingeniosamente como una «sopa de letras» en que sólo algunas fórmulas tienen sentido para los iniciados que las pueden comprender; la de Feras, con contraseñas para entrar en la pradera de los bienaventurados; y otras con textos demasiado estropeados o breves como para extraer conclusiones fiables.

Cada capítulo se inicia con la traducción de las laminillas tratadas en él, que remite a los textos griegos recogidos al final. Por supuesto que esta tipología no es rígida y los textos presentan coincidencias y correspondencias cruzadas. Pero la división escogida consigue evitar repeticiones al centrarse en el aspecto predominante en cada una. El análisis interno del texto se complementa con referencias a otros testimonios como Heráclito, Platón, y desde luego, los poemas órficos, que si bien nunca hacen referencia directa a las laminillas, comparten el mismo universo conceptual y por tanto permiten comprender mejor las oscuras expresiones de los textos: especialmente clarificadoras son las explicaciones de los ritos con leche y vino aludidos en la de Pelina (pp. 107-131) y de la liberación del ciclo y la coronación de los difuntos (pp. 159-179). Material comparativo de otras culturas, sobre todo egipcio —el Libro de los Muertos cumple una función similar— se trae a colación para iluminar la interpretación (p. e. las almas sedientas, pp. 49-58).

Dos capítulos finales hacen balance del esquema religioso que surge de las laminillas, y que presenta tales coincidencias con el orfismo que merece identificarse con él (los argumentos se resumen en las pp. 231-242). Otro tema debatido es si las laminillas derivan de un arquetipo único: los autores arguyen convincentemente que su función utilitaria las hace más bien centones compuestos con una finalidad muy práctica, aunque se deja abierta la posibilidad de que una *katábasis* órfica les sirviera de modelo principal (posteriormente Christoph Riedweg ha tratado de reconstruir este poema en «Poesie orphique et rituel initiatique: éléments d'un discours sacré dans les lamelles d'or», *RHR* 219 (2002), 459-481). Un apéndice de Ricardo Olmos, con dibujos de Sara Olmos, reúne quince estudios de testimonios iconográficos muy cercanos geográfica y conceptualmente a las laminillas, como los *pinakes* de Locros o la cerámica apulia, y algunos más alejados pero que presentan interesantes correspondencias, como las representaciones egipcias de ultratumba o el *refrigerium* de las almas cristiano. Es un complemento no sólo original, sino de gran utilidad, como la bibliografía final, que es absolutamente exhaustiva.

Las decisiones textuales o interpretativas de los autores no excluyen la exposición de las propuestas alternativas y de las razones para preferir su opción en cada caso. Se diferencia además con honestidad lo que son hechos comprobados de lo que son hipótesis más o menos probables, como

el narrador Orfeo o la interpretación del animal caído en la leche. Las interpretaciones hipotéticas no se fundan, además, unas sobre otras, sino que son independientes entre sí, lo cual evita los castillos en el aire a que tan proclives son los estudios de documentos fragmentarios, sin caer tampoco en el *ars nesciendi* en que muchos se refugian. Este rigor convierte al libro en una obra de gran interés incluso para quien no comparta la principal opción tomada ante las laminillas, esto es, calificarlas de órficas. Pues pese a los nuevos descubrimientos de los últimos 50 años, la resistencia a calificar de órfico nada que no lleve el sello del nombre de Orfeo sigue dominando en muchos ámbitos. Y mientras sigan creyendo que todo intento de hablar de orfismo equivale a la reconstrucción de una inexistente Iglesia Órfica, los «orfeoescépticos» no cesarán en su atenta vigilancia.

Dicen los autores con humor que «si algo anda como un pato, nada como un pato y grazna como un pato podrá ser otra cosa, pero lo más probable es que se trate de un pato» (p. 242). Las correspondencias de las laminillas con otros testimonios sobre el orfismo son mayores que con ningún otro movimiento místico (se echa de menos un índice de pasajes citados que permitiría comprobarlas fácilmente, aunque los *loci similes* de la edición de los *Orphica* suplirán esta falta). Por ello es de sentido común relacionarlas con el orfismo —sin que ello signifique que sus usuarios se denominaran «órficos» — antes que tratar de aislarlas como una religión mística autónoma a la que nadie, curiosamente, habría aludido en la Antigüedad. Ahora bien, hay que tener cuidado al mismo tiempo de no interpretar otros testimonios sobre el orfismo como si se refirieran siempre a un movimiento tan unificado como las laminillas. Para conectar un documento inequívocamente órfico como el *Papiro de Derveni*, por ejemplo, con las laminillas, hace falta una larga serie de eslabones intermedios que indican que el orfismo es un fenómeno más amplio y menos uniforme que el que tendemos a reconstruir al hablar de «los órficos», unificando con una sola etiqueta fenómenos que no llegaron a formar un sistema doctrinal coherente: así, por ejemplo, no debemos suponer sin más (aunque tampoco descartar) que los usuarios de las laminillas compartieran el interés teológico que muestran los poetas de las teogonías; que sus ritos siguieran siempre un patrón uniforme; o que fueran practicantes de un *orphikós bios* del que no oímos hablar más que una vez (Plat. *Leg.* 782c) en términos imprecisos (*legómenos*), como algo lejano y que tuvo lugar en la más remota antigüedad.

Con toda probabilidad en los próximos años han de aparecer nuevas laminillas que obligarán a modificar nuestras ideas actuales. Pero para cualquier estudio futuro sobre ellas, y sobre la religiosidad mística griega en general, esta obra es una referencia imprescindible, que debiera colaborar a disipar el tradicional desinterés condescendiente, sobre todo en latitudes anglosajonas, respecto de la bibliografía española. El artículo de Riedweg citado, por ejemplo, se beneficia de un constante diálogo con ella, mientras que otro reciente de S. Cole («Eleusinian Fields and Dionysian Eschatology» en M. B. Cosmopoulos (ed.) *The Greek Mysteries*, Londres 2003) hubiera ganado mucho en interés y novedad de haberla tomado en cuenta. Pues este libro contiene todos los resultados de la investigación pasada sobre las laminillas y las líneas maestras por donde se desarrollará en el futuro.

Miguel HERRERO

*Universidad Complutense de Madrid*

Francisco Rodríguez Adrados, Juan Rodríguez Somolinos (editores), *El Partenón en los orígenes de Europa*, (278 páginas) Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2003.

Se trata de un libro (el último de los Manuales y Anejos de «Emérita» que figura con el número XLIV) que consta de un total de 15 intervenciones enmarcadas en los Cursos de verano de la Universidad Complutense de agosto de 2001. De los 15 trabajos que componen el libro cinco corresponden a tres mesas redondas sobre historia y arte, arqueología, democracia y literatura. El Dr. Rodríguez Adrados expone brevemente el contenido de las diversas comunicaciones. Ya al comienzo de dicha presentación adelanta en parte una idea que desarrollará ampliamente, la de la devolución de los mármoles por parte de Lord Elgin, y que de nuevo se repite en la primera página.

A continuación habla del Partenón en su momento histórico y espiritual, y comenta la intención del curso de hacer ver el arte del Partenón y su lugar en la historia del arte griego, y hacer progresar el conocimiento y significado del Partenón y de la cultura que simboliza dentro de Atenas.

Miguel Ángel Elvira, *El Partenón: un hito arquitectónico complejo*

El autor analiza las construcciones que se sucedieron en el actual emplazamiento del Partenón desde finales del siglo VII a.C. Después de la batalla de Salamina en el año 480 a.C. había quedado en ruinas el llamado Pre-Partenón, templo grandioso proyectado como exvoto de agradecimiento a Atenea tras la gesta de Maratón (490 a.C.).

La nueva construcción iniciada por los arquitectos Calícrates e Ictino, bajo la supervisión general de Fidias, se inició en el año 447 y fue inaugurada en 438/437 a.C. Este templo, símbolo de la grandeza de Atenas y de la política de Pericles, contiene en su iconografía numerosos mitos guerreros, concebidos por su director Fidias como precedentes del enfrentamiento con Persia. En su ejecución se incorporaron principios constructivos que iban a ser tenidos en cuenta en los edificios posteriores: la curvatura del *estilóbato*, la columnata interna envolvente y la incorporación en la arquitectura dórica del Partenón de elementos dóricos (mezcla de columnas de ambos órdenes).

Demosthenis Giraud, *El proyecto arquitectónico de Pericles y su significado político*

Breve trabajo en el que su autor traza el propósito de Pericles, que era, mediante decreto, situar en lugar destacado la magnanimidad de los atenienses, promover grandes empresas. Los pasajes citados, de Plutarco y Tucídides, están incorporados al texto; en ellos se puede apreciar la ambición de Pericles de inmortalizar Atenas. Así, según Plutarco, en la mente de Pericles estaba la construcción de grandes obras y proyectos de construcción.

Nikos Toganidis, *La restauración del Partenón*

Después de recordar las tres principales restauraciones del Partenón llevadas a cabo en la época moderna, el autor detalla los objetos del actual proyecto de restauración para los años 2001-2006. Éstos se concretan en la preservación de la estructura del monumento, la protección del mármol, la sustitución de las esculturas originales por réplicas, la corrección de la disposición de las piedras restauradas y la ubicación en su emplazamiento original de los elementos del edificio dispersos por el suelo. En concreto, los objetivos hasta el año 2004 se centran en la restauración de la fachada hexástila interior, la columnata norte y una parte del muro. Para el año 2006 está prevista la restauración de los muros de la *cella* y los arquivoltas de la fachada hexástila oriental interior. El autor ofrece numerosos detalles de los principios que guían este importante proyecto de restauración, el personal, el presupuesto y un balance de los resultados alcanzados en su ejecución.

Helena Rodríguez Somolinos, *Las inscripciones de Atenas del siglo V a. C.*

Trabajo muy bien estructurado, que consta de 1.- Introducción, 2.- Documentos públicos y privados, 3.- Documentos relativos a la construcción de la Acrópolis, capítulo que a su vez se subdivide en 3.1 Encargos y 3.2 Cuentas de la construcción de la Acrópolis; 4.- Inventarios de los templos de la Acrópolis; 5.- Listas de tributos de la liga Ático-Délica; 6.- Otros documentos en relación con la liga; 7.- Decretos de importancia histórica sobre la expansión y declive del imperio ateniense; 8.- Catálogos; y 9.- Documentos religiosos. Finalmente, dos páginas de bibliografía ponen fin a este bien documentado trabajo, como lo atestiguan sus 59 notas. El estudio de las inscripciones en este caso, y también en otros, está justificado en cuanto que ellas nos proporcionan los detalles en los que no se detienen los textos literarios. Asimismo, entresacamos la función que desempeñan las inscripciones de dar a conocer a los ciudadanos los documentos oficiales de la ciudad, la forma: el alfabeto epigráfico ático, y las fórmulas de encabezamiento.

Domingo Plácido, *La democracia en tiempos de Pericles*

La democracia como fenómeno histórico se consolidó en Atenas durante la denominada Pentecostea. En un primer momento el aristócrata Cimón se erigió en benefactor de los pobres,

precisamente aquellos que habían contribuido a la victoria de Salamina. Los atenienses seguidamente organizaron la Liga de Delos, agrupación en la que se incluían las ciudades liberadas de los persas. Después de la muerte de Cimón y de la Paz de Calias (449 a.C.) se producen episodios de esclavización de aliados por parte de los atenienses, en abierta contradicción con los postulados de la Liga de Delos. Durante estos años Atenas refuerza su posición en el mundo griego e impone a sus aliados las monedas, pesas y medidas del Ática.

La democracia ateniense se apoya, durante estos años, en el Imperio. Desaparecido el peligro persa, se traslada el tesoro de Delos a la Acrópolis de Atenas, que se convertirá en el centro del mundo griego según la política personalista de Pericles. La persuasión ejercida por medio de la oratoria se convierte en el instrumento del poder político emanado del voto popular. A diferencia de Cimón, Pericles desarrolla un evergetismo público. Los atenienses tienen conciencia de su superioridad y se comportan como aristócratas. Pero estas condiciones históricas que hicieron posible la democracia ateniense cambiaron cuando se produjo la muerte de Pericles y se inició la Guerra del Peloponeso.

Elvira Gangutia, *Los autores de la época de Pericles*

Abre el presente estudio una introducción al ambiente de la época para, acto seguido, y por géneros literarios, hablar de los principales escritores que vivieron en tiempos de Pericles; dichos géneros (y epígrafes) son: 2. *Épica y lírica*, 3. *La tragedia*, 4. *La comedia*, 5. *Filosofía y ciencia*, 6. *Oratoria* y 7. *Historiografía*. Se trata de un trabajo ameno y de fácil lectura, sin pretensiones de erudición, como demuestran las pocas notas no siempre correctas, pues en la última falta la indicación de página. Estudio, en suma, en el que está muy bien trazado el entorno literario de Pericles, con indicación no sólo de escritores coetáneos, sino también de sus obras y personajes.

Antonio Bravo, *El Partenón y la Edad Media griega*

El autor estudia las vicisitudes por las que ha pasado el Partenón y, en cierta medida, la Acrópolis durante el Imperio Bizantino. En primer lugar se realiza la descripción del Partenón, convertido desde el s. V d.C. en iglesia cristiana, por el viajero y notario de profesión Niccolò da Martoni a finales del siglo XIV durante la dominación veneciana de Atenas. En segundo lugar, se describe la historia de la ciudad de Atenas a lo largo del milenio medieval. Por último se detalla la estructura arquitectónica del Partenón a finales del siglo XII con la ayuda de dos láminas que reconstruyen la planta y el alzado del edificio como iglesia cristiana de Santa María del Partenón. Trabajo extenso, ampliamente documentado en sus 214 notas y con inclusión, al final, de dos figuras: la planta del Partenón como iglesia cristiana (s. XII), y la planta y alzado en el mismo siglo.

Ricardo Olmos, *La Acrópolis de Atenas en la imaginación de viajeros, artistas y escritores (siglos XVIII-XIX)*

El autor efectúa un recorrido por la percepción que los viajeros y artistas europeos de los siglos XVIII y XIX tuvieron de Atenas. Los *dilettanti* británicos iniciaron el movimiento filohelénico que encontrará su reflejo en el arte neoclásico y en el clasicismo romántico. Los grabados de la época educan al dibujante occidental en el ideal de proporción y belleza. A los viajes de J. Spon y C. Wheeler, en la segunda mitad del siglo XVIII, siguieron los de J. Stuart y N. Revett. El dibujo dio paso a la realización de los moldes, labor en la que destacó el cónsul francés Fauvel. Posteriormente se inició el pillaje de las piezas, entre ellas la cariátide robada por Lord Elgin en 1801. Las esculturas y relieves del Partenón, depositadas también en Londres, produjeron una profunda impresión y nostalgia de Grecia.

El Partenón aparece igualmente en las novelas históricas de Théophile Gautier (*Spirite*, 1865), Robert Hamerling (*Aspasia*, 1875) y Dimitri Merejskovski (*La muerte de los dioses o Juliano el Apóstata*, 1894).

Francisco R. Adrados, *Lord Elgin y el expolio de la Acrópolis*

Muy acertadamente, pensamos, comienza el profesor Adrados trazando los antecedentes del afán de copiar y llevarse las obras de arte: «Lo que hacían, pensaban y escribían los europeos, era

rescatar la belleza antigua de manos de los bárbaros para que una nueva humanidad la disfrutara, la imitara» (p. 202); aparte este amor por el arte antiguo cabe citar como causa el desprecio por el griego y el turco. Por lo demás, da muestras de un gran conocimiento del hecho que trata, con un extenso despliegue de datos históricos en la primera parte, a los que añade visiones contrapuestas de otros personajes de la época como Winckelmann y Humboldt, quien afirmaba: «solo a distancia y separada de todo lo común de cada día debe aparecérsenos la Antigüedad» (p. 203). En una segunda parte, no expresamente señalada, y más breve que la primera, se aborda la cuestión de la devolución de los mármoles pedida por los griegos. Después de sopesar, muy prudentemente, los pros y contras de una y otra posibilidad (las obras de arte en su lugar de origen o en museos extranjeros), se decide abiertamente por la primera y arguye a su favor la facilidad de viajar y poder admirar así las obras de arte en el entorno para el que fueron creadas.

Una rápida alusión al conflicto de Gibraltar, a modo de equiparación con el tema tratado, pone fin al trabajo vivido y sentido por su autor.

Carmen Sánchez: *Las imágenes del Partenón*

La construcción del Partenón se inició en el año 447 a.C. bajo la supervisión general de Fidias, responsable también del original programa iconográfico contenido en las metopas, los frontones y el friso del edificio. La estatua crisoelefantina de Fidias, ubicada en el interior, fue consagrada a Atenea en el año 438 a.C. Esta escultura recuerda, entre otros elementos, los principales temas desarrollados en el Partenón: la Gigantomaquia, la Amazonomaquia y la Centauromaquia. Además de las figuras de los héroes y de los dioses en metopas y frontones, el friso del Partenón representa en bajorrelieve a los atenienses caracterizados por la *sophrosyne*. Este edificio, que no es un templo, concluye la autora, es una ofrenda dedicada por todos los atenienses a su ciudad. Al final del artículo se incluyen siete figuras de metopas, frontones y frisos del Partenón, a las que se añade una figura del Puteal de la Moncloa.

Adolfo Domínguez Monedero: *Pericles y la opinión pública: la estatua de Atenea, el Partenón y la responsabilidad de la guerra del Peloponeso*

El autor analiza las opiniones que los contemporáneos de Pericles tenían sobre el programa constructivo del estratega en la Acrópolis y sobre las causas de la guerra del Peloponeso. En este sentido, los atenienses siguieron las opiniones ampliamente difundidas, sobre todo, por las comedias de Aristófanes (*La Paz y Acarnienses*) y Cratino (*Dionisalejandro*), en las que culpan a Pericles del inicio de la guerra a causa de Fidias y de Aspasia.

Juan Rodríguez Somolinos: *Apuntes sobre la epigrafía de Atenas en el periodo clásico*

Segunda intervención en la mesa redonda. En unas pocas páginas se completan aquellas clases de inscripciones que faltaban en el trabajo anterior de Helena R. Somolinos, a saber, las inscripciones de carácter privado: dedicatorias y óstraca, a las que sigue un tercer capítulo titulado «Consideraciones generales», que equivaldrían a las conclusiones de lo anteriormente expuesto, tanto ahora como en las intervenciones anteriores. Entre ellas quisiéramos subrayar el componente cívico-político de la epigrafía de la Acrópolis, la unión entre religión y Estado, muy perceptible en el caso de Atenas, y ver finalmente, en la epigrafía pública, un testimonio más de la ilustración ateniense, como en el caso del teatro o la filosofía.

Esperanza Rodríguez Monescillo: *Tipos literarios relacionados con la democracia ateniense*

Ya al comienzo anuncia la autora el vínculo existente entre literatura y Democracia, y se decide por la vía indirecta de los poetas. Éstos son los tipos literarios relacionados con la democracia ateniense: Teseo, Odiseo, el Paflagonio, el Morcillero, Demo, Diceópolis. Las explicaciones correspondientes a cada personaje, sin notas, están tomadas de Eurípides y Aristófanes.

Mercedes Vilchez: *Pericles y Edipo*

Divide el estudio en dos partes bien diferenciadas y que se ciñen bien al título: 1. - Pericles a los ojos de Tucídides y 2. - Las relaciones entre Pericles y algunas tragedias de Sófocles. En el capítulo

lo 1º el punto de Partida es el análisis de cuatro de los ocho fundamentos de la democracia ateniense expuestos por el profesor Rodríguez Adrados en su libro *Ilustración y Política en la Grecia Clásica*. El segundo capítulo se basa en las relaciones Pericles-Sófocles a partir de la *Antígona* y *Edipo Rey* de Sófocles. Esta última obra se representó casi veinte años después de la muerte de Pericles (repetición innecesaria en la misma página). Erratas observadas: términos antagonica (p. 276). El mismo años (p. 278); estado racionalista y idealista (p. 278).

Con vistas a una posible y futura revisión, añadimos una serie de erratas observadas en la lectura del libro:

P. 10: El Partenón confluyen. P. 16: fetiches y idealidad.....todas las obras. P. 19: *párthenos* (bis). P. 20: *Pártenos*. P. 51: estos lajas. P. 55: intrínsecamente. P. 58: si (adverbio) a parte. P. 63: avrcai/oj neo.j. P. 66: se encabezada. P. 68: superfluas. P. 69: avpo. Qra,ikej.....Por Tucídides Sabemos. P. 75: excavaciones. P. 94: En se centran. P. 97: La superioridad servirá también se justificación. P. 102: mas adelantado. P. 103: jugaron un papel (galicismo injustificable).....analizando cual era la situación. P. 104: mas importantes. P. 106: mas que como retrato.....Eurípides nació sobre el 484/485. P. 107: mentes más volcadas .....preocupación por cuales serían. P. 110: examinar como podían expresarse. P. 112: en todos lo sentidos. P. 114: se fija mas bien. P. 117: mas o menos.....influenciado (solecismo injustificable). P. 202: sus teoría. P. 203: monumento egipcios. P. 204: limitémosnos; sobornar o obtener; Iba unido, como no.....P. 210: se espera de mi: .....P. 276: términos antagonica. P. 278: El mismo años.....estado racionalista y idealista.

Se trata, en suma, de un estudio diacrónico y sincrónico del Partenón, estudiado desde todos los ángulos posibles y por grandes especialistas. Por ello no cabe dudar de la más que favorable acogida que este libro ha de tener entre el público culto.

José Miguel GARCÍA RUIZ  
I.E.S. «Santa Eugenia», Madrid

PLUTARCO, *Vidas de Sertorio y Pompeyo*, Madrid, Akal, 2004, 252 pp. Edición de Rosa M.<sup>a</sup> Aguilar (introducción a Plutarco y traducciones de las *Vidas*) y Luciano Pérez Vilatela (introducciones a las *Vidas* y notas).

La presente obra ofrece al lector una edición de dos de las *Vidas Paralelas*, *Sertorio y Pompeyo*, complementadas con generoso material que facilita la comprensión y la asimilación de parte de una de las obras fundamentales del de Queronea. La traducción del texto griego es mesuradamente fiel al original, cómoda y de agradable lectura, mientras que las notas biográficas que se aportan a modo de introducción constituyen una herramienta de gran utilidad que, a través de unas leves pinceladas, sitúa en el momento histórico del autor a quien se acerca a la obra con un conocimiento no demasiado profundo de su contexto. La tarea iniciada por dicha introducción es continuada y ultimada por las abundantes notas que salpican los pies de página y se erigen en guía de una lectura pausada y crítica; lo mismo debemos decir de las líneas que preceden a ambas *vitae*, de nuevo a manera de introducción, y que brindan datos de carácter esquemático y visual acerca de fechas de interés en las biografías de los personajes tratados por Plutarco y aquí recogidos. Se discute asimismo la posible datación de cada una de las dos *vitae*, por medio de argumentos que van desde los usos lingüísticos a la cronología relativa. Tanto *Sertorio* como *Pompeyo* serían, con toda probabilidad y de acuerdo con la *communis opinio*, obras de madurez, compuestas, por tanto, hacia el término de la vida del queronense. A pesar de que se trata la ordenación de la totalidad de las *Vidas* ya en la introducción general, elaborada por la profesora R. M.<sup>a</sup> Aguilar, no debe hablarse, pensamos, de redundancia, dado que la discusión de la introducción abarca la generalidad de las *Vidas*, mientras que L. Pérez Vilatela se centra en cada una de las dos ofrecidas aquí.

Igualmente útiles resultan para un conocimiento completo del particular la abundante bibliografía que se incluye, así como la lista de abreviaturas empleadas –siglas de las publicaciones sobre el mundo clásico más frecuentemente citadas y abreviaturas de autores y obras clásicas–. Un índice de nombres situado al final del libro y dos mapas, el de Hispania en época de Sertorio y el del Oriente de Pompeyo, constituyen una prueba más del carácter asequible, o, si se quiere, didáctico, de esta recentísima edición de las dos vidas.

Rosa GARCÍA-CASCO VILLARRUBIA  
Universidad Complutense de Madrid

STUDIA HELLENISTICA CADITANA I: Teócrito, Arato, Argonauticas órficas, a cargo de J. G. Montes Cala, R. J. Gallé Cejudo, T. Silva Sánchez y M. Sánchez Ortiz de Landaluce, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Madrid, 2003, 328 págs.

Acogemos con alegría este primer volumen de los *Studia Hellenistica Gaditana* que reúne cuatro trabajos sobre poesía helenística. Una breve presentación introduce sucintamente cada uno de los estudios, elaborados, según sus autores, desde unos presupuestos metodológicos afines. Todos ellos cuentan, además, con una bibliografía actualizada. De valiosa ayuda son los índices que se insertan a continuación de cada artículo: un índice de autores antiguos y otro de autores modernos, seguido de un índice temático.

En el primero, «La paradoja teocritea. Unidad y diversidad en los *Idilios* de Teócrito» (págs. 11-109), José Guillermo Montes Cala aborda la paradójica dicotomía entre unidad y diversidad en el *Corpus Theocriteum*. Es una valiosa actualización del estado de la cuestión que permite obtener una visión de conjunto gracias al recorrido diacrónico de cada uno de los aspectos tratados. El artículo se divide en tres apartados. En el primero de ellos, «Teócrito y los χαρακτῆρες τῆς ποιήσεως», el autor pasa revista a las interpretaciones del término εἰδύλλια en cuanto género literario y hace algunas precisiones acerca de la limitada visión de la obra de Teócrito como «poesía bucólica». Se trata -concluye- de un término genérico en el que tiene cabida la diversidad de los poemas individuales. En el segundo apartado, «En torno a la 'mezcla de géneros' en Teócrito», el autor expone los distintos intentos de aproximación al concepto de «mezcla de géneros», partiendo de la *Kreuzung der Gattungen* de Kroll en 1924 y la *mélanges des genres* de Couat o la *confusion des genres* de Legrand a fines del s. XIX que se relaciona con el principio estilístico de la ποικιλία. Montes Cala se queja de la tendencia a seguir la metodología heredada del positivismo decimonónico, excesivamente analítica y «obsesionada» por descomponer la obra literaria en una suma de ingredientes. Como consecuencia, examina las contradicciones entre teoría y praxis literaria en época helenística a la luz de la distinción entre género y genericidad propia del formalismo francés. El autor observa, así, que la tipología es un fenómeno *a posteriori* y propone contemplar diacrónicamente la evolución de los géneros como resultado de un dinamismo histórico y no como yuxtaposición de elementos nuevos y tradicionales. En el tercer apartado, «ζπολυείδεια en Teócrito?», advierte que dentro de cada una de las clasificaciones habituales de los idilios se entremezclan a su vez los géneros, de tal forma que los estudiosos tampoco llegan a un acuerdo respecto a los límites internos y las interrelaciones de cada tipo. Resume, a continuación, las observaciones de Cutzwiller, quien defiende que los idilios teocriteos compartían el programa poético de Calímaco en cuanto a variedad temática, métrica y dialectal se refiere. En todo caso, Montes Cala muestra su prudencia a la hora de defender una πολυείδεια «a gran escala» en Teócrito y, por ello, pasa a analizar estos tres tipos de variedad en sendos subapartados, tomando siempre a Calímaco como punto de referencia. Para la diversidad temática, parte de la comparación de los pasajes programáticos de ambos autores, especialmente el *Id.* VII de Teócrito y los *Yambos* de Calímaco, con algunas referencias a Horacio. En cuanto a la diversidad métrica, demuestra que la verdadera innovación o *polyeideia* se halla en el uso κατὰ στίχον de los versos líricos en los idilios eólicos, así como en la tendencia a la mal llamada «estrofización» del hexámetro, retomando de este modo la desprestigiada *Strophēn-*

*jagd* decimonónica. Para la variedad dialectal, parte de la clasificación esbozada por Gow e introduce una serie de observaciones de carácter general. Es quizás la lengua –opina– el elemento que peor se encuadra en los esquemas tradicionales y coincide con Molinos Tejada en que cada idilio es un mundo independiente que debe ser estudiado por separado. Indica, además, que la diversidad de variantes dialectales transmitidas dificulta en grado extremo la reconstrucción del arquetipo. A continuación, pasa Montes a demostrar la adaptación de la lengua a los personajes mediante un pormenorizado análisis de las intervenciones de los protagonistas del *Id.* I donde corrobora, definitivamente, que la lengua de Teócrito es el resultado de la fusión de las más diversas tradiciones poéticas.

El segundo trabajo, «La frontera entre géneros: el *Idilio XXI* de Teócrito y la epístola poética» de Rafael Jesús Callé Cejudo, se estructura en cuatro apartados. El primero, «El *Idilio 21* de Teócrito y la epístola ficticia ‘de pescadores’», estudia las semejanzas del *Id.* 21 con el género de la «epístola de pescadores» desde el punto de vista de su composición y trata de tomar postura ante cuestiones tan debatidas como la dudosa autoría, la cronología o hasta qué punto existía un género epistolar en verso en época helenística. Para ello, parte, en primer lugar, del análisis interno del idilio cuya adscripción a dicho género es cuestionada desde una doble perspectiva: la de la preceptiva y la que ofrece la práctica literaria. Callé compara, pues, el esquema básico de la comunicación epistolar con la estructura compositiva del *Id.* 21 e incluye un esquema-resumen que recoge, a modo recopilatorio, las ideas expuestas. A continuación, presenta las semejanzas entre la estructura del *Id.* 21 y la de los *Idd.* 13, 12, 29, 11 y 6 respectivamente, susceptibles de ser interpretados como «epístolas poéticas» y, por último, señala los paralelos con otras obras del mismo tema (las de Eliano, Aristéneto, Teofilacto y Alcifrón). Para concluir, se detiene en dos elementos del *Id.* 21 estrechamente ligados al género epistolar: el *exemplum* y la canción. El segundo apartado, «El pescador como personaje literario», parte del repertorio de Bunsmann para analizar las características del personaje literario del pescador presentes en Teócrito y otros autores de época helenística e imperial vinculados de alguna forma al siracusano. El tercer apartado, «Análisis del *Idilio 21*», desgrana con detalle el idilio siguiendo la ordenación original de los versos y dividiéndolo por unidades, según el esquema estructural expuesto, con el fin de confrontar distintos pasajes del mismo con otros de la literatura mímica epistolar. El cuarto y último apartado, «Conclusiones», retoma los aspectos ya adelantados al comienzo del artículo: es extraño que haya tan escasos testimonios de epístolas literarias en una época en que su difusión era notoria en los ámbitos público y privado. El autor sugiere que el motivo no es la ausencia de producción epistolar ni tampoco su pérdida, sino más bien que, en este periodo de gestación, se halla «nivelada» con otros géneros como el idilio o el epigrama. Ello se entiende mejor al comprobar la capacidad de absorción de contenidos heterogéneos de la forma epistolar. En este sentido, Teócrito fue innovador al adaptar –siquiera sutilmente– a formato poético un género de la prosa.

En el tercer artículo, «Hechos prosódicos y final de palabra en el hexámetro de Arato» (págs. 185-254), Tomás Silva Sánchez analiza los elementos prosódicos de los *Fenómenos*. Tres aspectos positivos saltan apriorísticamente a la vista: por una parte, trata un tema poco estudiado que necesita de la atención de los filólogos pese a su carácter indudablemente árido; por otra, a cada elemento prosódico analizado precede una definición que establece el marco teórico y facilita la lectura a un público no iniciado y, por último, la inclusión de tablas recopilatorias permite la consulta rápida de los datos recogidos. El trabajo se articula en tres apartados. En la «Introducción» expone los precedentes y el alcance del estudio: se propone ofrecer, en varias investigaciones, una revisión actualizadora de los hechos prosódicos más relevantes del hexámetro, sobre todo de Arato, Nicandro y Calímaco ya que los datos acerca de la versificación del poema helenístico resultan a menudo incompletos, anticuados o aún no han sido realizados –a excepción de Apolonio de Rodas y Teócrito–. Advierte, además, de la relevancia del estudio de la prosodia para observar el comportamiento del final de palabra en el hexámetro. El segundo epígrafe, «Hechos prosódicos en los *Fenómenos*», se dedica a los elementos de prosodia. Estudia, en sendos subapartados, la elisión, el hiato, los abreviamentos épicos y el tratamiento de vocal breve seguida de sonante más oclusiva. En el primero, inserta el cómputo total de elisiones, los tipos de palabra a los que afecta, los tipos de vocales elididas y el reparto de la elisión en el verso; en el segundo, incluye una descripción del hiato

con un análisis de los encuentros vocálicos, de los hiatos tras vocales largas o diptongos y tras vocales breves; en el tercero, estudia los abreviamentos de vocales largas y diptongos ante vocal y la frecuencia de aparición de los contextos de vocal breve seguida de oclusiva más sonante y, en el cuarto, se centra en los ejemplos de sílaba larga y sílaba breve ante grupo de oclusiva más sonante. El tercer epígrafe, «El final de palabra en los *Fenómenos*», se detiene en la frecuencia de los finales de palabra y de su estrecha relación con la prosodia. Como resultado de su observación, concluye que las cesuras del tercer metro poseen un estatus prosódico distinto del de otros lugares donde el final de palabra es frecuente y que el contexto prosódico influye en la frecuencia de los finales de palabra en 5 y 6A. La preservación de la cohesión del verso condiciona el que algunos hechos prosódicos coincidan frecuentemente con finales de palabra.

En el cuarto trabajo, «Orfeo en las Argonauticas órficas: su música y su voz. Estudio de contenido y léxico», Manuel Sánchez Ortiz de Landaluce aborda la figura de Orfeo en las *AO* para tratar de hallar las influencias de la tradición épica griega y latina y demostrar cómo su anónimo autor poseía una notable formación literaria. El estudio, grato de leer y sugerente, se articula en seis apartados. El primero de ellos, «Orfeo en las *AO*», aborda los aspectos tradicionales de Orfeo, protagonista y narrador en primera persona de la expedición de los argonautas: su posición como maestro de Museo y su función como sacerdote y magnífico cantor. El segundo apartado, «El canto de Orfeo», analiza las tres raíces que emplea el autor de las *AO* para designar el canto y la acción de cantar: ὕμνος-ὕμνω, ἀοιδή-ἀείδω y μολπή-μέλω. El tercer apartado, «La voz de Orfeo», trata los términos que designan la voz: αὐδή, ἐνοπή, ὀμφή, ὄψ, γῆρυς y φωνή. El cuarto apartado, «Los instrumentos musicales tocados por Orfeo», trata de la πηκτίς, κιθάρη, ξέλυς y φόρμιγγις los cuales, en general, aparecen indistintamente de acuerdo con la imprecisa tradición épica en cuanto a términos relativos a la μουσική τέχνη se refiere. El quinto apartado, «Efectos de la voz de Orfeo», trata del poder de seducción de la voz del cantor sobre dioses, seres mitológicos como las Sirenas, mortales, animales o elementos de la naturaleza no animada tales como árboles y rocas. Afirma en un sexto apartado, «Conclusión», que el poeta es deudor de la tradición grecolatina de la que tomó el argumento, ciertas variantes episódicas en las que se aparta de su principal modelo Apolonio o incluso secuencias textuales de muchos de sus versos, así como los términos que designan la voz, el canto y el instrumento de Orfeo. Pese a ser en todos los casos de cuerda, el instrumento del cantor no es siempre el mismo. Es posible que ello no se deba necesariamente al desconocimiento del autor en materia musical sino que tal vez haya seguido en esto la ya vacilante tradición épica, exento de la necesidad de precisión a la que nos sometemos los filólogos modernos.

Mónica DURÁN MAÑAS  
I.E.S. «Padre Sarmiento», Villafranca del Bierzo

Mónica NEGRI, *Pindaro ad Alessandria*. Ed. Paideia Editrice, Brescia 2004.

Con la presente obra, la profesora Mónica Negri de la Universidad de Pavia, nos ofrece un meticuloso estudio de las técnicas editoriales alejandrinas, profundizando en la transmisión de la obra pindárica. Este libro recoge la que viene siendo su principal ocupación investigadora: el estudio de la literatura helenística y romana, centrado, especialmente, en la tradición de los textos del poeta tebano y la literatura erudita. Su ensayo se muestra como una conclusión a los estudios parciales que viene ofreciendo, en forma de artículos, desde el año 1993.

La autora articula su trabajo en ocho capítulos, conformando los cuatro primeros un análisis de los problemas de edición en Alejandría y de las hipótesis tradicionales, para posteriormente plantear su tesis e intentar corroborar su eficacia en los *corpora* de Píndaro y Baquilides.

En el primer capítulo, *Zenódoto e Callimaco* (pp. 11-15), se investigan los antecedentes del trabajo de Aristarco de Bizancio, quien culmina la edición pindárica de la Biblioteca. Según la autora, el interés de Zenódoto abrió el camino, ofreciendo una edición y revisión crítica del texto,

mientras que Calímaco aportó un primer intento de catalogación y clasificación de la obra. Su tesigo es recogido por Aristófanes de Bizancio –segundo capítulo: *Aristofane di Bisanzio* (pp. 16-34)–, quien subdivide la obra en diecisiete libros y añade la colometría de las odas. Apoyándose en la *Vita Pindari Vaticana*, en la *Vita Ambrosiana* y en Eustacio de Tesalónica, se defiende, frente a lo que hasta ahora se mantenía mayoritariamente, que Aristófanes ya habría organizado los *Epinicios* de Píndaro según una jerarquía basada en el prestigio de la especialidad deportiva y del patrocinador: *Olímpicas, Píticas, Ístmicas y Nemeas*. A continuación, la autora aborda la posible causa de colocación de la olímpica primera, en principio, por razones estilístico-literarias, pero no ofrecen una respuesta definitiva a la cuestión. La siguiente posibilidad es el mito de Pélope de la olímpica I, que permitiría comenzar el *corpus* con su propio mito fundacional, lo que lleva a la profesora Negri a preguntarse si tras la colocación de los *Epinicios* se esconde una causa cronológica. Calímaco se interesó profundamente por el estudio de los mitos etiológicos de los certámenes atléticos y su relación con el momento fundacional, tema que abrirá el siguiente capítulo.

En *La cronología degli agoni* (pp. 44-104), se describe, en un primer momento, el interés que los autores antiguos demostraron por la cronología, tanto relativa, como absoluta, de los agones panhelénicos. Fruto de este interés son obras como el *Marmor Parium*, el problemático *Peplō* pseudoaristotélico o los libros de Eladio e Higinio, que sirven a la autora para demostrar que no todas las tradiciones muestran una organización semejante a la de los epinicios pindáricos, dependiendo de la interpretación que se hicieran de los mitos. Al rastrear en la obra calímaquea, se observa que el poeta también tomó posición ante el problema, al cual le dedicó una monografía, no conservada, en la que explicaría las razones mitológicas que le llevaron a proponer que el primer certamen atlético fuese el ístmico, seguido por el nemeo, olímpico y pítico. Tras Calímaco, autores como su discípulo Eratóstenes, Estrabón, Eusebio de Cesarea o Clemente de Alejandría también organizaron los agones basándose en una cronografía histórica o mítica –especialmente complicada al tomar en cuenta las distintas tradiciones locales, que retrotraían la fecha fundacional–, pero sus conclusiones tampoco se corresponden con la ordenación que conservamos. De hecho, Calímaco, aún interesado por los problemas etiológicos, no sistematizó las odas pindáricas basándose en cuestiones temporales. Según la autora, los datos cronológicos ofrecían más problemas que soluciones a los editores alejandrinos, por lo cual no fueron tenidos en cuenta. Se pregunta, entonces, la autora si este orden se basa en un argumento de prestigio, como pudieran ser las circunstancias que tradicionalmente roderon el momento fundacional de los certámenes. Pero la constitución de éstos está marcada por los crímenes de los héroes míticos que la llevaron a cabo –sirva de ejemplo el conocido caso de Heracles en Olimpia–, de modo que la visión de esto difícilmente podría ser para los filólogos alejandrinos un elemento de prestigio, sino más bien vituperable, por lo que estos hechos no influyeron en la organización por agones de los epinicios pindáricos.

A partir de este momento la autora propone su tesis, sobre la cual se articula todo el libro, resolviendo las cuestiones que hasta ahora han quedado abiertas. En el capítulo cuarto, *Un criterio gerarchico* (119-129), la profesora Negri continúa indagando en la posibilidad de que el prestigio fuera la causa organizativa de los agones. No debió de ser sólo una cuestión de fama histórica la que apoyó su colocación, puesto que queda testimoniado que un agón como el ístmico, no tenía que envidiar en nada al olímpico, ni tampoco pudo ser causado por el prestigio superior de la divinidad tutelar, ya que, por ejemplo, Delfos superaba a Olimpia en el aspecto cultural. De este modo, teniendo en cuenta las razones que el mismo Píndaro ofrece en su *Olímpica* primera, las causas que llevaron a Aristófanes a esta colocación, según la autora, fueron un cúmulo de condiciones como la antigüedad, la afluencia de público, el rango de los vencedores y patrocinadores de éstos o las tradiciones literarias que se habían referido al agón. Todos estos elementos serían, según la autora, los componentes de una *communis opinio* también adoptada por los estudiosos de la Biblioteca.

El capítulo quinto, *Pelope* (pp. 130-152), se centra en la *Olímpica I* de Píndaro, buscando en las características internas del *carmen* las razones que llevaron a Aristófanes a situarla como apertura de todo el *corpus*. En primer lugar, la profesora Negri se detiene en que una de las principales ideas que defiende el epinicio pindárico es la supremacía de las Olimpiadas sobre los demás certámenes, lo que apoyaría la organización alejandrina. En segundo lugar, aunque como se ha demostrado, las razones cronológicas apenas eran tenidas en cuenta, el uso del mito de Pélope, retrotraía la funda-

ción del agón más allá en el tiempo que el de Heracles y creaba un claro paralelismo de los personajes míticos Poseidón-Pélope y patrocinador del carro-patrocinado. Pero junto a esta razones favorables, causa una ruptura en el caso de que las *olímpicas* fueran sistematizadas siguiendo el orden de prestigio de la prueba deportiva, puesto que, las fuentes antiguas atestiguan un orden de mayor a menor: *stadion*, *diaulos*, *dolichos*, *pentathlon*, *lotta*, *pugilato* y carreras de carros, una organización invertida en la edición alejandrina. Así, Mónica Negri, según los datos expuestos, defiende que las razones que llevaron a los eruditos de la Biblioteca fueron motivos internos de las odas, buscando un orden de mayor a menor, basado en el prestigio de los personajes que participan en cada *carmen*, entre otras razones, tal y como explica la autora en el siguiente capítulo.

Las cuestiones que hasta ahora se han descrito concluyen en el capítulo sexto, *I criteri editoriali di Aristofane di Bisanzio* (152-174), donde la profesora Negri expone su hipótesis: a Aristófanes de Bizancio se debe *la elaboración y adopción de un sistema de criterios compacto y elástico en sí mismo* que conserva un importante margen de subjetividad, personalizando el método para cada una de las odas. La organización se basa en cuestiones internas, razones de *realia* tales como la fama y el prestigio del patrocinador, la patria de éste, la prueba deportiva y una motivación estético-literaria, que llevaría al editor, por ejemplo, a reunir en grupos aquellas odas destinadas a un mismo atleta. Así, el editor utiliza una clasificación cuya finalidad es la disposición más económica posible, pero atendiendo al mayor número de criterios posibles, permitiendo una orientación metodológica flexible ante la enorme cantidad de información interna de los mismos poemas. La hipótesis de la profesora Negri también se cumple, según demuestra, en el orden el corpus baquilídeo.

A lo largo del capítulo séptimo, *Gerarchia versus cronologia* (pp. 175-207), la autora argumenta su tesis apoyándose en documentos relacionados con el texto pindárico: los escolios, los cuales ya apuntaban que la organización no se debía a causas cronológicas, sino otras razones derivadas del género o tipo de oda. Posteriormente se centra en problemas concretos de la edición del texto, en el trabajo de un escoliasta en especial, el oscuro metricista Hefestión, quien discutió el orden de la ístmica quinta, a la cual debería preceder la sexta por razones de orden cronológico. También Dídimo apoya, en cierta manera la advertencia de Hefestión, aunque siendo consciente ya de que las razones de género eran las causantes del orden de los epinicios. Finalmente el capítulo acaba con una breve introducción a la labor desarrollada por Hefestión en la Biblioteca sobre el texto de Píndaro.

Termina el libro con el capítulo octavo, *L'edizione alessandrina e la classificazione delle opere di Pindaro* (pp. 208-225), en el que a modo de epílogo desarrolla la historia de la edición del texto pindárico a través de los sucesivos directores de la Biblioteca alejandrina, deteniéndose especialmente en la labor de Aristófanes de Bizancio y en sus innovaciones como editor. Finalmente se exponen las repercusiones que esta ideología editorial tuvo sobre los futuros tratadistas de las obras de los autores mélicos.

El libro de la profesora Negri, tanto por su utilización de una enorme cantidad de fuentes, como por su seriedad a la hora de traducir y comentar los textos, presenta un exhaustivo trabajo filológico, especialmente en lo que se refiere al uso de los escolios a Píndaro y a los Papiros de Oxyrrinco. Las hipótesis que propone, además de demostrar una increíble innovación, parecen más que plausibles, a tenor de los datos expuestos. El único inconveniente que debemos destacar es la utilización laxa, en ciertas ocasiones, de los epígrafes introductorios de los capítulos, que en ocasiones confunden al lector y dificultan la consulta de la obra —sirva de ejemplo el tema del mito de Pélope (pp. 130-151), cuyas conclusiones se encuentran en las pp. 153-155, pertenecientes ya al capítulo siguiente—. Pero salvando estas dificultades, la obra resulta una importantísima herramienta especialmente para aquellos filólogos clásicos, no sólo interesados en el texto de Píndaro, sino también en la actividad desarrollada en la Biblioteca de Alejandría.

No queremos acabar sin insistir de nuevo en que el libro que reseñamos supone un gran avance en el conocimiento de los quehaceres de los editores alejandrinos, y que las convincentes tesis de la profesora Negri deberían de intentar aplicarse a otros *corpora* de textos editados en Alejandría, cuyas razones de edición se encuentran todavía envueltas en la oscuridad.

Israel MUÑOZ GALLARTE  
Universidad de Córdoba

ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses*. Edición bilingüe de Alberto Bernabé. Abada Editores, 2005, 248 pp.

Con este libro volvemos a tener la oportunidad de estudiar uno de los campos más desconocidos de la producción de Aristóteles, esto es, las obras que no se encuadran, ni dentro del *Corpus Aristotelicum*, ni en los diálogos de los primeros años de producción del escritor, es decir, el grupo de trabajos que se produjeron en el Liceo bajo la tutela de Aristóteles y que, debido a los avatares de la Historia, no han tenido difusión o se han perdido en el proceso de transmisión del texto. En particular, la obra aristotélica editada y traducida en este libro fue redescubierta a finales del s. XIX a través de dos papiros conservados en Egipto. Además, se añaden en esta edición los fragmentos que se conservan por referencias en otras obras y el epítome de Heraclides Lembo.

Por lo que se refiere a las traducciones previas de la *Constitución de los atenienses* en nuestro país, el profesor Alberto Bernabé nos recuerda la traducción al catalán en 1926 por J. Ferrán y Mayoral y la edición con traducción de Antonio Tovar (1948, reed. en 1970 y 2000) que ha servido de referencia prácticamente para toda la segunda mitad del s. XX. En los últimos años también ha sido traducida por Manuela García Valdés (1984, Gredos) y Aurelia Ruiz Sola (1987, Akal; reed. en 2000). Teniendo en cuenta estos trabajos previos con excelentes introducciones y anotaciones, A. Bernabé justifica su nueva edición bajo dos argumentos, a saber:

El primero es el avance que se ha dado en los últimos años en las investigaciones sobre la obra aristotélica, en particular con respecto a la *Constitución de los atenienses*. Por ello basa muchas de sus afirmaciones en el trabajo de P. J. Rhodes, *A commentary on the Aristotelian Athenaiion Politeia*, Oxford, 1981 y en otras obras aportadas en la extensa bibliografía.

El otro factor a tener en cuenta es la mejora de la traducción, es decir, el estilo con el que se transmiten determinados conceptos sutiles y complejos de entender para el lector no experto. Explica el autor que no está de acuerdo con el «abuso de la terminología técnica, mera transcripción de los nombres griegos» y propone dar una «traducción castellana a los nombres institucionales», siempre que sea posible. Sin embargo existe un grupo de léxico que no requiere una traducción detallada por ser términos «suficientemente consagrados en nuestra lengua» —para lo que pone el ejemplo de *arconte*.

Desde nuestro punto de vista, esta elección es de lo más acertada, pues permite al lector extrapolar (dentro de los límites que impone la lógica) algunos términos a las instituciones que se dan en la actualidad y comprobar sus diferencias. De todas maneras, A. Bernabé nos pone sobre aviso de los peligros que entraña hacer una rápida identificación de ciertas categorías que se dan en la *Constitución* con las que se dan a lo largo de la Historia. Un ejemplo es la traducción que da para el término *hetaireiai* como «camarillas», que incide también en su papel de presión social y no únicamente en su aspecto político, ante lo cual descarta por inapropiados los términos «asociaciones», «clubes» o «partidos».

El libro está compuesto de una introducción, la edición con traducción de la obra, más los fragmentos conservados y el epítome de Heraclides Lembo, las notas referidas a la obra y un índice temático donde se recogen los nombres propios, los términos institucionales y buena parte de los conceptos a tener en cuenta a lo largo de la lectura con las respectivas referencias en la obra.

En cuanto a la introducción, de 23 pp., repasa la vida y figura de Aristóteles, los escritos políticos y las constituciones compuestas por el autor y sus discípulos (según Diógenes Laercio eran ciento cincuenta y ocho), los medios de transmisión del texto, su disposición, concepción e interés de la obra, la datación, las fuentes y la parte perdida. Se añade un catálogo de traducciones españolas, argumentos para la presente traducción, variantes en el texto editado y una bibliografía.

Refiriéndonos a la parte central de la obra, su edición y traducción se caracterizan por la homogeneidad en la presentación. Casi no hay variantes al texto, a no ser por la lista de puntos que se da al final de la introducción, en los que se aleja de la edición de M. Chambers (Leipzig, 1986) y que están fundados en otras ediciones, lo cual es lógico por las características de un texto transmitido únicamente por dos papiros.

Con respecto a la traducción global del texto, se puede decir que su estilo, sencillo, que ya parte del texto original, facilita en gran medida la lectura de un texto que habla de instituciones, con

todas las implicaciones que eso conlleva. Sin embargo hay pasajes que no se pueden resolver de una manera sencilla y es ahí donde se ponen en marcha todos los recursos del traductor, que mediante las notas nos facilita las posibles lecturas de un pasaje y las diferentes interpretaciones que se dan de él. También por este mismo procedimiento se ofrecen todos los datos referidos a los errores que es posible detectar en el texto y que se deben sin duda a su transmisión, como por ejemplo en la nota nº 198 donde no se recurre solamente a enmendar el texto (una cuestión de cantidades), sino que se dan las razones por las que se cree que debe de haber un error. Incluso se intenta conciliar las incorrecciones aristotélicas en cuanto a los años de los arcontes que figuran en el desarrollo de la obra, remitiendo en muchos pasajes al comentario de Rhodes.

Sin embargo, es en el campo de las notas donde podríamos hacer una crítica formal. Si bien la cantidad de notas constituye una gran parte de libro (54 pp.), y son realmente aclaratorias con respecto a ciertos datos gramaticales, culturales y cronológicos, no comprendemos la decisión de haberlas presentado de una forma separada en la parte final del libro, lo que dificulta la lectura de quien sabe que va a encontrar en ellas la explicación de un detalle no comprendido en el texto. Quizá la razón sea puramente editorial, es decir, para no descuadrar la compaginación de los dos textos. Comprendemos que también se habrá procedido así para no distraer la atención del lector en los detalles y poder seguir una lectura continuada, pero las aclaraciones de las notas son casi tan necesarias como el texto, y no concebimos la culminación del libro sin recurrir a su consulta.

Respecto a los textos fragmentarios, echamos en falta una introducción que facilite las razones de su producción y el contexto en el que se encuadran, lo que hubiera dado un apoyo sustancial a estos textos en la historia de la pérdida de la *Constitución*. A. Bernabé es un gran conocedor de la dificultad que entraña editar fragmentos (v. *Poetae Epici Graeci, Testimonia et Fragmenta, I y II.*) y es probable que en una próxima edición decida ampliar esta parte en beneficio de la comprensión total de la obra aristotélica. Hay que tener en cuenta, no obstante, que estos textos se traen a colación por ser los únicos testimonios que permiten hacernos una idea del contenido de la primera parte de la obra, perdida en su forma original (todo lo original que puede ser una copia en papiro).

En resumen, la *Constitución de los atenienses* contiene todos los alicientes para introducirse en el conocimiento de la historia de la ciudad de Atenas, desde la particular visión de un teórico de la política como Aristóteles, lo cual anima a ampliar sus lecturas y adentrarse en sus tratados filosóficos. Además, esta edición se puede concebir como un recomendable ejercicio de traducción con el que aprender a leer el texto original mediante la versión en castellano. Últimamente es difícil encontrar versiones bilingües (por no decir ediciones asequibles) de un texto de la Antigüedad. Debido a esto, hay que felicitar a la joven editorial Abada Editores en la esperanza de que continúen con tal empresa.

César HERNÁNDEZ GARCÍA  
*Universidad Complutense de Madrid*

Pedro BÁDENAS DE LA PEÑA, Sofía TORALLAS TOVAR, Eugenio R. LUJÁN, María Ángeles CALLECO (eds.),  
*Lenguas en Contacto: El testimonio escrito*, Madrid, CSIC, 2004, XX + 320 pp.

Este volumen colectivo, publicado dentro de la colección «Anejos y Manuales de *Emerita*», es fruto del «Primer coloquio internacional: *Lenguas en Contacto*», que se celebró en Madrid y en Toledo los días 2-4 de octubre de 2003. Concluye, así, con éxito la espléndida labor de los organizadores. Sin duda fue muy enriquecedor para todos los asistentes reunir a expertos internacionales y nacionales de ámbitos tan variados dentro del mundo de la filología y queda manifiesta, una vez más, la importancia de estos encuentros y de romper a veces las barreras que impone la necesidad de especializarse en un área muy concreta y delimitada. El estudio de las lenguas en contacto exige tener una perspectiva más amplia y, a menudo, es necesario profundizar al mismo tiempo en campos hoy en día muy distantes, como son las diferentes familias lingüísticas, pero que en la Antigüedad se influyeron unos a otros de manera significativa, ya sea como vecinos, ya sea en un mismo territorio. Con este volumen se ha dado un paso importante en esta dirección, pero no

hay duda de que es un terreno en el que queda todavía mucho camino por recorrer, especialmente en el ámbito de las lenguas antiguas.

Después de una introducción general de Pedro Bádenas de la Peña en la que resume brevemente los diferentes capítulos, nos encontramos, en primer lugar, con el artículo de **Sarah Thomason**, gran especialista internacional en el estudio de lenguas en contacto, titulado «*Determining Language Contact Effects in Ancient Contact Situations*». Una definición de los términos *loanword* (préstamo) y *structural interference* (interferencia en la estructura) sigue a un breve repaso a diferentes situaciones de lenguas en contacto en la Antigüedad. Cuatro son, según S. Thomason, los requisitos que se deben cumplir para poder hablar con cierta seguridad de un cambio producido por el contacto entre dos o más lenguas: determinar una lengua de origen, identificar estructuras similares entre la lengua de origen y la lengua receptora, probar que se ha producido un cambio en la lengua receptora y que no se trata también de una innovación en la lengua de origen.

Los demás trabajos se han ordenado en cinco bloques temáticos:

1. *Niveles de bilingüismo e interferencias lingüísticas*: **Ignacio Márquez Rowe**, «Reflexiones sobre el acadio como lengua de contacto en el Antiguo Oriente», **Javier de Hoz**, «De cómo los protogriegos crearon el griego y los pregriegos lo aprendieron», **Sofía Torallas Tovar**, «The context of loanwords in Egyptian Greek», **Chris H. Reintges**, «Coptic Egyptian as a bilingual language variety», **Geoffrey Khan**, «Aramaic and the impact of languages in contact with it through the ages» y **Luis Bernabé**, «Interferencias entre el árabe y el romance en los textos coránicos aljamiados».

En este apartado se estudian varias situaciones de lenguas en contacto con resultados distintos. La primera es el contacto entre una lengua invasora y una local (es el caso de la invasión de los protogriegos en el territorio de los pregriegos y del control de los griegos sobre la población egipcia). A pesar de la escasez de datos **J. de Hoz** plantea hipótesis interesantes en este terreno. En cambio, **Ch. Reintges** puede acompañar su estudio con gran número de ejemplos. Aunque en el caso del griego se trate probablemente de un proceso de sustitución de la lengua vernácula por otra, con la incorporación de un porcentaje importante del léxico y de algunos rasgos fonéticos de la lengua que deja de hablarse, y el copto, por su parte, sea considerado una lengua derivada del egipcio, con una importante influencia del griego, es interesante comparar los dos procesos. Diferente es cuando se estudia una *lingua franca*, como el acadio y el arameo, pero distintas son las épocas y las fases que se estudian aquí. **I. Márquez Rowe** propone que la primera *lingua franca* conocida de Oriente, el acadio, fuera en realidad una *scriptio franca*, dominada, a veces de forma deficiente, por unos pocos escribas, dada la enorme complejidad de la escritura cuneiforme. En cambio, del arameo se sabe que fue realmente la *lingua franca* de todo el Oriente antiguo durante aproximadamente un milenio. **G. Khan**, sin embargo, hace un análisis cuidadoso del arameo como lengua en contacto con las lenguas vecinas en determinados momentos a lo largo de la historia y no como lengua de contacto. **S. Torallas Tovar** analiza un fenómeno que se produce cuando en el territorio de una lengua se forma una colonia de hablantes de otra lengua: la adopción de cierto léxico y giros locales, la frontera entre préstamo y extranjerismo. El artículo de **L. Bernabé** enfoca un problema cultural, íntimamente ligado a la religión, la necesidad de traducir los textos sagrados de una religión a una lengua que ya no es la sagrada (porque los fieles ya no entienden la lengua original), sin perder su identidad religiosa. Para ello los moriscos y mudéjares emplean fundamentalmente dos recursos: mantener la grafía de la lengua de origen y no traducir aquellos conceptos que pueden conducir a una pérdida de su identidad.

2. *Transferencia cultural*: **Barbara Böck**, «En torno a las lenguas sagradas y los textos sagrados en el Próximo Oriente antiguo», **Pedro Bádenas de la Peña**, «La diversidad étnica y lingüística en Bizancio», **Montserrat Abumalham**, «Lenguas en contacto, pensamiento en contacto: las citas de los sabios» y **Francisco del Río**, «El árabe karshūni como preservación de la identidad siríaca».

El segundo bloque se aleja de los elementos lingüísticos para fijarse en aspectos culturales. En el primer capítulo estudia **B. Böck** el empleo de las lenguas de Mesopotamia, el sumerio y el acadio, como lenguas sagradas y analiza una selección de obras de culto y de relatos míticos que se atribuyen una inspiración divina. **P. Bádenas de la Peña** dibuja el complejo panorama étnico y

lingüístico del imperio bizantino y esboza los numerosos vaivenes de pueblos, lenguas y culturas que se han producido a lo largo de los siglos de su existencia. Es el griego, como lengua de la ortodoxia, el elemento que, después de la desaparición del latín, actúa como unificador y garante de la identidad del imperio. **M. Abumalham** ilustra una forma de transferencia cultural a través de la adaptación y traducción de un texto concreto a distintas culturas y lenguas, el *Kitāb ādāb al-falāsīfa* de Ḥunayn ibn Ishāq. Una colección de máximas de origen pagano es traducida por un cristiano, probablemente del siríaco, al árabe. Las adaptaciones, copias y traducciones de la obra —en ocasiones, como en el caso de Al-Ḥariẓī, con numerosos cortes— llegan hasta el Renacimiento. Otro intento de marcar la identidad religiosa mediante la adopción de una escritura diferente a la lengua, aunque por razones diferentes, lo encontramos descrito en el trabajo de **F. del Río**. En este caso se trata de defender su identidad ante el gran avance del Islam. Con la ayuda de un cuadro se explican los cambios necesarios para adaptar la escritura siríaca a la lengua árabe.

3. *Lenguas de prestigio*: **Jaime Siles**, «Lenguaje jurídico-institucional, aculturación y lenguas en contacto: el bronce de Luzaga, ¿un caso de *receptio in civitatem*?», **Eugenio R. Luján**, «El uso religioso de la lengua sánscrita», **Benjamin Hary**, «Jewish Languages, are they sacred?», y **Jesús Bustamante**, «Español, lenguas generales y lenguas regionales: la definición de la lengua imperial y de los niveles lingüísticos en el siglo XVI ante la experiencia americana»

En este bloque nos encontramos, en primer lugar, ante otro estudio de las consecuencias del encuentro de una lengua invasora con una lengua vernácula. **J. Siles** intenta interpretar desde el latín algunas fórmulas jurídicas del celtibérico. Aunque, dada la escasez de datos que tenemos actualmente sobre la lengua celtibérica, no puede abandonar el terreno de la hipótesis, ello no le impide plantear su esquema de trabajo como modelo metodológico. El capítulo de **E. Luján** analiza el proceso y las causas por las que el sánscrito se convirtió en lengua sagrada de las tres grandes religiones que surgen, aunque en épocas diferentes, en la India. Para ello distingue varias fases: la primera en la que el sánscrito se convierte en lengua religiosa cuando ya sólo se hablaba en círculos brahmánicos, la segunda, la conversión del sánscrito en lengua de prestigio, fomentada por una importante tradición gramatical y la tercera, cuando el budismo y el jainismo, finalmente, unos cuantos siglos después de la configuración de un canon de textos propio en otra lengua, adoptan el sánscrito como lengua religiosa, precisamente por su prestigio. **B. Hary** revisa las diferentes variantes judías, que se han producido a lo largo de la historia, de las lenguas con las que las comunidades judías entraron en contacto. La mayoría de ellas se escriben con letras hebreas, reafirmando con ello, como ya hemos visto en casos anteriores, su unidad cultural y conservando, así, cierto carácter sagrado. El resumen de **J. Bustamante** de los avatares y las dificultades que han tenido que afrontar los colonizadores hispanos para estudiar y organizar la enorme variedad de lenguas amerindias con las que se encontraron, representa, sin duda, un caso extremo de lenguas en contacto, pues la dificultad no consistía sólo en el gran número de lenguas, sino que, además, al carecer de escritura, tuvieron que afrontar la complicada tarea de adjudicar signos a los distintos fonemas. A su vez recurrieron al procedimiento de estructurar, tomando como modelo el latín, las lenguas indígenas más representativas de cada subgrupo.

4. *Traducción*: **Natalio Fernández Marcos** «Del contacto a la suplantación: traducciones con solera», **Juan Antonio Álvarez-Pedrosa Núñez** «La estandarización del antiguo eslavo y sus modelos griegos y latinos: el conector oracional *že*» y **Federico Corriente** «Andalusi romance (formerly 'Mozarabic'): A language in contact poorly transmitted and translated».

También la traducción es una forma de contacto entre dos lenguas; si se trata de traducir textos sagrados, puede llegar a desempeñar un papel fundamental en la aculturación de un pueblo, como el eslavo. **N. Fernández Marcos** revisa las traducciones más relevantes de la Biblia, partiendo de la primera traducción del hebreo al griego, la *Septuaginta*, pasando por la *Vetus Latina*, la *Vulgata* y llegando hasta las traducciones modernas. Pero como destaca en la segunda parte de su artículo, no se trata de un proceso inacabado, pues la mayoría de las grandes traducciones han sufrido numerosas revisiones y actualizaciones. Aunque la primera traducción fue hecha por judíos, es el cristianismo la religión que se ha destacado como religión de traducción, al contrario de las otras religiones monoteístas. El antiguo eslavo se crea para traducir textos destinados a la evangelización, tomando como modelo la gran lengua de prestigio del momento, el griego. Repre-

senta un caso extremo de lenguas en contacto, pues es un ejemplo en el que podemos observar, prácticamente tal cual, la incorporación a una lengua de la normativa, la sintaxis, de otra. **J. A. Álvarez-Pedrosa** analiza en la segunda parte de su artículo las distintas funciones del conector oracional *že*, estudiando con más detenimiento los tres casos que aparecen en los *Folios de Kiev*. El romance andalusí (mozárabe), estudiado aquí por **F. Corriente**, es un dialecto que ha surgido a raíz del contacto de las hablas románicas de la península ibérica (no sólo del castellano) y los dialectos árabes y bereberes. Los hablantes del romance andalusí eran indistintamente cristianos, musulmanes o judíos. Al final de su exposición hace hincapié en el acercamiento generalizado incorrecto, en su opinión, al género literario de las jarchas (*kharajāt*).

5. *Sistemas de escritura*: **Marcos Such Gutiérrez** «The importance of palaeographical studies in the textual sources of Mesopotamia during the third millennium BC» y **Ignasi-Xavier Adiego** «Los alfabetos epicóricos anhelénicos de Asia Menor».

La *conditio sine qua non* para el estudio de cualquier lengua antigua es disponer de los textos, es decir, que se hayan publicado y estén al alcance de todos. El problema surge cuando no se ha llegado a un acuerdo general en lo que se refiere a los criterios de edición, máxime en un caso tan complejo como la escritura cuneiforme. **M. Such** en su artículo denuncia precisamente esta situación. Además llama la atención sobre la importancia de un estudio paleográfico minucioso, dada la gran cantidad de informaciones que se pueden obtener de esta manera. El último capítulo está dedicado a los alfabetos de la Anatolia antigua, derivados del griego. **I.-X. Adiego** lleva a cabo una actualización de los progresos y últimos descubrimientos que se han producido desde la publicación de los *Annali* de Pisa, dedicadas precisamente a estas escrituras, en el año 1978. Se han encontrado nuevos datos acerca del alfabeto frigio, lidio y licio, pero, sin duda, los avances más significativos se han producido gracias al desciframiento del cario. Son muy interesantes los numerosos cuadros introducidos que representan los signos, su valor fonético y su origen; el último cuadro representa los distintos alfabetos de forma sinóptica.

Este libro abarca, pues, un amplio espacio que va desde la India y llega hasta las Américas. Se estudian elementos de las grandes lenguas de la Antigüedad y de variantes dialectales, enfocando aspectos muy distintos, lingüísticos, religiosos y culturales. Todo surgió a raíz del contacto entre hombres y culturas gracias a las lenguas.

Madayo KAHLE  
*Universidad Complutense de Madrid*